LOS MISTERIOS DEL ANARQUISMO
EL ASESINATO DE FERRER
Constant Leroy

LIBRO I

CAPÍTULO I

Organización del complot anarquista que costó la vida a Canalejas. – Elementos de Europa y América que intervinieron en la preparación del atentado. – Reunión celebrada en Londres. – Cartas a Nueva York y la Florida. – Viaje de Pardinas a Europa.

A partir del Congreso anarquista celebrado en Amsterdam (Holanda) en 1907, se fundó en Londres la Oficina Internacional anarquista, dirigida por un Comité compuesto de varios miembros que representan a los anarquistas de los diferentes países que tomaron parte en las deliberaciones de dicho Congreso. Públicamente esa oficina tiene a su cargo organizar y determinar la orientación de las Secciones anarquistas de los demás países, para lo cual editan un Boletín mensual redactado en varios idiomas. Pero tras esa misión aparente de propaganda ocultan sus criminales propósitos.

Desde mucho antes que existiera la Oficina Internacional, algunos de sus componentes se dedicaban a preparar atentados para asesinar a Jefes de Estado y altos hombres de Gobierno. A esa oficina pertenecen Enrico Malatesta, Charles Malato y Lorenzo Portet, que tomaron parte activa en la preparación de varios atentados anarquistas, especialmente en los que costaron la vida al rey de Italia, Humberto I, y al ex presidente del gabinete español don Antonio Cánovas del Castillo, y los dos atentados dirigidos contra el rey de España, y frustrados milagrosamente, en París y Madrid respectivamente.

En la segunda quincena del mes de agosto de 1911 llegué yo a la Habana, procedente de París. Pocos meses después de fijar mi residencia en esa capital, entablé relaciones amistosas con don Antonio Lacierva, vicecónsul de España, y éste me puso en relación con don Cristóbal Fernández y Vallín, a la sazón ministro de España en Cuba.

En el mes de enero de 1912 estuvo Manuel Pardinas en la Habana, y el señor Vallín me pidió datos y antecedentes sobre dicho sujeto, al que consideraba como elemento peligrosísimo. Pardinas había salido directamente de Tampa para la Habana, y en aquella población residían Manuel Arango, Pedro Esteve y José C. Otero, con los cuales había yo cambiado correspondencia para asuntos revolucionarios, de 1909 a 11, mientras funcionó en París el Comité Pro-Revolución Española.

Inmediatamente después que el señor Vallín me hubo hecho la indicación, escribí a Arango y Pardinas, en concepto de revolucionario. Ambos me contestaron que Pardinas era *un joven muy entusiasta, capaz de todos los sacrificios*; pero no me fue posible obtener ningún otro dato que corroborara las sospechas del señor Vallín. En la primera quincena del mes de febrero de

[*] Digitalización: KCL.

1912, Pardinas marchó a Europa, y poco después el señor Vallín dejó la Legación de la Habana y partió para España.

En los primeros días del mes de junio del año antes indicado, abandoné yo mi residencia de la Habana, y acompañado de un amigo emprendimos un viaje a Europa, a donde teníamos que arreglar asuntos particulares. De la Habana fuimos embarcados a Tampa, hospedándonos en el hotel La Perla de Oriente. Viajábamos de incógnito y yo usaba el nombre de José Fernández.

Al día siguiente de nuestra llegada visité a Arango y a Otero, dándome a conocer con ellos y presentándoles al que me acompañaba como redactor de *El Imparcial*, de Madrid. Esteve había vendido una imprenta de que era propietario a Otero, y se había marchado a Nueva York. Este me puso en relación con un grupo de anarquistas italianos y españoles, en su mayoría, intitulado *Panapimtos*, nombre de un anarquista italiano sacrificado revolucionariamente, a cuya memoria rinden todos ellos fervoroso culto. Visité varias veces aquel centro y los anarquistas que se reunían allí me comunicaron todos sus proyectos de lucha y acción revolucionaria. El día antes de nuestra salida de Tampa, me visitó en el hotel un anarquista cubano llamado Marcelo Salinas, a quien yo había conocido en la Habana. Con ese individuo hablé extensamente del movimiento revolucionario europeo y él me hizo las revelaciones siguientes:

«En el mes de noviembre de 1911, se reunieron en el domicilio social de la Oficina Internacional Anarquista en Londres, Enrico Malatesta, anarquista italiano; A. Sehapiro, ruso; Charles Malato, francés, y Lorenzo Portet, español, heredero y sucesor de Francisco Ferrer Guardia. En dicha reunión acordaron realizar tres atentados: uno de ellos en España, contra los señores Maura o Lacierva, para vengar la muerte de Ferrer. El segundo contra el doctor Saenz Peña, actual presidente de la República Argentina; y el tercero contra don Francisco I. Madero, presidente electo de la República de Méjico.

«Enrico Malatesta escribió a Pedro Esteve preguntándole si en Tampa había algún compañero español capaz de sacrificarse para *extinguir tiranos*. Esteve consultó a algunos de los anarquistas jóvenes de la localidad que le inspiraban confianza, y tres de ellos se le ofrecieron para llevar a cabo los atentados proyectados: Manuel Pardinas y Francisco Martínez, españoles, y Marcelo Salinas, cubano. El primero de ellos había salido de Tampa para la Habana, en enero de 1912, con el propósito de despedirse de algunos amigos íntimos y continuar su viaje a Europa, lo que hizo en la primera quincena de febrero del mismo año, embarcando a bordo de uno de los vapores de la Trasatlántica Francesa. Había desembarcado en Santander, marchando después a Burdeos, donde se relacionó con Vicente García, anarquistas español, domiciliado en la rue Lafontaine, 42, que había sido comisionado por los que se reunieron en Londres para dar instrucciones y fondos a Pardinas. El dinero con que éste hizo el viaje a Burdeos, lo recibió de Manuel Arango, y era de los fondos recaudados por el grupo anarquista de Tampa. Después que se hubo entendido con Vicente García, Pardinas marchó a Madrid, resuelto a atentar contra los señores Maura y Lacierva. El dinero para la realización de ese atentado lo facilitó Lorenzo Portet».

Esas fueron las revelaciones que espontáneamente nos hizo Marcelo Salinas.

Desde Tampa mi amigo y yo fuimos a Nueva York, hospedándonos en el hotel Chelsea. Allí nos visitó Pedro Esteve, quien cenó con nosotros a la noche siguiente de nuestra llegada. Al otro día fui yo a 229, West Street, local social del Sindicato de fogoneros y cargadores del Atlántico, y redacción de la revista anarquista *Brazo y Cerebro*, que aparece en Nueva York y dirige Pedro Esteve. Conversamos con éste y Jaime Vidal sobre las tentativas revolucionarias y de acción individual llevadas a cabo por el Comité Pro-Revolución Española de París. Vidal opinaba que en Europa los revolucionarios no habían sido bastante enérgicos y decía que era una vergüenza el que todavía vivieran los señores Maura y Lacierva, jactándose de que lo que no habían sido capaces de hacer los revolucionarios españoles de allende el Atlántico, lo iban a

hacer ellos y con éxito. En esta entrevista quedaron completamente corroboradas las impresiones recogidas en Tampa.

Aquella misma noche fui a casa de Esteve y éste me dio a leer una carta de Charles Malato, que había recibido de París, cifrada con la clave A. Naquet, en la que decía que habían decidido aplazar la realización del *trabajo pendiente* (el atentado) a causa de que Malatesta estaba preso en Londres, y amenazado de expulsión. Y que como ya había sido expulsado de casi todos los demás países, y estaba viejo y achacoso, se interesaban algunos elementos influyentes en que le devolvieran la libertad y no lo expulsaran. Y en tales circunstancias sería contraproducente llevar a cabo un atentado porque eso exacerbaría a la opinión pública contra él, dados sus antecedentes, y sería imposible salvarlo.

CAPÍTULO II

Aviso a la Seguridad de Madrid. – Vicente García, expulsado de Francia. – Sus publicaciones en la prensa de Barcelona. – Conatos de revolución en España. – El Congreso Obrero del Palacio de Bellas Artes en Barcelona. – Complots anarquistas para asesinar al Capitán General de Cataluña y al Gobernador Civil de Barcelona. – Colaboración de republicanos, socialistas y anarquistas.

Desde Nueva York, mi amigo y yo marchamos a París. Inmediatamente de nuestra llegada, y por mediación de un amigo, funcionario público francés, pusimos en conocimiento del Jefe de la Seguridad de Madrid el viaje de Pardinas a aquella capital y los criminales propósitos que llevaba. Enviándole además una fotografía de Pardinas que nos dieron en Tampa y los nombres y direcciones de los individuos con quienes debía relacionarse. En el mes de agosto de 1912, encontrándonos nosotros en Versailles, tuvimos conocimiento de que, efectivamente, la policía española había averiguado el paradero de Pardinas en Madrid, y lo vigilaba estrechamente.

Poco después de haber estado Pardinas en Burdeos, Vicente García fue expulsado de Francia, refugiándose en Londres.

Esa expulsión la motivó el que ese individuo se dedicaba a conspirar abiertamente contra la Monarquía española y sus hombres publicando constantemente circulares y manifiestos altamente subversivos e injuriosos.

En una de esas circulares pedía dinero a los grupos anarquistas para acelerar la vida de *algunos magnates españoles*. Y anunció la pronta aparición en Burdeos de un periódico intitulado *La España Revolucionaria*, para atacar al ejército y a las instituciones, diciendo lo que no podían decir en España-

Tierra y Libertad, semanario anarquista de Barcelona, publicó una correspondencia de Vicente García, enviada desde Londres, en la que llamaba la atención a los grupos revolucionarios sobre que el *demócrata Canalejas* había mandado reforzar el contingente de policías y confidentes en las Legaciones de París y Nueva York, especialmente. Además decía que el extranjero M., acompañado de un redactor de *El Imparcial*, de Madrid, se había presentado en la Florida y otros Estados de Norte América, y valiéndose de sus antiguas relaciones revolucionarias, había arrancado a los compañeros serias confidencias. Y terminaba censurando enérgicamente a los individuos «largos de lengua que habían revelado secretos revolucionarios».

Las revelaciones hechas por los anarquistas de Tampa y Nueva York, poniendo al descubierto los acuerdos tomados en la reunión de Londres, la idea de que la policía y las víctimas propiciatorias conocerían la trama del complot y habrían tomado precauciones para hacer fracasar a Pardinas en sus tentativas, obligaron a los individuos comprometidos a desistir de sus primitivos propósitos de asesinar a los señores Maura o Lacierva.

A partir de los acontecimientos de julio de 1909 en Barcelona, los revolucionarios españoles habían realizado varios conatos de revolución en España. En la primavera de 1910, gobernando ya Canalejas, realizaron otra tentativa infructuosa. Al declararse la guerra de Marruecos, muchos jóvenes españoles, de las regiones catalanas principalmente, evadieron el territorio nacional para no cumplir sus deberes militares y se refugiaron en Francia. Asimismo hicieron otros muchos revolucionarios españoles fugitivos con motivo de la represión que siguió a la semana sangrienta de julio de 1909. La mayor parte de ellos, faltos de dinero para ir más lejos, se extendieron por los pueblos próximos a la frontera franco-española. Y en esa fecha eran varios miles de hombres los que en territorio extranjero y no hablando el idioma del país, se encontraban en situación apurada.

El Comité Pro-Revolución Española de París, conocedor de la situación, envió varios delegados a Perpignan, Cerbère, Port-Vendres y otros pueblos limítrofes, para que aprovechando el descontento y la desesperación de muchos infelices les ofrecieran ayuda a los que estuvieran dispuestos a tomar las armas para hacer la revolución en España.

Las Bolsas del Trabajo francesas de los pueblos en que se hallaban los fugitivos, contribuyeron grandemente a la empresa revolucionaria. Así fueron reclutando grupos de hombres armados en las proximidades de la frontera franco-española. Entretanto los agitadores españoles fomentaban en el interior del país el espíritu de revuelta. Cuando más seguros creían estar todos de la posibilidad de un movimiento revolucionario, con probabilidades de éxito, Canalejas, que estaba al corriente de los manejos revolucionarios, concedió una amplia amnistía a la que se acogieron la mayor parte de los fugitivos y regresaron inmediatamente a España. Eso motivó el fracaso de la conspiración proyectada. Sin embargo, los revolucionarios siguieron haciendo trabajos y preparándose para mejor ocasión. Esta no se hizo esperar mucho.

En los primeros días de septiembre de 1911, «Solidaridad Obrera», Confederación General del Trabajo, en Cataluña, organizó la celebración de un Congreso obrero con representación de todas las sociedades y agrupaciones revolucionarias de España. Las sesiones de ese Congreso se celebraron en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona, cedido al efecto por el Ayuntamiento radical. Tres días duraron las labores del Congreso, durante las cuales celebraron sesiones públicas por mañana y tarde, discutiendo cuestiones económicas y de organización obrera.

Clausuradas las sesiones del Congreso, los delegados fueron invitados a una reunión secreta, que se celebró en el mismo local. Dicha reunión fue convocada por el subcomité Pro-Revolución Española de Barcelona, que de acuerdo con el Comité de París, y con otros subcomités de provincias, proyectaban la declaración de una huelga general revolucionaria para mediados del mes de septiembre. Además de los delegados al Congreso Obrero, asistieron a la reunión Luis Buffill, Francisco Miranda, Francisco Cardenal, José Comaposada, Tomás Herreros, Jaime Coll, Miguel Sánchez, Angel Cuadros Ruiz, Manuel Avila y otros anarquistas y socialistas significados; Pedro Sierra Álvarez y Eleuterio Quintanilla, de Gijón; Félix García, de Valencia; el famoso *Chato de Cuqueta* y otros de Cullera y Sueca, etcétera; y Lorenzo Portet, heredero y sucesor de Ferrer, llegado de París en aquellos días, con la representación de los Comités de París y Londres. Las juventudes y el partido lerrouxista estaban representados por Pierre y León Roch, redactores de *El Progreso*.

La reunión secreta fue presidida por José Negre, secretario general de «Solidaridad Obrera», encargado de explicar a los demás el objeto de la convocatoria. Hizo un breve discurso

pintando con negros caracteres la situación del proletariado español, y mencionando la huelga de mineros de Bilbao, la de Arte Fabril y anexos de Sabadell y Tarrasa, y otras huelgas pendientes en aquellos días. Dio cuenta de las comunicaciones recibías de Pablo Iglesias y Vicente Barrio, adhiriéndose a los acuerdos de la reunión secreta, y declarando en nombre del partido socialista y de la Unión General de Trabajadores, que estaban dispuestos a secundar la huelga general con todas sus fuerzas aliadas. Pablo Iglesias decía en su carta que trabajaba cerca de los miembros del Comité Directivo de la Conjunción republicano-socialista, y estaba seguro de obtener el decidido apoyo de esos elementos para el movimiento revolucionario. A continuación, Negre explicó los acuerdos tomados por los Comités de París y Londres, y los preparativos que hacían para la revolución. Y terminó declarando que el subcomité de Barcelona, de acuerdo con los demás subcomités de provincias y del extranjero y con las agrupaciones mencionadas, habían acordado aprovechar la agitación dominante en el país y las huelgas parciales en varias regiones, para declarar dentro de breves días la huelga general revolucionaria encaminada a derrocar el régimen. Algunos otros delegados hicieron uso de la palabra para explicar cuestiones de táctica y detalles de organización revolucionaria; y, por último, todos estuvieron contestes con lo propuesto.

Inmediatamente nombraron un Comité de huelga, del que formaron parte dos individuos por cada una de las fracciones representadas en la asamblea. Recomendaron a los delegados de provincias la mayor actividad en preparar a las agrupaciones revolucionarias, y terminó la reunión a altas horas de la madrugada. Al día siguiente, la mayor parte de los delegados regresaron a sus localidades respectivas.

El Comité de huelga nombrado en la asamblea secreta se reunía diariamente y acordó declarar la huelga general el 17 de septiembre. Visitó a las personas de más relieve de los partidos republicanos, quienes se comprometieron a encauzar y dirigir el movimiento revolucionario. Don Hermenegildo Giner de los Ríos y Emiliano Iglesias, con el asentimiento de Alejandro Lerroux, se comprometieron solemnemente a ponerse al frente de los grupos revolucionarios, en las calles, tan pronto como el movimiento tomara caracteres de violencia.

Pedro Corominas, ex anarquista, actual director de *El Poble Catalá* y diputado a Cortes por el partido federal autonomista de Cataluña, celebró varias entrevistas con el Comité de huelga comprometiéndose a colaborar personalmente y con sus aliados. Entregó algunas cantidades en metálico al Comité, y le puso en relación con Oriols Martorell, catalanista acaudalado que facilitó a los revolucionarios cinco mil pesetas y les ofreció otras cantidades que fueran necesarias. Todos esos trabajos los hacían de común acuerdo republicanos, socialistas y anarquistas. No obstante, algunos anarquistas de acción celebraban reuniones independientemente de los demás para combinar planes de violencia. El día 14 del mismo mes se reunieron Lorenzo Portet, Francisco Miranda, Jaime Coll, Pierre, Miguel Sánchez y Tintoré, para ponerse de acuerdo en la manera de asesinar a don Valeriano Weyler, Capitán General de Cataluña, y a don Manuel Portela, Gobernador civil de Barcelona. Jaime Coll y Tintoré fueron los individuos designados para llevar a cabo los atentados.

El mismo día 14 se reunió el Comité de huelga y nombró a los delegados que habían de salir para provincias a llevar el acuerdo de huelga general para el día 17, y las instrucciones del Comité a las agrupaciones revolucionarias. Aquella misma noche salieron de Barcelona Francisco Cardenal, para Madrid; Tomás Herreros, para Logroño; Angel Cuadros Ruiz, para la Coruña; y otros delegados para otros puntos. Y enviaron comunicaciones a todas las demás localidades.

Los revolucionarios proseguían sus trabajos con el mayor entusiasmo, confiados en la pronta desaparición del régimen. Pero ellos no contaban con que el Gobierno estaba al corriente de todo y acechaba escrupulosamente el momento de sofocar el movimiento y detener a los principales instigadores. Los señores Martorell y Carbonell, inspectores de la Sección especial

de policía de Barcelona, habían conseguido hacerse de confidentes entre los mismos revolucionarios, y conocían perfectamente los lugares de reunión, a los individuos que se reunían y los acuerdos que tomaban.

El día 16 por la noche, o sea la víspera del día en que debía iniciarse general, fueron detenidos en Barcelona, Madrid y otras poblaciones, todos los anarquistas y revolucionarios más significados y la huelga fracasó completamente.

Las autoridades judiciales de Barcelona instruyeron causa a los principales instigadores y hasta hace pocos meses todavía quedaban algunos individuos en la Cárcel Modelo de aquella capital esperando la vista de la causa.

Más tarde, cuando la prensa se ocupó de aquellos acontecimientos y algunos diputados republicanos interpelaron al gobierno en el Congreso, el señor Canalejas les contestó que conocía perfectamente los hechos, y que mientras los revolucionarios hacían sus preparativos, había sabido, varias veces al día, todo cuanto hacían y proyectaban.

Durante aquellos sucesos ocurrió lo de Cullera, en que turbas feroces y sanguinarias asesinaron cobardemente al Juez y un Secretario. Los tribunales militares condenaron a los reos, convictos y confesos, a la pena de muerte.

Las agrupaciones revolucionarias de Francia y España levantaron un clamoreo general de protesta, valiéndose de la prensa avanzada, hasta que lograron la conmutación de la pena. Ese rasgo de generosidad del monarca y los gobernantes españoles no logró apaciguar las iras de los revolucionarios, que lo consideraron como un triunfo de la presión ejercida por ellos, y vieron en la piadosa intervención de la regia prerrogativa, debilidades inconfesables del régimen.

CAPÍTULO III

La huelga de los ferroviarios en España. – La Conjunción y los radicales coligados con los anarquistas para hacer la revolución. – Las declaraciones de Azzati en París. – Pablo Iglesias y Rodrigo Soriano en Lisboa. – Las campañas difamatorias de la Prensa francesa. – Injurias y amenazas contra el Rey de España en París. – Viaje de Malato a Burdeos. – Órdenes a Pardinas para que asesine a Canalejas.

En la primavera de 1912, aconteció la huelga de los ferroviarios, que fue la última tentativa revolucionaria realizada por los enemigos del régimen monárquico en España. Huelga que alcanzó las más graves proporciones, lesionando los intereses mismos de la civilización y amenazando seriamente el orden social en nuestro país.

Al anuncio de esa huelga, una gran parte de la opinión expresó sus simpatías y ofreció su apoyo a los huelguistas, creyendo sinceramente que el movimiento tenía por objeto mejorar la condición del obrero ferroviario. Empero pronto pudieron convencerse todas las personas imparciales ansiosas de descubrir lo verdadero y de confesarlo sin rodeos, de que la génesis de aquel movimiento reconocía causas mucho más profundas que lo que a primera vista se suponía.

La huelga ferroviaria formaba parte de un vasto plan revolucionario con extensas ramificaciones en otros países, promovida por agitadores profesionales para destruir cuanto se opone a la realización de sus fatídicos planes. A esos elementos, el pensamiento de destruirlo todo les preocupa y les ciega, sin ninguna idea regeneradora que justifique sus anhelos. Colocándose

desde puntos de vista absurdos y desprovistos de todo espíritu crítico, encuentran la solución de todos los problemas que agitan a nuestra época con la panacea de la revolución.

Los trabajadores, en su mayoría gentes sencillas, almas cándidas, generosas, pero sin experiencia suficiente de la historia, ni idea de la extrema complejidad de los problemas sociales, sienten pesar sobre sí los defectos de la actual organización, y ansiosos de mejorar su estado social, siguen ciegamente a todo el que les parece capaz de remediar sus males. Así llegan a formarse la concepción de una sociedad transformada súbitamente pro el golpe mágico de un sacudimiento revolucionario. Y sugestionados por esas ideas aparentes y superficiales, llevan la confusión a espíritus sencillos y crean un estado de violencia, preñado de inquietudes y zozobras, lo más contrario a la finalidad que perseguimos los hombres conscientes.

Desde mucho antes que fuera declarada la huelga de los ferroviarios, los republicanos y socialistas de la famosa Conjunción por un lado, y los radicales por otro, no se recataban de propagar por todas partes sus propósitos de debilitar el régimen recurriendo a toda clase de procedimientos y acelerar la revolución para derrocarlo. Los grupos de revolucionarios franceses y portugueses que colaboran contra la monarquía española, se agitaban tenazmente. Félix Azzati marchó a París y empezó a publicar *interviews* en *L'Humanité*, denunciando supuestos atropellos y tormentos infligidos a los presos de Cullera, para arrancarles declaraciones de culpabilidad contrarias a la verdad.

Entretanto Pablo Iglesias y Rodrigo Soriano se dedicaban en Lisboa, con la desaprensión que les caracteriza, a «desplumar» carbonarios y españoles incautos. Ayudados en sus gestiones por los mismos miembros del Gabinete portugués, que a pesar de sus continuas reclamaciones contra los monárquicos de su país refugiados en España, y de las complacencias con que el infortunado Canalejas atendía sus indicaciones, ellos secundaban descaradamente los planes de los conspiradores españoles.

Pablo Iglesias fue después a París para solicitar la ayuda de los socialistas franceses. Celebró varias entrevistas con Jean Jaurés, Gustavo Hervé, Marcel Sembat, Grandjean, Vaillant y otros socialistas significados. Fue a la *Confédération Generale du Travail*, proponiendo al Consejo Federal de esa organización que excitara a la Federación para promover una huelga general simultánea en Francia y España. Pero en la Confederación fueron mal recibidas sus proposiciones. L. Jonhaux y Georges Yvetot, secretarios de la C. G. T., miran con prevención cuanto hacen los socialistas españoles acaudillados por Pablo Iglesias, y a éste le consideran como un traidor al movimiento obrero español, que ha abandonado la lucha de clases y la orientación de la Internacional obrera para sumarse a los republicanos y satisfacer las ambiciones de toda su vida de luchador, cazando un acta de diputado a Cortes.

Esas viles campañas de difamación fueron secundadas con entusiasmo por esa parte de la prensa francesa indigna y procaz, que está siempre pronta a defender todo cuanto pueda debilitar el prestigio de los países vecinos; y, mayormente cuando se trata de España. Esa misma prensa que se levanta airosa contra los revolucionarios franceses cuando intentan perturbar la paz pública, y se coliga indecorosamente con ellos para presentar a España como el país clásico de la Inquisición, y a los españoles como brutales descendientes de Torquemada.

Todos esos elementos que pomposamente se denominaban a sí mismos hombres avanzados y progresivos, se esforzaron en crear un ambiente hostil a Canalejas, presentándole como sometido a las imposiciones de Maura, y considerando a ambos como hombres sanguinarios y crueles, propensos a las mayores brutalidades. Así llegan a la conclusión de que las instituciones que rigen los destinos de España son incompatibles con las prácticas del derecho moderno, y es deber de todo hombre progresivo colaborar a su destrucción, para hacer posible la aparición de un régimen que justifique los mayores desenfrenos y, sobre todo, barra cuanto

se opone a que satisfagan sus desmedradas ambiciones unos cuantos vividores desvergonzados.

En el conflicto ferroviario no cabe dudar que muchos obreros iban guiados por el afán de conseguir mejoras inmediatas para aliviar su triste condición de asalariados. Es cierto que en España el servicio de ferrocarriles no es de los mejor dotados, y hay muchos obreros que trabajan remunerados con jornales irrisorios, insuficientes para atender a las más perentorias necesidades materiales de la existencia. Aparentemente esas eran también las miras que guiaban a los caudillos del movimiento. Y a esas pretensiones, consideradas justas por todos, nadie opuso resistencia.

Cuando los obreros ferroviarios presentaron las primeras bases solicitando de las Compañías aumentó en los jornales y disminución en el horario de trabajo, la Dirección de la Compañía de ferrocarriles y el Gobierno se mostraron solícitos para estudiar las pretensiones de los obreros y atenderles en cuanto les fuera posible. No obstante, los conocedores de la génesis del movimiento sabían perfectamente que cuanto más grandes fueran las concesiones hechas por las Compañías, mucho mayores serían las exigencias de los obreros.

La huelga general era inminente. Había ido precedida de un largo período de gestación, durante el cual los agitadores habían formado el ambiente y estaban seguros de llegar hasta el fin. Vicente Barrio, secretario de la Unión General de Trabajadores, y lugarteniente inseparable del presidente indiscutible de esa organización Pablo Iglesias, fue nombrado presidente de la Unión Ferroviaria. Ribalta, elemento lerrouxista significado, fue nombrado presidente de la Sección de ferroviarios de Cataluña, y por ese orden se fueron apoderando de los Comités de las demás regiones.

Muchos días antes de que fuera declarada la huelga general, cuando todavía los obreros ferroviarios estaban pendientes de una contestación de las Compañías, la *Voix du Peuple* y la *Bataille Syndicalista*, órganos en la prensa de la Confederación General del Trabajo de Francia, publicaban artículos vibrantes, con ciertas reservas respecto de Pablo Iglesias; pero excitando a los obreros franceses a solidarizarse estrechamente con sus compañeros del lado de allá de los Pirineos. No para alcanzar mejoras parciales en el trabajo, sino para destruir el régimen monárquico en España, al que calificaban de oprobioso. Y otro tanto hacían *L'Humanité* y *L'Action*, excitando a los socialistas y políticos avanzados.

La prensa de información anunciaba en aquellos días que pronto sería firmado el tratado franco-español sobre Marruecos, y con motivo de eso se proyectaba una visita oficial del rey de España, en Francia. La *Bataille Syndicaliste* y la *Guerre Sociale* recordaron nuevamente el asunto Ferrer, y empezaron a publicar violentísimos artículos lanzando injurias y amenazas contra el monarca español, y alentando a las agrupaciones revolucionarias para que prepararan manifestaciones hostiles. En uno de los artículos de la *Bataille Syndicalista*, intitulado *Alfonso XIII*, decían que si se atrevía a ir a Francia oficialmente, le demostrarían que habían guardado cuidadosamente las fórmulas cloradas con que cargaron las bombas de la rue Rohan. Ese número fue denunciado y enviado a los Tribunales.

Durante los días que duró la huelga los agentes de la policía española y francesa, encargados de vigilar a los anarquistas, supieron perfectamente lo que hacían éstos y los *viajecitos* de algunos de ellos a la frontera franco-española. Sofocado el movimiento revolucionario, la prensa francesa siguió una campaña formidable contra Canalejas. Fabra Ribas o Mario Antonio, en *L'Humanité*, y Charles Malato en la *Bataille*, publicaban artículos presentando a Canalejas como un traidor a las promesas democráticas que había hecho en la oposición, y señalándolo a las iras de los anarquistas de acción como un reaccionario empedernido, más peligroso que Maura.

El día veinte y tantos de octubre de 1912, la *Bataille Syndicaliste* publicó en su sección de «Correspondencia» la siguiente noticia que transcribo literalmente: «*Charles Malato; dale a García, hora y lugar de la cita en Burdeos*». Aquella nota no pasó desapercibida para monsieur N…, jefe de una de las brigadas de policía encargadas de vigilar a los anarquistas; y acompañado de dos agentes fueron a Burdeos. Allí vieron a Malato y al García de referencia reunidos, y cuando ese funcionario regresó a París, afirmaba que el viaje de Malato a Burdeos tenía por objeto dar órdenes a Pardinas para que asesinara a Canalejas; asimismo lo comunicó a la Seguridad de Madrid, interesando la captura de Pardinas.

El día 12 de noviembre fue vilmente asesinado Canalejas. Este pagó con su vida los tres fracasos sucesivos que procuró a los revolucionarios de diversas tendencias, coligados para derrocar la monarquía española.

LIBRO II

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

Escribimos hoy bajo la impresión dolorosa de los tristes recuerdos que evocan en nuestro espíritu los acontecimientos revolucionarios de Barcelona en julio de 1909, en los cuales tomamos parte muy activa, y de los que fuimos, en cierto modo, agente principal en unión de Francisco Ferrer Guardia y otros elementos.

Desde aquellos aciagos y tormentosos días pesan sobre nuestra conciencia, como aplastadora losa de plomo, graves responsabilidades que no bastan a expiar ni el reconocimiento más explícito de nuestros errores, ni el arrepentimiento más leal y sincero.

No tratamos, pues, de justificarnos, porque aunque los demás nos absolvieran con un fallo benévolo e inmerecido, somos bastante altivos para no intentar eludir responsabilidades ni siquiera escudándonos en la indulgencia de los demás. Pero séanos permitido, al menos, reivindicar con legítimo orgullo que desde que abandonamos la mala senda emprendida en los primeros años de nuestra juventud, hemos procurado servir cumplidamente la causa del orden como una rectificación sincera de nuestra conducta anterior.

Si yo hubiera de medir mi vida pasada por el número de los años, me sentiría gozoso de ser todavía casi un niño; pero si para calcular considero el número de sensaciones diversas sentidas, las temeridades infructuosas y perjudiciales que he realizado y las contrariedades experimentadas, estoy seguro de haber consumido hasta la última gota la lámpara de mi existencia. Mi vida ha sido muy turbulenta y azarosa. Y aunque con honda amargura lo declare, es bien cierto que mi vida actual es la de una luz que se extingue, la de una existencia perdida…

Sólo aquellos hombres que por haber vivido mucho pueden mirar respetuosamente los sufrimientos de los demás, serán capaces de comprender la honda tristeza, la dolorosa crisis moral que experimentan aquellos seres a quienes la inteligencia besó imperceptiblemente en la frente, que llegan a conocer el bien y, no obstante, por falta de voluntad, por carecer de una dirección exterior que los atempere y dirija, siguen indefectiblemente el mal camino…

No es sin antes haber realizado reiterados esfuerzos de voluntad para vencer escrúpulos de conciencia siempre respetables, que cogemos la pluma y nos proponemos trazar con caracteres indelebles la historia de un hombre con quien nos unieron los más estrechos vínculos de amistad y compañerismo, y por el cual, torpes y obcecados, sentimos un día la simpatía y el cariño que sólo deben inspirar los hombres superiores.

Pero con motivo del fusilamiento del fundador de la Escuela Moderna de Barcelona, Francisco Ferrer Guardia, nuestro antiguo amigo y compañero, se hizo una campaña tan infame y canallesca contra España, presentándonos a los ojos del mundo civilizado como una rara excepción y considerando a nuestra adorable patria como el último refugio de la barbarie medioeval, que si después de haber rectificado nuestra conducta encubriéramos con el silencio los crímenes de que realmente son directamente responsables los causantes de aquella violenta campaña, pecaríamos de menguados y protervos, y seríamos acreedores a que nuestros compatriotas nos repudiaran con el estigma degradante de la más vergonzosa y repugnante complicidad.

Pero eso no. Rechazaríamos con indignación semejante propósito. Y colocados ya en ese terreno, pretender atenuar la gravedad de los hechos para evitar las amarguras de la verdad, sería falacia inocente. Intentar envolverla en las tenues gasas de la atenuación y el eufemismo, imperdonable cobardía. Hablamos claro para que no quepan dudas ni confusiones.

Se ha pretendido presentar a Ferrer Guardia como un mártir del librepensamiento, en un pedagogo eminente sacrificado a la mejor gloria del clericalismo español, por haber introducido en España un sistema de educación moderna atentatorio a los privilegios de la Iglesia católica.

Se ha propagado en todos los tonos y formas imaginables, que Ferrer fue una víctima sacrificada por los victimarios de la reacción y del privilegio para satisfacer sus insaciables deseos de venganza. Y aun los más desdeñosos vieron en Ferrer un hombre que dio su vida en holocausto de sus ideas, y considerándolo como un filántropo futurista, que no dejaría de ser un utopista más, sintieron profunda conmoción al anuncio de su muerte y de las circunstancias de que fue precedida y acompañada.

¿No le será permitido a quien ha vivido a su lado contribuyendo a ejecutar la mayor parte de sus planes, y colaborando en todas sus luchas, intentar restablecer la verdad?

En los años que he vivido en comunidad de pensamiento con Ferrer, siendo su secretario particular y su colaborador en la obra revolucionaria, me impuse perfectamente, en el seno de la intimidad con que me comunicaba sus ideas, de lo que era y lo que hacía aquel hombre. No es cierto que Ferrer fuera un pedagogo eminente ni tampoco una vulgar mediocridad. Estaba dotado de una inteligencia bastante clara. En su carácter, velado por una aparente frialdad, conservaba una energía imponderable y empleaba medios de convencer bastante persuasivos. A mí me sedujo al principio y me costó bastante tiempo para comprender la perfidia y el odio que inspiraban sus actos.

Se ha escrito y hablado mucho sobre el objeto perseguido por Ferrer, con la fundación de la Escuela Moderna de Barcelona, sin que hasta la fecha se hayan llegado a definir exactamente las intenciones que lo guiaban y los medios que puso en práctica para conseguirlo.

No es que me sorprenda la actitud de los que se esfuerzan en presentar a Ferrer como un pedagogo notable cuya originalidad era superior a la de los más clarividentes innovadores, afirmando que con la fundación de su Escuela había reformado profundamente la pedagogía escolar elevándola a la vía de la perfección y dando un poderoso impulso al progreso de la humanidad. Recientemente todavía yo hacía lo mismo que ellos, y sin embargo, todos

estábamos plenamente convencidos de las inadecuadas condiciones en que Ferrer comenzó su labor escolar, la que podía satisfacer sus propósitos, pero que de ninguna manera representaba una reforma progresiva en el campo de la pedagogía moderna.

Ferrer era ante todo un revolucionario violento cuya principal característica era la impaciencia llevaba al último extremo. Enemigo irreductible del estacionamiento y de la lentitud evolucionista, era incapaz de rodearse de paciencia para asegurar el éxito de su empresa por medio de una evolución sistemática y ordenada.

Los que nos presentan a Ferrer como un educador pacífico, que desilusionado de las luchas políticas en que había tomado parte, repudia la violencia y consagra sus esfuerzos a la fundación de escuelas donde preparar el advenimiento de generaciones futuras más conscientes y libres, o no le conocían bien, o son los que tienen interés especial en propagar lo contrario de lo que saben ser la verdad, para glorificar la memoria del *mártir* y desviar a la opinión pública.

Ferrer fundó la Escuela Moderna para constituir una plataforma con que seducir a los partidos avanzados y despistar a los gobernantes y elementos de orden en cuanto a sus verdaderos propósitos. Recurrió a la pedagogía porque la consideraba como un recurso auxiliar para modelar a su antojo a los futuros militantes revolucionarios.

Sin pasión ni odio de ninguna clase, con esa tranquilidad y reposo que es obligado para que la atención se concentre toda en la labor emprendida y brille el juicio sereno, narraremos lo que hemos visto y vivido. Y cuando libres de nuestro medio y por no participar de nuestros apasionamientos y ruindades, los hombres puedan juzgar con rectitud, reconocerán si Ferrer era digno del respeto y la admiración de sus contemporáneos.

Y la enorme injusticia que representa el que por un hombre cuyas acciones amenazaban la paz y la tranquilidad de todos, se hayan conmovido tan profundamente las multitudes en los emporios de la civilización y con el concurso de hombres de inteligencia superior.

CAPÍTULO II

Antecedentes personales de Francisco Ferrer Guardia: su educación y tendencias naturales. – Un hijo ingrato. – Bautismo anarquista de Ferrer. – Su colaboración en el asesinato y robo de un sacerdote español. – Revelaciones de su esposa legítima. – Relaciones de Ferrer con Mile. Ernestina Meunier. – Una aventura interesante. – Medios de que se valió Ferrer para catequizar a Mile. Meunier. – Revelaciones de Malato y Portet. – Ferrer heredero universal de Mile. Meunier. – Asesinato de esa señora.

Los antecedentes personales que conocemos de Ferrer, de antes que entráramos en relación con él, son los siguientes: Nació en Aleilla, pequeño pueblo de la provincia de Barcelona. Sus padres eran gente sencilla dedicados a las labores del campo.

Francisco Ferrer tenía un hermano mayor que él, José, que es el que ocupa actualmente la propiedad de aquél en Mas Germinal, en Mongat. Ambos recibieron educación religiosa y fueron instruidos en los principios de orden y santa moral humana.

Su hermano José era bastante díscolo y en cuanto llegó a la edad de la razón se mostró refractario a los principios morales y religiosos que habían normalizado su primera instrucción. Francisco, por el contrario, era afable y muy estudioso, y abrazó con tanto fervor y entusiasmo

las enseñanzas católicas, que sus padres, viendo en él un futuro sacerdote, lo colocaron como monaguillo en la iglesia del pueblo, y lo recomendaron al cura para que completara su educación religiosa.

Cuando apenas tenía catorce años, un tío suyo se lo llevó a Barcelona, con la promesa de colocarlo en una casa de comercio y hacer de él un hombre de negocios. Sus padres, atraídos por las promesas del que les aseguraba colocarlo bien, y con la halagadora esperanza de que, más tarde, aquél pudiera ser el sostén de su vejez, lo confiaron a su tío sin ninguna dificultad.

¡Cuán lejos estaban aquellos pobres ancianos de pensar que su adorado hijo había de abominar, poco tiempo después, de la buena educación recibida en su infancia, y pagaría los desvelos de sus cariñosos padres con la más negra de las ingratitudes!... Los padres de Ferrer murieron en la última miseria con la amargura de ver que su hijo ingrato y despiadado no les ayudaba en nada.

Durante su residencia en Barcelona, Ferrer estuvo colocado en un establecimiento de bebidas en la Rambla de Canaletas. Allí mismo entró en relación con Farga Pellicer, Francisco Viñas y otros jóvenes catalanes que en aquella época ya se decían anarquistas colectivistas.

Esos mismos individuos se hicieron anarquistas comunistas, y al llegar a España el anarquista italiano Fanelli, comisionado por Miguel Bakunin y Carlos Cafiero para formar la Sección española de la internacional anarquista en Madrid, ellos formaron la Sección catalana en Barcelona.

Al calor de aquellos hombres fervientes propagandistas de las nuevas ideas, Ferrer recibió el bautismo anarquista, y fue, desde entonces, uno de los más entusiastas adeptos de esa abominable secta.

Poco tiempo después Ferrer dejó el empleo que tenía en el almacén de bebidas y obtuvo una colocación en la Compañía de los Ferrocarriles de Barcelona a Tarragona y Francia, como revisor de billetes. Mientras ocupó ese puesto entró en relaciones con algunos revolucionarios españoles, emigrados en Francia, que conspiraban a las órdenes de don Manuel Ruiz Zorrilla, jefe del partido progresista. Y Ferrer se encargaba de llevar y traer correspondencias de Francia para España y recíprocamente.

Perdió aquel empleo porque en el tren en que él prestaba sus servicios, en el trayecto de Tarragona a Cerbère, fue vilmente asesinado y robado un sacerdote español. Recayeron algunas sospechas sobre Ferrer, por lo que la Compañía le dio la cesantía inmediatamente. Pero por carecer de pruebas concluyentes escapó a la acción de la justicia. Sin embargo, nosotros averiguamos más tarde que, efectivamente aquel horrible asesinato había sido perpetrado con la complicidad de Ferrer.

Cuando hace tres años conocimos en París a la esposa legítima de Ferrer, ésta nos relató que el asesinato del cura lo habían llevado a cabo unos individuos catalanes, amigos de su marido, y que con una parte del dinero robado a aquel infeliz sacerdote se habían establecido ellos en París.

Poco tiempo después Ferrer tomó parte activa en el levantamiento armado de Santa Coloma de Farnés y, una vez sofocado aquel movimiento, huyó al extranjero refugiándose en París. En esta capital entabló relaciones personales con Zorrilla, y por la confianza que se había conquistado en los servicios prestados a los conspiradores republicanos, aquél le nombró su secretario, cargo que Ferrer desempeñó hasta la muerte de Zorrilla, sin percibir sueldo, por servir a la causa revolucionaria.

Antes de marchar a París, contrajo matrimonio con una joven catalana, doña Teresa Sanmartí, hija de una modesta familia, pero dotada de todos los encantos de la juventud, de una belleza impecable y de una bondad y dulzura envidiables.

De ese matrimonio tuvieron tres hijas, Paz, Trinidad y Sol, con las que cultivamos relaciones amistosas, particularmente con las dos primeras, durante nuestra residencia en París.

Para ganarse la vida, Ferrer daba lecciones de español y su mujer le ayudaba con una tiendecita de comestibles que tenían en la rue Richer, 43.

Siendo Ferrer profesor de español en un Liceo de París, conoció como discípula suya a Mlle. Ernestina Meunier, dama católica muy rica, la que más tarde le legó toda su fortuna compuesta de varios títulos de Hacienda y de un inmueble en París, calle Petites Ecuries, número 21, valorado todo en un millón trescientos mil francos.

La muerte de Mlle. Meunier fue bastante inesperada y tenebrosa, y la prensa se ocupó del asunto arrojando criminales sospechas sobre Ferrer.

Una aventura amorosa nos dio la ocasión de saber que Mlle. Meunier había sido víctima de un crimen perpetrado con la más execrable premeditación.

A principios del año 1910 estaba yo emigrado en París y, para ganarme la vida, daba lecciones de español a domicilio. Un día, en una de las frecuentes visitas que yo hacía a casa de don Alfredo Naquet, éste me presentó a una señora, viuda de un militar francés, que deseaba aprender el español.

Desde el día siguiente al de nuestra presentación, yo iba todos los días, a las tres de la tarde, al domicilio de esa señora, rue de l'Assomption, 79 (Passy), a explicarle lecciones de español.

Dicha señora, además de poseer una bonita fortuna, tenía ideas avanzadas y, después de terminadas las lecciones, pasábamos muy buenos ratos leyendo y conversando, en una nutrida y rica biblioteca, propiedad suya, en la que se encontraban, sabiamente clasificadas, las obras maestras de los modernos filósofos.

Por identificación de ideas, o tal vez gratamente sorprendida del entusiasmo con que yo defendía principios que le eran comunes, lo cierto es que la amable señora me hizo objeto de la más viva simpatía, y al poco tiempo nuestras relaciones tomaron un carácter muy íntimo.

Ella poseía una magnífica hacienda en Normandie, y allá fuimos los dos a pasar una corta temporada. Y después de facilitarme dinero para ciertos actos de propaganda, me hizo promesas formales de poner a mi disposición parte de su capital para trabajos revolucionarios.

Al regreso de Normandie, nos reunimos una tarde en el café Zimmer, en París, Charles Malato, Lorenzo Portet y yo. En el curso de nuestra conversación les puse al corriente de mis aventuras con esa señora. Y hablando de los medios que yo debía poner en práctica para asegurar la realización de las promesas que ella me había hecho, Lorenzo Portet se expresaba en los términos siguientes:

«*Lo primero que debes hacer, decía, es que te asegure una cantidad para iniciar los trabajos de propaganda. Procuras interesarla y entusiasmarla con esos trabajos, dándole gusto y satisfaciendo todas sus exigencias, y cuando te halles en posesión de una buena cantidad, ya nos arreglamos para suprimirla*».

A lo que Malato, tan perverso como el otro, pero más ladino, replicaba:

«*No conviene matarla, porque ya sabes lo que ocurrió con Ferrer, y lo difícil que fue arreglar el asunto, y sería muy peligroso el que un discípulo suyo hiciera lo mismo*».

Aquella tarde quedamos plenamente convencidos de que Ferrer había acelerado la vida de Mlle. Meunier para apoderarse de su fortuna.

En conversaciones posteriores con Lorenzo Portet, nos refirió que las primeras relaciones con Mlle. Meunier empezaron siendo ésta discípula de español de Ferrer. Mlle. Meunier profesaba la religión católica y la practicaba con fervoroso culto. Ferrer discutía frecuentemente con ella sobre asuntos religiosos, aparentando que poco a poco lo invadía el misticismo cristiano y que sus convicciones cedían paulatinamente ante los sólidos razonamientos y la exaltación de las virtudes cristianas de aquella señora, dejando entrever la posibilidad de su conversión a los dogmas de la religión católica. Al mismo tiempo, Ferrer procuraba interesar a Mlle. Meunier en otros proyectos y obras filantrópicas, para cuya realización solicitaba dinero que ella le entregaba espléndidamente, hasta que lo nombró administrador de todos sus intereses y le asignó una parte de sus rentas anuales, de la que Ferrer podía disponer libremente.

Después hicieron un viaje reunidos a Londres, y Ferrer la presentó a algunos de sus amigos que simularon la más agradable sorpresa y ponderaron, como convenía a sus propósitos, la generosa filantropía de la donante.

Al regreso de su viaje, Mlle. Meunier, que no tenía herederos directos, ordenó su testamento, nombrando heredero universal único para después de su muerte, a Francisco Ferrer Guardia. A los pocos meses Mlle. Meunier falleció repentinamente. El médico de cabecera de la difunta era un íntimo amigo de Ferrer.

CAPÍTULO III

Intimidades de Ferrer. – Para juntarse con la Meunier, se separa de su esposa legítima después de haberla maltratado y sometido a insoportables vejaciones. – Ferrer agredido por su esposa. – Carta de ésta al Tribunal. – Ferrer juzgado por sus hijas. – Artículos de un antiguo amigo de Ferrer en «L'Eclair». – Las vilezas de Malato.

Ferrer era mal hijo, mal esposo y mal padre. Hacía a su esposa víctima de toda suerte de desdenes y brutalidades, proporcionándole las más degradantes vejaciones.

Poco tiempo después de entrar en relaciones con Mlle. Meunier, abandonó a su esposa legítima para juntarse con aquélla, arrebatándole sus tres hijas, una de ellas recién nacida. Más tarde entabló, ante los tribunales de Francia, demanda de divorcio contra ella.

La separación fue violenta y trágica, ocupándose del asunto toda la prensa parisién, que censuró enérgicamente la incalificable conducta observada por Ferrer. Su esposa, desesperada por los horribles sufrimientos que le había proporcionado privándola hasta de ver a sus hijas, lo encontró un día en una de las calles de París y le disparó varios tiros de revólver. Detenida y juzgada en la décima Sección del correccional, fue sentenciada a un año de prisión.

Desde la cárcel envió la siguiente carta a los jueves que entendían en el proceso. Decía así:

«*Si yo cometí la locura de disparar sobre mi marido, me arrepiento; pero me había hecho tan infeliz, me había castigado tanto, que mi corazón, exhausto por los padecimientos me hizo olvidar por un momento que era el padre de mis hijas*.

«*Mi vida con aquel hombre ha sido un martirio continuo; él me lo negaba todo, hasta la propiedad de mis hijas. Tengo una hija que cuenta hoy tres años y aun no la conozco. Apenas hubo nacido, mi marido la hizo llevar al departamento de Loir et Cher*.

«*Es cuanto pude averiguar, pues él se opuso siempre a que yo fuera a verla*.

«*Tengo otra hija de once años que mi marido envió a Australia, cuando apenas contaba nueve años, y sin mi consentimiento. Por más que supliqué, todo fue en vano; mi hija salió, y hasta hoy no he tenido la dicha de ver este otro pedazo de mi corazón*.

«*La mayor tiene doce años. Un mes antes de dejarme para juntarse con la Meunier, mi marido la puso en Montreuil-sous-Bois, en una pensión, donde apenas me la dejaron ver cuatro veces. Después me prohibieron el ingreso en el pensionado. Hablé con el cónsul español, acudí al comisario de policía de mi barrio, pero todo fue inútil.*

«*Otra vez volví al comisario para que me recomendara al de Montreuil, quien me dijo que volviera algunos días después*.

«*Cuando volví me dijo: "Siento comunicarle que su hija ya no está en la pensión"*.

«*Entonces fue cuando, loca por la desesperación y no pudiendo vivir sin mis hijas, determiné matarme. Lo que me detuvo fue el pensamiento de que un día quizá podría volver a ver a mis hijas, si me dirigía a mi marido, y entonces fue cuando fui a esperarle.*

«*Le vi venir hacia donde yo estaba; con el corazón desgarrado por el dolor, le pedí que me dijera dónde estaban mis hijas y, por dos veces, despreciando mis lágrimas, me rechazó*.

«*Entonces se me nubló la vista, perdí el conocimiento y loca de dolor, disparé sobre el infame padre de mis hijas*.

«*Señores, he sufrido tanto con este hombre que espero tendrán piedad de mí*».

Teresa Sanmarti

A raíz del fusilamiento de Francisco Ferrer, un antiguo correligionario suyo, periodista catalán residente en París, Vinardell y Roig, justamente indignado por la clamorosa campaña de viles difamaciones que los panegiristas y esclarecedores de Ferrer hacían contra España, publicó en una serie de artículos en *L'Eclair*, de París, en los que demostraba bien claramente, con testimonios autorizados de la esposa e hijas de aquel padre miserable, cómo había amargado villanamente la vida de su bondadosa mujer, sometiéndola a crueldades sin cuento, a insoportables vejaciones.

Ferrer llegó a emplear con su esposa refinamientos de crueldad inaudita. Después de golpearla brutalmente la humillaba de la manera más indecorosa, llevando a su casa y sentando a la mesa a sus queridas, frente a su esposa y a sus hijas.

Muchas de las vilezas descubiertas por Vinardell nos fueron corroboradas por las declaraciones que personalmente nos hicieron las hijas de Ferrer, Paz y Trinidad.

Mientras los herederos y legatarios de Ferrer hacían gestiones en París para entrar en posesión de la herencia, intervenimos directamente, por encargo de aquéllos, en los trabajos preliminares que se hicieron, y diariamente nos reuníamos con Paz y Trinidad Ferrer.

Todavía recordamos conmovidos la enorme impresión que produjo en nuestro ánimo la contestación que nos dio Paz, un día que le preguntamos si realmente su madre era acreedora al mal trato que le había dado Ferrer.

«*Mi madre, nos replicó con honda amargura, era una santa. Mi padre no ganaba lo suficiente para vivir y mi madre le ayudaba con una abnegación y un cariño imponderables. Mi padre la trataba siempre con desdén, y era excesivamente celoso con ella*.

«*Frecuentemente presenciábamos en nuestra casa escenas violentas, y alguna vez tuvimos que ver, aterrorizadas, como mi padre golpeaba brutalmente a mi madre*.

«*Cuando mi hermana Trinidad tenía nueve años, mi padre la arrancó de nuestro lado y la mandó a Australia, en casa de mi tío José*.

«*Yo perdono a mi padre, a quien, a pesar de todo, quería, y cuya trágica muerte es para mí desconsoladora. Pero no por eso dejo de reconocer que a él se debe la honda tristeza que nos embarga al saber que nuestra madre vive y, sin embargo, hace muchos años que ha muerto para nosotras. El recuerdo de mi adorada madre siempre será venerado por nosotras*».

Charles Malato contestó en *L'Humanité* los artículos de Vinardell y Roig publicados en *L'Eclair*. Malato quería hacer una defensa calurosa de Ferrer, su antiguo amigo y colaborador en la preparación y realización de asesinatos políticos, y a falta de argumentos convincentes para desmentir las afirmaciones categóricas e irrefutables de Vinardell, empezó a proferir, en letras de molde, los insultos más procaces e indignos contra aquél.

Vinardell se defendió muy briosamente, y Malato, viéndose irremisiblemente perdido, acabó por provocar un desafío, enviando sus padrinos a Vinardell. Este, que sabe muy bien cómo las gastan Malato y sus amigos, tuvo el buen acuerdo de rechazar muy hábilmente la reparación por las armas que le pedían el capitán Gerard, socialista, y el anarquista ruso Stackelberg, que eran los comisionados de Malato, temeroso sin duda, y con harto fundamento, de que iba a ser víctima de un crimen.

Sin detenernos mucho a considerar todas las peripecias de comedia ridícula y criminal a la vez, que intentaron representar Malato y sus amigos, justo será consignar algunos detalles para dar a conocer la honorabilidad de uno de los más significados paladines del anarquismo.

En la fecha en que Vinardell publicó sus artículos en *L'Eclair*, vivíamos nosotros en casa del mismo Malato, *a bis*, *Passage Noirot*.

Malato es uno de los hombres más cobardes que se conocen y que sólo sabe moverse en la sombra, sin dar la cara jamás.

Casi a diario nos visitaba un individuo español, Juvé de Buloix, supuesto amigo de Vinardell, quien refería a Malato la forma en que se comentaban sus artículos en casa de aquél, así como las opiniones de Vinardell sobre el duelo y otros pormenores.

Ese mismo individuo aconsejó a Malato que desafiara a Vinardell, porque éste no aceptaría para batirse, pero se vería obligado a callar. Malato desafió a su contrincante y entretanto preparaba la manera de que otros dos anarquistas fueran a buscarlo para reducirlo con amenazas de muerte.

Yo mismo fui el encargado de llamar a Rosendo Vidal y Magín Marcé, dos anarquistas de acción, catalanes, fugitivos y residentes en París. Malato les propuso que visitaran a Vinardell y le intimidaran para que callara so pena de intentar *algo serio* contra él.

Efectivamente, aquellos dos desalmados fueron a casa de su paisano Vinardell en la mañana del mismo día en que Malato hizo la sonada de enviarle los padrinos, a cumplimentar la criminal misión que aquel villano y cobarde les confiara; pero en casa de Vinardell no fueron siquiera recibidos y ya no les fue posible encontrarlo en ninguna otra parte.

Pero Vinardell, más práctico y conocedor de la *caballerosidad* de la gente con quien se las tenía que haber, denunció ante el Tribunal correccional de la Seine al diario *L'Humanité*, que publicó los artículos de Malato. Este se hizo cargo de pagar la indemnización que pudieran poner al periódico, y se presentó como testigo contra Vinardell, y llamó además a Tarrida de Mármol, Laissant, Charles Albert, el que suscribe y otros para que, haciendo gala de sus facultades oratorias, acusaran a Vinardell de las mayores iniquidades y defendieran la memoria de Ferrer.

Cada uno de esos testigos despotricó a su antojo; y, por último, se presentó a declarar Trinidad Ferrer, una de las hijas del *mártir de Montjuich*. Esta había sido de antemano muy bien aleccionada para que se esforzara en impresionar a los jueces desfavorablemente contra Vinardell.

Pero sucedió todo lo contrario. Trinidad empezó su declaración dirigiendo falsas inculpaciones contra Vinardell y en defensa de su padre. Vinardell la interrumpió vivamente, y con unas cuantas frases increpándola por la ingratitud que significaba para con su madre la defensa de Ferrer contra aquélla, consiguió el que Trinidad, anegada en llanto, se retirara afectada sin poder proferir una palabra más.

El Tribunal falló condenando al periódico *L'Humanité* y, por consiguiente, a Charles Malato, a indemnizar a Vinardell la suma de *dos mil y tantos francos*.

Terminado aquel acto yo fui a acompañar a Trinidad Ferrer a su casa y ella me explicó la dolorosa impresión que le había causado el recuerdo de su buena madre, evocado por Vinardell, y con la más completa ingenuidad, en un arranque de sinceridad salido de los más profundo del alma, me dijo: «*Efectivamente, mi madre era muy buena. El señor Vinardell tiene mucha razón en lo que dice; pero es muy triste que nosotras tengamos que culpar a nuestro padre después de muerto*».

Poco tiempo después del trágico desenlace que tuvo la separación de doña Teresa Sanmartí y Ferrer, aquélla tuvo que ausentarse de París, asediada por las amenazas que le hacían los amigos de Ferrer.

Se marchó a Rusia acompañada de Sol, su hija menor. Y allá hizo su conversión a la religión ortodoxa y contrajo matrimonio con un caballero ruso, que ha premiado con las más delicadas atenciones la belleza y la virtud de aquella madre sufrida y heroica.

CAPÍTULO IV

Unión de Ferrer con Mlle. Leopoldina Bonnard. – Otro hijo de Ferrer. – Leopoldina exclaustrada en Mongat mientras Ferrer seduce a otra joven. – Soledad Villafranca es una mujer mundana. – Ferrer estafa a Leopoldina ciento cinco mil francos. – Comunicación de Leopoldina al Procurador de la

República francesa impugnando el testamento de Ferrer. – Declaraciones de Lorenzo Portet. – Abandono en que quedan Leopoldina y su hijo. – Iniquidad incalificable.

A la muerte de Mlle. Meunier, Ferrer se unió a Mlle. Leopoldina Bonnard, joven profesora francesa muy culta y distinguida. Con ella tuvo un hijo que tiene ahora doce años y lleva el nombre de su madre, aunque entre los anarquistas se le designa con el nombre de Riego.

Tanto esa señora como su hijo, corrieron bien pronto la misma suerte que habían corrido la esposa legítima y las hijas de aquel hombre despiadado y cruel. Los dejó en el más completo abandono para juntarse con una *demi-mondaine*.

Mlle. Leopoldina Bonnard fue a Barcelona con Ferrer y estuvo como profesora de francés en la Escuela Moderna, donde prestó muy relevantes servicios, pues a una vasta cultura reunía aptitudes pedagógicas notables que estaban muy lejos de poseer Ferrer y sus colaboradores.

Además publicó un Tratado de Nociones de francés, para uso de los alumnos de la Escuela Moderna, que resultó un trabajo excelente y fácilmente asimilable para los educandos.

Los últimos meses del embarazo de Riego los pasó Leopoldina en la finca de Ferrer, en Mongat. Entre tanto éste conoció a una modistilla muy agraciada y coqueta, que asistía a las clases nocturnas de la Escuela Moderna. Se encaprichó de ella y, sin atender a su falta de aptitudes, la llevó como profesora de párvulos a las clases diurnas.

Leopoldina estuvo enclaustrada en Mongat, sin que a pesar de sus reconocidas aptitudes y del empeño manifestado por ella, pudiera reanudar las clases de francés.

De 1906 a 7, Ferrer estuvo preso en la Cárcel Modelo de Madrid, por hallarse complicado en la preparación del atentado perpetrado por Mateo Morral contra Alfonso XIII y su augusta esposa el día de su enlace.

Leopoldina Bonnard, no obstante conocer la culpabilidad de Ferrer, lo abandonó todo para marcharse al extranjero a defender su causa proclamando su inocencia.

Recorrió varias capitales de Europa, celebrando conferencias y contribuyendo grandemente a la clamorosa campaña de agitación que determinó la excarcelación de aquel miserable que indujo a Morral a realizar tan bárbaro atentado.

En la vista del proceso de Madrid se presentó como testigo de la defensa de Ferrer la modistilla, que no era otra que Soledad Villafranca, y públicamente dijo: «*No creo en Dios y amo a Ferrer*».

Mientras duró la tramitación del sumarió, Soledad aceptó las caricias de Emiliano Iglesias, defensor de Ferrer, y al ser excarcelado éste, la adoptó por compañera, abandonando definitivamente a Leopoldina Bonnard y a su hijo.

Poco tiempos después Leopoldina marchó a Londres, Ferrer le pagó todos sus sacrificios desheredados a su hijo y arrebatándole a ella su patrimonio personal.

A la muerte de aquél, Leopoldina envió una comunicación a París, al Procurador de la República, anunciándole declararse parte en causa para impugnar el testamento de Ferrer, pidiendo la restitución de una suma de ciento cinco mil francos.

Decía así: «*En París, en el año de 1900, trabé relaciones con Ferrer y me prometió casarse ocultándome su situación de hombre casado; después dijo que se naturalizaría en Francia y,*

una vez obtenido el divorcio, se casaría; sin embargo, y teniendo ya entonces un hijo, se enfriaron nuestras relaciones y sobrevino pronto la ruptura.

«*Yo había confiado a mi amigo la administración de mi pequeña fortuna, consistente en* ciento cinco mil francos*, en valores mobiliarios depositados en el Crédit Lyonnais. En 1906 pregunté a ese establecimiento sobre el estado de mis créditos, y entonces supe que Ferrer había retirado ya dichos valores. Le pedí explicaciones y me contestó que los había depositado en el Banco de Barcelona, y que me los enviaría en breve*.

«*Poco tiempo después se produjeron en España ciertos hechos, por los que Ferrer estuvo preso bastante tiempo; después sucedió lo de Barcelona, y la muerte del agitador español*.

«*Durante todo ese período nada logré saber de mi antiguo amigo, y hoy, para subvenir a mis necesidades y a las de mi hija, me he visto obligada a aceptar un pequeño empleo en Londres*».

Leopoldina Bonnard

Ferrer al otorgar su testamento nombró heredero universal a su hermano José, y legatario principal a Lorenzo Portet. Este es un anarquista español residente en Liverpool, que había colaborado con Ferrer, Malato y otros anarquistas a la preparación del atentado que costó la vida al eminente hombre público español don Antonio Cánovas del Castillo.

Asimismo había intervenido en la preparación contra M. Loubet y S. M. Alfonso XIII, y en la preparación de otros atentados anarquistas, por lo que Ferrer le confiaba la mayor parte de sus bienes para que continuara la obra de exterminio iniciada por él.

A Soledad Villafranca le dejaba Ferrer: *ochenta mil francos*, producto de un seguro de vida; y a cada una de sus tres hijas, Paz, Trinidad y Sol, les asignaba la cantidad de *seis mil francos*, porque la ley no le permitía desheredarlas por completo; pero en el mismo testamento les recomendaba que respetarán la voluntad de su padre y no dispusieran de aquella cantidad, dejándola a Portet para la continuación de su obra.

En otra cláusula del testamento recomendaba a Lorenzo Portet que en el caso de que alguna de sus hijas, especialmente Trinidad, o Soledad o Riego, se vieran necesitados, procurara atenderlos; pero sin mencionar para nada a Leopoldina.

Antes de que se llevara a cabo la ejecución testamentaria, Leopoldina Bonnard reclamó en la forma que queda demostrado por el documento que transcribimos anteriormente, los ciento cincuenta mil francos que Ferrer le había estafado. Lorenzo Portet se negó terminantemente a atender tan justa demanda y se entabló la acción judicial correspondiente.

En el curso de la tramitación legal, hablamos varias veces de la justicia que asistía a Leopoldina para reclamar aquella suma. Y tanto Portet como Malato, y el mismo hermano de Ferrer, reconocían y declaraban íntimamente que Leopoldina había sido estafada; pero defendían a todo trance lo contrario porque, según ellos, Ferrer había llevado a cabo la estafa de manera que aquélla no podía presentar ningún documento que legalmente hiciera valer sus derechos.

Leopoldina residía en Londres, con su hijo, dedicada a dar lecciones de francés a domicilio.

Fernando Tarrida de Mármol, anarquista español residente en Londres, y uno de los amigos más íntimos de Ferrer, conocedor de la estada que éste había llevado a cabo con Leopoldina Bonnard, hizo varios viajes a París con el único objeto de interceder acerca de Portet, Malato y otros amigos, para que si no le entregaban a Leopoldina todo el patrimonio personal que Ferrer

le había usurpado, por lo menos le dieran una cantidad suficiente para atender a sus necesidades y a la educación de su hijo.

Las otras hijas de Ferrer, Paz y Trinidad, sentían más afecto por Leopoldina que por Soledad Villafranca, a la que consideraban como una aventurera despreocupada atenta al lucro personal y a los placeres mundanos.

Varias veces manifestaron su deseo de que atendieran debidamente a Leopoldina y a su hijo.

Pedro Kropotkin y algunos otros revolucionarios, hombres de conciencia menos elástica que la de aquellos otros malvados, expresaron su opinión favorable a la demanda de Leopoldina; pero todo fue en vano.

Lorenzo Portet se disculpaba cínicamente con todo el mundo, diciendo que Ferrer le había confiado la continuación de su obra revolucionaria y que para eso necesitaba los medios.

Que todos sus esfuerzos irían encaminados a vengar cumplidamente a Ferrer y a llevar a cabo los planes revolucionarios que junto con aquél habían proyectado. Y que para llegar a ese fin era preciso acabar con toda clase de escrúpulos.

Y con esa criminal indiferencia, desoyendo las justas demandas de aquella buena señora y ahogando implacablemente la voz de la conciencia, consumaron los herederos de Ferrer la abominable iniquidad de despojar definitivamente a Leopoldina Bonnard de su patrimonio personal, dejándola, en compañía de su hijo, en el más completo abandono.

LIBRO III

CAPÍTULO I

Criminales medios de que se valió Ferrer para adquirir fortuna. – Párrafos textuales del testamento otorgado por Mlle. Meunier. – Fundación de la Escuela Moderna de Barcelona. – Ferrer no introdujo en España ninguna innovación pedagógica. – Falsedades propaladas por los revolucionarios extranjeros. – Difamaciones de la «Europa Consciente» contra España.

Cuando Ferrer estuvo procesado y preso por haber tomado parte en la preparación del bárbaro atentado perpetrado por Mateo Morral contra S. M. Alfonso XIII en la calle Mayor de Madrid, se habló en la prensa avanzada de cómo aquél había adquirido la fortuna que empleó en la fundación de la Escuela Moderna, y con la que fomentaba sus propagandas anárquicas.

Falseando descaradamente la verdad, se dijo repetidas veces que cuando Ferrer residía en París, y siendo profesor de español, conoció como discípula suya a doña Juana Ernestina Meunier, dama francesa muy rica, con la que entabló relaciones íntimas atrayéndola hacia sus ideas; y que aquella señora, identificada en aspiraciones con el agitador revolucionario, le había legado una fortuna para que fundara escuelas laicas y propagara sus doctrinas anarquistas.

Semejantes aseveraciones son absolutamente falsas. Ferrer no intentó nunca, y tal intento hubiera acusado ausencia completa de perspicacia, atraer hacia sus ideas a aquella señora de

convicciones religiosas profundamente arraigadas. Por el contrario, en las conversaciones sobre asuntos religiosos que tenía con la señora Meunier, Ferrer se manifestaba siempre vivamente interesado esforzándose en demostrar a aquélla su posible conversión al cristianismo.

De esa manera, empleando procedimientos de la más refinada hipocresía, consiguió interesarla. Y venciendo toda clase de escrúpulos, puesta su mirada en el fin que perseguía, llegó hasta el asesinato para heredarla.

En el testamento otorgado por Mlle. Meunier, que Ferrer mismo nos dio a leer en ciertas ocasiones, y del cual pudimos sacar algunas notas en París, decía textualmente:

«Lego a don Francisco Ferrer, natural de Alella, provincia de Barcelona, España, y que actualmente vive en París, calle Richer, número 43, la casa sita en París, calle de Petites Ecuries, número 11, etc., etc. …

«Deseo morir en el seno de mi Santa Madre la Iglesia. Mi entierro será sencillo y religioso; y de la suma líquida que se encuentre a mi fallecimiento se dedicará la cantidad de tres mil francos para decir misas (preferentemente en Francia) por el reposo de mi alma y por el de mi querida madre. Mi cuerpo deberá reposar en el cementerio de Montmartre».

Ferrer cumplimentó las disposiciones testamentarias de aquella señora, empleando la fortuna que le legaría en crear escuelas donde *arrancar a la juventud todas sus creencias y halagar todos sus apetitos*.

En cuanto Ferrer se encontró en posesión del legado de Mlle. Meunier, proyectó la fundación de su famosa Escuela Moderna. En 1901 escribió desde París a José Prats, de Barcelona, enviándole tres mil francos y recomendándole que gestionara la adquisición de un local, etc.

En esa misma carta explicaba a Prats cuáles eran sus propósitos. Y le decía que su Escuela no había de ser una más destinada a preparar comerciantes ni explotadores, sino que de ella saldrían los futuros revolucionarios aptos para empuñar la piqueta revolucionaria y demoler la sociedad desde sus fundamentos.

Y que además de las clases diurnas para niños, se explicarían clases para adultos, que serían más bien conferencias, para hacerles comprender las injusticias sociales y despertar en ellos el sentimiento de rebeldía.

Asimismo atenderían a la formación de sindicatos obreros y agrupaciones revolucionarias, disponiendo en el mismo local de la Escuela Moderna de salas para que celebraran sus reuniones, y señalándoles ellos mismos orientaciones revolucionarias.

José Prats malversó los tres mil francos, y Ferrer le retiró su confianza sustituyéndolo por Anselmo Lorenzo. Este quedó desde entonces al servicio de Ferrer, siendo uno de sus principales colaboradores y el traductor de la mayor parte de los libros publicados en la *Biblioteca* «*Publicaciones de la Escuela Moderna*».

Lorenzo y Prats son los dos anarquistas más significados que quedan hoy en España. El primero de ellos fue uno de los fundadores de la Sección española de la Internacional anarquista; y el segundo, más joven, es un anarquista militante de los más activos. Ambos son escritores revolucionarios, pero ninguno de ellos posee aptitudes pedagógicas.

Una vez hechos los primeros trabajos, Ferrer fue a Barcelona, inaugurando su Escuela en la calle de Bailén, número 59.

Con el propósito de demostrar lo injustificado de la estrecha vigilancia que las autoridades españolas ejercían sobre Ferrer, después del atentado de Morral en la calle Mayor de Madrid, se propaló en la prensa que, efectivamente, Ferrer había colaborado durante algunos años en las conspiraciones contra la monarquía española al lado de Ruiz Zorrilla; pero que a la muerte de éste, decepcionado por las disensiones y el utilitarismo de los jefes de los partidos políticos y por la incapacidad intelectual de las clases trabajadoras, se había revestido de paciencia y, adoptando el método más contrario a su energía característica, se consagró a la educación, seguro de alcanzar más lentamente, pero de una manera positiva las transformaciones sociales que anhelaba. Y que al encontrar inadecuados para su objetivo los sistemas pedagógicos conocidos en España, había reformado ampliamente la pedagogía dotando a la humanidad de un instrumento inapreciable de progreso.

En realidad de verdad, se necesita no haber conocido la institución denominada Escuela Moderna de Barcelona, y sus similares, o estar poseído de muy mala fe, para repetir semejantes supercherías.

Contra todo lo que han afirmado los revolucionarios extranjeros que intervinieron en la indigna agitación promovida contra España más bien que en defensa de Ferrer, séale permitido al ex director de la Escuela Moderna de Hostafranchs, una de las principales escuelas ferreristas, impropiamente llamadas racionalistas, afirmar, demostrándole irrefutablemente, que el fundador de la Escuela Moderna de Barcelona no introdujo en España ninguna innovación pedagógica racional ni científica.

Presentando al desnudo la famosa Escuela Moderna de Barcelona, ningún odio hacia su fundador mueve nuestra pluma. Móviles mucho más elevados agitan nuestro pensamiento, que seríamos incapaces de empequeñecer con sentimientos innobles. Colaboradores y auxiliares suyos fuimos y con orgullo reivindicaríamos cuanto realmente constituyera elemento de progreso y civilización.

Pero resueltos a que la verdad resplandezca en toda su pureza, no sin pena tenemos que confesar nuestros errores y avergonzarnos de haber colaborado con entusiasmos, dignos de mejor causa, a una obra de perversión moral que toda conciencia honrada rechaza.

La Escuela Moderna de Barcelona prometía un plan de enseñanza racional y científica; y sin embargo, nada más contrario a la razón y desprovisto de base científica que sus enseñanzas.

La Escuela Moderna y sus similares no enseñaban a sus alumnos reglas de conducta intelectual o moral, para que al penetrar en la vida social con los demás seres, pudieran disciplinar sus instintos y canalizar debidamente sus fuerzas, haciéndoles aptos para realizar el bien en la sociedad.

Pero indudablemente que aquellas escuelas realizaban los fines para que fueron creadas por Ferrer. Exaltando en la conciencia y en el cerebro de los alumnos el odio contra todo lo existente, abominando de la religión, la patria, la familia, y de cuanto constituye civilización y progreso en nuestra época, preparaba los espíritus fuertes y valerosos que empuñarían la piqueta demoledora para derrumbar el edificio social hasta sus cimientos.

La Europa Consciente realizó una gran acción glorificando al pedagogo insigne que pagó con su sangre la libertad de su país. Las generaciones futuras maldecirán a esa España, inquisitorial y bárbara que supo eliminar de su seno uno de los más viles engendros de la especie humana…

CAPÍTULO II

Ferrer explica sus propósitos revolucionarios en carta particular a un amigo. – Párrafos de otra carta a Leopoldina Bonnard. – Carta -programa de Ferrer para una escuela racionalista-. – Trabajo periodístico escrito por Ferrer en la Cárcel Modelo de Madrid.

Bien claramente manifestaba Ferrer sus propósitos revolucionarios al fundar la Escuela Moderna de Barcelona, en una carta dirigida a un amigo suyo, que fue publicada después de la muerte de aquél, en el importante periódico alemán *La Gaceta de Colonia*, en la que él decía lo siguiente:

«*Para no asustar a las gentes y no dar al gobierno español pretexto alguno de cerrar mi establecimiento de enseñanza, lo llamo Escuela Moderna y no escuela de anarquistas, porque el fin de mi propaganda es, lo confieso francamente, formar en mis escuelas anarquistas convencidos. Por el momento debemos contentarnos con implantar en el cerebro de la juventud la idea de violentas agitaciones. Debe llegar a saber que contra la autoridad y la Iglesia no existe más que un solo remedio*: la bomba o el veneno».

Y en otra carta escrita a Leopoldina Bonnard, en mayo de 1905, le decía:

«*Para las polémicas te puedo dar un argumento en contra de los que nos piden escuelas con grandes ventajas: enseñanza integral, trabajos manuales, oficios, asignaturas múltiples, etcétera, etc.; nosotros no podemos ocuparnos más que de hacer reflexiones a los niños sobre las instituciones, sobre las mentiras religiosas, gubernamentales, patrióticas, de justicia, de política y de militarismo*, para preparar cerebros aptos para una revolución social.

«*No nos interesa hoy hacer buenos obreros, buenos empleados, buenos comerciantes*: queremos destruir la Sociedad desde sus fundamentos.

«*Hoy nos contentamos con introducir ideas de revolución en los cerebros. Después ya veremos*».

A mediados de 1903, dos años después de la apertura de la Escuela Moderna de Barcelona, un grupos de personas de ideas avanzadas, residentes en la Unión, provincia de Murcia, proyectamos la fundación de una escuela racionalista, similar a la de Barcelona, en aquella localidad.

Inmediatamente escribimos a Ferrer solicitando algunas explicaciones sobre las nuevas orientaciones pedagógicas seguidas por esa institución. Y en una carta-programa que nos envió, escrita de su puño y letra, y que nosotros utilizamos para exponer y afirmar nuestro criterio sobre la tendencia social de la enseñanza moderna, decía lo siguiente:

«*Sin rechazar a los políticos profesionales porque su concurso puede serles a ustedes útil en ocasiones, y hasta, si preciso fuera, acogiéndolos con cierta benevolencia, deben ustedes procurar a todo trance neutralizar todos los esfuerzos que se opongan a la realización de nuestros propósitos*.

«*No pierdan ustedes de vista el carácter de nuestra enseñanza y mantengan las escuelas fuera de toda influencia política o religiosa, afirmando en toda su integridad nuestro programa escolar, que consiste en preparar la abolición de todas las supersticiones y de todos los privilegios*.

«*La enseñanza racionalista no puede parecerse a la enseñanza religiosa ni política. A la primera porque la ciencia ha demostrado que la creación es una leyenda y que los dioses son mitos, y por consecuencia se abusa de la ignorancia de los padres y de la credulidad de los niños perpetuando la creencia de un ser sobrenatural Creador del Mundo y al cual se debe recurrir con plegarias y genuflexiones para obtener toda clase de favores*.

«*Tampoco debe parecerse a la enseñanza política porque, habiendo de formar individuos en perfecta posesión de todas sus facultades, esa instrucción los subordina a otros hombres; y del mismo modo que las religiones, reconociendo un poder divino, han creado un poder positivamente abusivo dificultando la emancipación humana, los sistemas políticos la retardan acostumbrando a los hombres a esperar su emancipación de voluntades ajenas, de energías de supuesto orden superior, de los que por tradición o por rutina ejercen la profesión de gobernantes*.

«*Demostrar a la infancia que mientras que un hombre dependa de otro se cometerán abusos y existirá esclavitud y tiranía. Estudiar las causas que dan vida al actual régimen insolidario; fijar la reflexión de los alumnos sobre todo lo que se presenta a su vista, tal debe ser el programa de las escuelas libres.*

«No perdamos, pues, el tiempo en pedir a un dios imaginario lo que únicamente puede procurarnos el trabajo humano.

«No perdamos el tiempo solicitando que otros nos concedan lo que podemos obtener nosotros mismos».

En 1907, cuando Ferrer estaba preso en Madrid por el atentado de la calle Mayor, escribió un artículo que fue publicado en *España Nueva*. Y a pesar del particular interés con que procuraba encubrir sobre fórmulas vagas sus verdaderas intenciones, en la soledad del calabozo, concentrando su pensamiento en la determinación de su voluntad, escribió lo que sigue:

RACIONALISMO HUMANITARIO

Cuando hace seis años tuve la inmensa satisfacción de inaugurar la Escuela Moderna de Barcelona, hice resaltar mucho que su sistema de enseñanza sería racional y científico. Era preciso que yo previniera al público que, siendo la ciencia y la razón antítesis de todo dogma, en mi escuela no se enseñaría ninguna religión.

Yo esperaba que esa declaración provocaría el odio de la casta sacerdotal y que me vería combatido con todas las armas que emplean los que viven del engaño y de la hipocresía, abusando de la influencia que les dan la ignorancia de sus creyentes y el poder de los gobiernos.

Pero cuando me hablaban de la temeridad que significaba ponerse enfrente de la iglesia dominadora, yo sentía redoblarse en mí el coraje necesario para perseverar en mis proyectos, convencido de que cuanto más grande es un mal y más potente es una tiranía, más vigor se necesita para destruirla.

El clamor general levantado por la prensa clerical contra la Escuela Moderna, a la cual deberé quizás un año de prisión, me prueba que tenía razón en el método de enseñanza adoptado, y debe darnos a todos los racionalistas nuevos bríos para proseguir, con más fuerza que nunca, la obra emprendida, y engrandecería y propagaría cuanto nuestros medios lo permitan.

Entretanto es necesario advertir que la misión de la Escuela Moderna no se limita a hacer desaparecer de los cerebros el prejuicio religioso, porque si bien es cierto que ese es uno de los que más se oponen a la emancipación intelectual de los individuos, no es con eso solamente como obtendremos la preparación de una humanidad libre y dichosa, porque se puede concebir un pueblo sin religión y también sin libertad.

Si, los trabajadores se libran del prejuicio religioso y conservan el de la propiedad tal como existe hoy; si creen cierta la profecía cristiana que afirma que siempre habrá pobres y ricos; si la enseñanza racionalista se limitara a propagar conocimientos sobre higiene, sobre ciencias naturales y a preparar buenos aprendices, buenos empleados y buenos obreros en todos los oficios, podríamos llegar a vivir entre ateos más o menos sanos y robustos, según la alimentación insuficiente que permiten los salarios reducidos, pero siempre viviríamos entre esclavos del capital.

La Escuela Moderna intenta destruir todos los prejuicios que dificultan la emancipación total del individuo, y para eso adopta el racionalismo humanitario, que consiste en inculcar en las gentes la necesidad de conocer el origen de todas las injusticias sociales, para que conociéndolas puedan oponerse a ellas y destruirlas.

El racionalismo humanitario es enemigo de las guerras fratricidas, civiles o exteriores; rechaza la explotación del hombre por el hombre, se opone a la relegación en que se tiene a la mujer y lucha contra todos los enemigos de la armonía humana: contra la ignorancia, la maldad, el orgullo y otros vicios y defectos que tienen a los hombres divididos en tiranos y tiranizados.

La enseñanza racionalista y científica de la Escuela Moderna comprende, como se ve, el estudio de cuanto puede ser favorable a la libertad del individuo y a la armonía de la colectividad, en espera de un régimen de paz, amor y bienestar para todos sin distinción de clases ni de sexos.

F. Ferrer Guardia
Cárcel Modelo de Madrid, 1-5-1907

CAPÍTULO III

La labor pedagógica de la Escuela Moderna. – Su organización y dirección. – La coeducación. – Inmoralidades escandalosas. – Fundación de la Biblioteca «Publicaciones de la Escuela Moderna». – Labor inicua.

En la Escuela Moderna había tres grupos escolares de enseñanza graduada, a cargo de tres profesores.

Al principio la dirección técnica estuvo encomendada a Clemencia Jacquinet, profesora a quien le clausuraron una escuela que tenía en la liberal y tolerante Inglaterra, al decir de sus panegiristas, por las enseñanzas anárquicas que daba a los niños; y, no obstante, Ferrer le confió la dirección de su escuela y pudo impunemente, y con beneplácito de sus colaboradores, continuar su *humanitaria* labor en la inquisitorial España.

Después la sustituyó como director José Casasola, que explicaba la clase superior; y de las otras dos clases, elemental y párvulos, encargaron a Soledad y Angeles Villafranca.

En honor a la verdad confesamos que esas dos señoritas eran muy aplicadas y se sacrificaron cuanto les fue posible para cumplir con su deber; pero dada su falta de conocimientos en todas las materias, no estaban en aptitud de enseñar a los demás.

Y así como hubieran sido alumnas inmejorables y, tal vez, buenas profesoras después de algunos años de estudio, era imperdonable confiar a su ineptitud un plantel de educandos, entre los que había algunos de doce o trece años, procedentes de otras escuelas que, sin llamarse racionalista, estaban dirigidas por personas competentes, y aquéllos sabían más que sus directoras.

El menaje escolar de las clases superior y elemental se componía de mesas bipersonales. Había un pequeño museo industrial escolar, láminas de historia y ciencias naturales, y algunos otros utensilios indispensables en toda escuela medianamente organizada.

Los domingos, a las once de la mañana, daban conferencias en una de las salas de la Escuela los doctores Martínez Vargas y Odón de Buen, alternando sobre higiene escolar y ciencias naturales.

A escuchar estas conferencias asistían algunos alumnos acompañados de sus padres, y otras personas curiosas de las cuestiones científicas.

Desde el primer momento se estableció en la Escuela Moderna la coeducación y permanecían reunidos en las aulas, en los juegos y en todas partes los alumnos de ambos sexos.

Los resultados no pudieron ser más desastrosos, pues en la clase superior se registraron algunos hechos inmortales de bastante gravedad, que motivaron la retirada de algunos alumnos y hubieran podido acarrear consecuencias mucho más peligrosas.

Acaecieron entre los mismos profesores otros hechos ignorados de la opinión pública, justificantes de la escandalosa inmortalidad que reinaba en aquella casa.

Ciertamente que Ferrer concedía muy escasa importancia a esos incidentes, porque él reivindicaba en todo momento sus teorías amorales que, en la práctica, revestían los caracteres de las más grotescas inmoralidades.

No era raro encontrar a Ferrer y Soledad en su despacho, por donde a cada momento tenían que pasar los alumnos de ambos sexos, algunos de catorce y hasta diez y siete años, apoyados el uno sobre el otro en posiciones poco honestas, y hasta besarse en presencia de los alumnos.

Y si al lado de esas prácticas que nada tenían de candorosas, iban las explicaciones sobre las relaciones entre ambos sexos, enseñando a los alumnos que todos los vínculos legales del matrimonio sólo sirven para aprisionar la voluntad de los individuos por leyes atávicas absurdas; y que los seres verdaderamente libres deben desechar todas esas preocupaciones y satisfacer sus apetitos sexuales y hasta sus ímpetus bestiales sin restricciones ni miramientos… ¿qué extraño ha de ser que en la Escuela Moderna se cometieran los más odiosos atentados a la moral y que algunos alumnos se entregaran a los mayores desenfrenos?

Que ese era uno de los pensamientos predominantes de Ferrer en su labor pedagógica, tan enaltecida por los esclarecedores de aquel pedagogo eminente (*sic*), lo prueban las siguientes palabras redactadas por Ferrer y publicadas en las bases para un concurso de libros de texto para la Escuela Moderna.

«La Historia, la Geografía, todas las ciencias, artes y letras, deben converger a un solo objeto: *Arrancar a la juventud todas sus creencias y halagar todos sus aptitos*».

Al inaugurar la Escuela Moderna, Ferrer no encontró libros adecuados para su propósito y empezó la publicación de una biblioteca que anunciaba en la forma siguiente:

«La enseñanza libre resultará estéril mientras los programas no tengan por fundamento una biblioteca formada expresamente.

«Atendiendo a esta importantísima consideración, la Escuela Moderna, tanto para sí como con el propósito de ayudar a las que se establezcan con análogo propósito, ha fundado su biblioteca, para la cual ha publicado ya las obras siguientes…»

Los autores para la formación de esa biblioteca no los buscó Ferrer en pedagogos nacionales y extranjeros de reconocida capacidad, sino entre los anarquistas y ateos más sectarios.

Además, la Escuela Moderna publicaba un *Boletín*, «publicación mensual, a excepción de julio y agosto, dedicaba a la difusión de las novedades pedagógicas y al estudio de los importantes temas que abren amplia vía al progreso de la humanidad; utilísima a los profesores y a cuantas personas deseen estar al corriente de la moderna orientación del pensamiento».

Frecuentemente se anatemizaba a las publicaciones de la Escuela Moderna, la labor pedagógica del Magisterio oficial.

En esa España intolerante y fanática que difamaron villanamente los agitadores extranjeros, hay una legión de maestros jóvenes, estudiosos, soñadores, generosos, que honran y enaltecen al magisterio español, y son los que piden reformas en la enseñanza y los mantenedores de los infinitos progresos alcanzados.

Pues a esos jóvenes entusiastas y capacitados los presentaba la Escuela Moderna de Barcelona como maestros ignorantes, embrutecedores de niños; y en cambio, Ferrer reclutaba los maestros para su Escuela entre los anarquistas impregnados del ideal consistente en provocar violentas agitaciones. Hombres, en su mayoría, sin vocación y, lo que es peor sin aptitud pedagógica, y hasta muchos de ellos sin ilustración.

Confiar a algunos desalmados que nosotros hemos conocido, y éstos eran el mayor número, la instrucción y educación de la infancia, es un crimen de lesa humanidad.

¿No es inaudito el que personas sensatas, padres conscientes, confíen la instrucción y educación de sus hijos a manos mercenarias que sólo han de depositar en sus almas puras y candorosas gérmenes de odio, ideas de exterminio social?... Eso y no otra cosa es lo que hacían los profesores de la Escuela Moderna y sus similares.

¡Y esa obra mil veces maldita, es la que los agitadores extranjeros y nacionales consideraban como la regeneración de España!...

CAPÍTULO IV

Los autores de los libros de texto para los alumnos de la Escuela Moderna eran anarquistas de acción. – Enseñanzas perniciosas contra la patria, la familia, la religión y todas las instituciones sociales. – Fragmentos de los libros de texto. – Ejercicios de composición. – La verdadera significación revolucionaria de la Escuela Moderna. – Carta de don Rafael Salillas a Lombroso.

Los primeros libros de texto editados por la Biblioteca *Publicaciones de la Escuela Moderna*, fueron una *Cartilla Filológica*, primer libro de lectura, recopilación de nombres de naciones, ciudades, ríos, etc., hecha por Anselmo Lorenzo, con ausencia tan completa de método pedagógico que se impuso la necesidad de sustituirla por un abecedario de Celso Gomis.

Además de que las nociones contenidas en la Cartilla eran inasimilables para los niños, terminaba con una disertación de Alberto Block y Paraf Javal sobre la mecánica celeste y las leyes que rigen la evolución orgánica de los seres, redactada en un lenguaje tan ambiguo y difuso, que era incomprensible hasta para los adultos.

Aventuras de Nono, segundo libro de lectura del anarquista Jean Grave, es un cuento para los niños de ambos sexos, en el que figura como protagonista un niño de nueve años, y el argumento es un tejido de bellas utopías capaz de sugestionar a las inteligencias infantiles para hacerles abominar de todas las ideas de orden y paz social que constituyen la base de la sociedad.

Patriotismo y Colonización y *Cuaderno Manuscrito*, tercero y cuarto libro de lectura, recopilación de pensamientos antimilitaristas, diatriba formidable contra la patria, la familia, el Estado, de los pensadores anarquistas de todos los países y de todos los tiempos.

León Martin, otro libro de lectura netamente revolucionario, en el que su autor, el anarquista Charles Malato, intentando rebatir los privilegios sociales, arremete contra todo lo existente.

Y como libros de ciencia, la *Substancia Universal*, de Alberto Block y Paraf Javal; *Geografía Física* de Odón de Buen; la *Evolución Super-orgánica* de Enrique Lluria, y algún otro, libros impropios para niños y que sólo podrían utilizarse como de consulta para los profesores.

Resumen de la Historia de España, por Nicolás Estévanez, libro sectario de suyo, pero que además lleva unas notas editoriales puntualizando y aclarando todos aquellos extremos que sirven para presentar a los hombres eminentes que han merecido bien de la patria, como hombres ambiciosos y vulgares.

Compendio de Historia Universal, de Clemencia Jacquinet, en el que se falsean los hechos históricos más importantes para presentarlos a los educandos conforme a las teorías disolventes de la Escuela.

Y así, por ese orden, era todo el bagaje escolar de esa brillante institución revolucionaria denominada la Escuela Moderna de Barcelona.

Vamos a reproducir a continuación algunos fragmentos de los libros de texto que la Escuela Moderna de Barcelona ponía en manos de los alumnos, para que todas las personas sensatas y honradas puedan formular juicios exactos sin dejarse invadir por apasionamientos sectarios de ninguna clase.

En cada uno de los pensamientos transcritos verá el lector ilustrado que, aparte de las aberraciones doctrinales que encierran, lo cual da idea exacta de la ausencia de cultura científica del Director, profesores y colaboradores de la Escuela Moderna, están escritos en desastroso castellano.

Esos señores que, según los agitadores y hombres de ciencia extranjeros, iban a salvar a España de la superstición y el obscurantismo, no habían logrado siquiera familiarizarse con la exactitud y corrección del lenguaje científico ni con los primores de la forma literaria.

En una nota editorial del libro *Evolución Super-orgánica* de Enrique Lluria, dice lo siguiente:

«*… Al cabo de dos generaciones en que no ese enseñe el catecismo, y se explique científicamente que lo que se llama creación no es sino la existencia increada del universo, sólo quedarán de las creencias religiosas los efectos atávicos… todo tenderá a anularlos; comenzará su atrofia y su anulación puede ser rápida. A ese fin se encamina la fundación de la Escuela Moderna de Barcelona, de su biblioteca y de las escuelas libres creadas para extender su obra*».

Si el objeto primordial de la enseñanza oficial en las escuelas públicas fuera hacer soldados, nosotros, sin remembranzas de nuestras pasadas luchas antimilitaristas, seríamos los primeros en abominar de semejantes enseñanzas; pero que a los futuros ciudadanos de una nación civilizada, que a diario ven soldados, que seguramente han de ser soldados, se les explique una vez a la semana, o más de tarde en tarde, lo que es y las sagradas funciones que le están encomendadas al ejército, defensor de la honra y de la integridad nacional, no sólo lo consideramos tolerable, sino necesario, imprescindible para exaltar en ellos el amor a la patria y el espíritu de sacrificio para defenderla y enaltecerla.

Pues la Escuela Moderna de Barcelona, foco intenso de la más desenfrenada y salvaje anarquía, ponía en manos de los alumnos de nueve a doce años el libro *Patriotismo y Colonización*, recopilación de pensamientos como los que, para ilustrar el criterio de nuestros lectores, transcribimos a continuación:

Página 12: «*¡Líbrense de tocar ese fusil como si fuera de hierro candente! Por esa negación se les tratará de rebeldes, de cobardes faltos de sentimiento: ¡y qué! ¡no toquen el fusil! Se les mostrará al enemigo invadiendo la patria: ¡que la invada! Se les mostrará derribando el trono o el sillón presidencial: ¡qué les importan esos trastos!*».

«*La bandera, símbolo de la patria, no es más que el símbolo de la tiranía y de la miseria*».

«*Se necesita estar tan poco informado del estado moral y social de la península como de las regiones polares, para contar a España en el número de las naciones civilizadas*».

«*Examinando en un tribunal a los jueces y al acusado es dudoso juzgar quién tiene el alma más negra*».

Página 15: «*No se enfaden por una bandera, que no es más que tres metros de algodón puestos en la punta de un palo*».

Página 24: «*¿Quién tiene el derecho de poseer? ¿Quién tiene el derecho de castigar? ¿Quién tiene el derecho de mandar?*

«*Nuestra conciencia responderá que la propiedad ha sido constituida por la expoliación, la astucia y el dolo, por la rapacidad y el engaño bajo el nombre de comercio y de industria*.

«*Nos dirá también que la justicia y las leyes, vampiros sedientos de sangre de los míseros y humildes, lamen los pies de los poderosos; que la responsabilidad no puede ser individual en una sociedad en que el individuo es deformado y comprimido y que la inmunidad absoluta es preferible al azar de los castigos y a la ferocidad natural de los jueces*.

«*No hay diferencia entre los hombres que matan, sea cualquiera el pretexto con que se quita la vida; el asesino de la guerra y de la encrucijada se equivalen*».

Página 33: «*Lo que constituye la patria no son las circunscripciones territoriales, ni los ciudadanos que las habitan, no; son los déspotas que las explotan*».

Página 84: «*Cuando pienso en todos los males que he visto y que he sufrido, procedentes de odios nacionales, reconozco que todo eso reposa sobre una grosera mentira: ¡el amor a la patria!*»

Del *Cuaderno Manuscrito*, «recopilación de pensamientos humanitarios». Véase el humanitarismo de tales pensamientos:

Página 63: «*Si los pueblos comprendieran bien esto, si ellos mismos hicieran justicia con los poderes mortíferos, si se negaran a dejarse matar sin razón, si se sirvieran de sus armas contra los que se las han dado para matar*».

Página 182 y 183: «*El asesinato ha sido en todo tiempo apreciado en las sociedades humanas como una gran acción, subsistiendo aún en nuestras constituciones huellas de aquel antiguo aprecio*.

«*¿Dónde se ven esas huellas?*

«Entre otras cosas, *se hallan los honores otorgados a los militares*».

Del *Compendio de Historia Universal*, por Clemencia Jacquinet:

Tercera parte, página 244: «*… Es una vergüenza ser soldado… los generales son abominables militarotes que pretenden que la guerra debe alimentar la guerra, que sueltan las brida a sus soldados para retenerlos y hacerse amar de ellos*».

Véase los ataques dirigidos contra la religión falseando descaradamente la historia:

Página 37: «*… Se puede creer que el Jesús-Cristo fuera un monje budista, procedente del Monte Carmelo, que se dedicó a predicar a los judíos la religión de Buda*».

Página 40: «*¿No hubiera mejor Dios comenzado por formar al hombre tal como lo deseaba?*

«*¿Se concibe que un padre comunique a su hijo una enfermedad por el placer de curarle y proclamarse después su bienhechor…?*

«*O el dios de los cristianos es un dios malo, a quien toda conciencia honrada debe rechazar, o es impotente para impedir el mal y para asegurar el bien que desea*».

Página 42: «*… ¿Qué papel representa Dios?... El papel de un ambicioso de baja estofa, infatuado de su propia sabiduría*».

Página 43: «*Ese dulce Salvador carece de sentimiento filial y no pierde ocasión de rechazar a su madre*».

Y, por último, la página 46: «*… Veremos siempre al Cristianismo, en el curso de la historia, frente a frente del progreso para obstruir su camina; negación de la ciencia porque desmiente el dogma; apoyo firmísimo del absolutismo de la desigualdad de las clases sociales; opresor de la conciencia humana en el tornillo de su falsa moral; estandarte odioso, a cuya sombra se han cometido todos los crímenes; vampiro siempre sediento de sangre al que se han sacrificado millones de víctimas*».

Contra la Iglesia y contra el Estado.

Página 6: «*¡Separar dos autoridades igualmente odiosas! ¡Suprimir ambas es lo necesario!*»

En el *Boletín de la Escuela Moderna*, destinado, según declaración editorial, «a la difusión de las novedades pedagógicas y al estudio de los importantes temas que abren amplia vía al progreso de la humanidad», correspondiente al año V, núm. I, pág. 5, se lee:

«*Las religiones han retardado la evolución del hombre, han prolongado su debilidad primitiva, le han retrogradado al embrutecimiento ancestral; han cultivado y aumentado los terrores, resultando del desconocimiento de los fenómenos, la miseria que sufren los que no saben modificar en su provecho los hechos naturales y el daño, fruto de la incapacidad general y de las obsesiones diversas; finalmente, se han unido admirablemente a la fuerza bruta para reforzar la autoridad material y moral de los violentos y de los astutos, opresores de la gran masa humana*».

Contra el matrimonio y la familia:

«*El matrimonio es la prostitución santificada por la Iglesia y protegida por el Estado*».

«*La familia es uno de los principales obstáculos al desarrollo de los hombres*».

Resumen de Historia de España, por don Nicolás Estévanez.

Página 112: «*Este rey* (Fernando VI) *creó el ejército moderno, institución destinada a sostener la enemistad entre las naciones, o defender los intereses creados a la sombra de la injusticia privilegiada y a oponer la fuerza, el exterminio y el terror a todo lo racional y progresivo: institución que sólo es buena cuando es perjura y obra en contraposición a sus juramentos y a sus objeto, es decir, cuando se subleva proclamando la libertad o vuelve las culatas frente al pueblo rebelde*».

Página 121: «Reinado, usurpación, tiranía, *cuestión de palabras; tiranía es no sólo todo reinado más o menos legítimo, sino todo poder*».

Página 126: «*Naciones enteramente libres no puede haberlas… libertad no puede encerrarse entre fronteras*».

Cuando esas cosas las dicen o las escriben individuos que se llaman Alejandro Lerroux, Rodrigo Soriano o Félix Azzati, a quienes todo el mundo conoce por lo que son, y se sabe que únicamente hablan de patriotismo para seducir a la horda de fanáticos inconscientes que los siguen, la extrañeza no puede ser muy grande.

Pero cuando el que así lo expresa se llama Nicolás Estévanez, militar español, antiguo ministro de la Guerra en la efímera república española del 73, y un día forma parte de un grupo de filibusteros que luchan despiadadamente contra España, y de acuerdo con ellos preparan un atentado y arman el brazo de Angiolillo para asesinar a don Antonio de Cánovas del Castillo; otro día, de acuerdo con los anarquistas más feroces, da su asentimiento y colabora a la preparación del atentado contra Alfonso XIII y M. Loubet, en la rue Rohan en París; y siempre del brazo con esos viles asesinos prepara el complot y facilita las fórmulas para cargar las bombas que Mateo Morral arrojó en la calle Mayor de Madrid el día de la boda del rey de España, salvándose milagrosamente los reyes y ocasionando 127 víctimas.

Y que más tarde contribuye a la campaña de difamación que se hizo en el extranjero contra España, comprometiendo la integridad de nuestro territorio nacional, hollando ignominiosamente la dignidad y la honra de nuestra gloriosa bandera. ¿Quién, repetimos, que sea digno de llamarse hombre y sienta algún cariño por el pedazo de tierra que le vio nacer, no rugirá de indignación y maldecirá furiosamente a los antipatriotas indignos que, para satisfacer

sus ambiciones, trafican vergonzosamente con lo más sagrado que tiene toda persona bien nacida…?

¡Cuán triste es pensar que aun hay, en nuestra querida España, hombres que llamándose defensores del orden y de las instituciones patrias, se coligan indecorosamente con esos elementos y buscan su colaboración como una esperanza salvadora!...

Todas las lecturas que se hacían en la Escuela Moderna eran comentadas. En esta tarea empleaban los profesores lo mejor del tiempo, convirtiéndose, casi siempre, las explicaciones de los textos, en conferencias encaminadas a hacer resaltar las desigualdades sociales y a depositar en los educandos gérmenes de odio contra todo lo existente.

Además, dos veces a la semana hacían los alumnos ejercicios de composición desarrollando temas propuestos por los profesores. Algunos de esos ejercicios se publicaban luego en el *Boletín*, y otros los guardaban los alumnos en sus cuadernos, y algunos los leían en reuniones de carácter político más bien que pedagógico, a las que enfáticamente daban el nombre de *fiestas literarias*.

A tales fiestas, organizadas bajo los auspicios de la Escuela Moderna, asistían los alumnos de las demás escuelas ferreristas, acompañados muchos de ellos de sus familiares.

Después de ejecutar algunos números de música y canto, los alumnos procedían a la lectura de sus trabajos *literarios*, preparados para exhibirlos en aquellos actos *culturales*.

Cuando Ferrer asistía a las fiestas ocupaba un lugar preferente en la tribuna e iba llamando, uno por uno, a los alumnos para que leyeran sus escritos.

Terminado tan ridículo espectáculo, abordaba la tribuna un profesor racional (con diminutivo), y soltaba una filípica anarquista despotricando contra todos los privilegios, salvo, naturalmente, los que gozaban ellos, diciendo tonterías y atacando a todo el mundo.

Léanse algunos de los trabajos presentados por los alumnos en una de esas fiestas, descrita minuciosamente en el *Boletín de la Escuela Moderna*.

Un niño de nueve años escribía lo siguiente:

«*El microscopio es un invento de los hombres libres; los fanáticos son incapaces de inventar nada, porque todo lo achacan a su Dios*».

Una niña de doce años:

«*Las religiones han conducido siempre por mal camino a la humanidad. A los niños, en vez de enseñarles a reflexionar y a amar a sus semejantes, se les enseña a rezar y a admirar a los que matan; se les hace creer en el milagro, cuando está probado que todo se verifica en el mundo por causas naturales*.

«*La religión ha sido siempre la desgracia de la humanidad; a ella se debe la explotación y la guerra*.

«*Si preguntamos a los creyentes de cada una de las infinitas religiones cuál es la verdadera, todos responderán que lo es la suya, prueba de la falsedad de todas*».

Una niña de diez y seis años:

«El regimiento: – *Un día, pasando por la Rambla, vi un regimiento de soldados. Me causaron tanta pena, que cuando los oí tocar me fui a la acera opuesta. Me da lástima verlos cuando llevan la mochila a la espalda. Me causó pena ver que la gente corría para ver pasar aquella hilera de esclavos; sobre todo, cuando vi que los niños de la escuela iban a verlos. Esto demuestra el atraso del pueblo, que en vez de seguir su marcha, va a ver aquellos infelices esclavos*».

Un niño de once años:

«La crisis obrera: – *En Barcelona hay muchos miles de obreros sin trabajo, que carecen de todo lo necesario… Verán a los burgueses ir a sus recreos y diversiones, y la rabia les inducirá a matarlos o el hambre les hará robarles el portamonedas*».

Una niña de catorce años:

«Los parásitos sociales: – *Sin los curas estaríamos mejor. Esas señoras que están siempre metidas en la iglesia ya dejan algo, porque ellas saben pedir; sacan dinero de las sillas, y en unas cajas que hay allá piden dinero para las ánimas y los santos. Ellos se dedican a sostener la ignorancia principalmente de las mujeres… Esos parásitos disfrutan de todos los placeres, mientras el pobre obrero muere en un rincón*».

Una niña de trece años:

«La inquisición: – *Pero ¿es que aquellos tiempos pasaron?... Aun tenemos no muy lejos de esta verdadera Escuela un castillo, foco de infección inquisitorial, con fosos subterráneos y calabozos… Cataluña se deshonra con la presencia de ese castillo cuya historia horroriza al viajero. Es preciso que destruyamos ese fantasma*».

Un niño de quince años:

«Trabajadores y burgueses: – *Figurémonos un trabajador… después de producir para el burgués y para la humanidad, pide media peseta de aumento de jornal. Se le niega la petición bajo falsos pretextos, y junto con sus compañeros se declara en huelga; entonces la autoridad, obediente al burgués, persigue al trabajador… Sobreviene la miseria, la enfermedad, el desahucio… La gente que pasa por la calle dice al ver en ella los trastos:* «*Son una familia que ha derrochado lo que tenía y ahora no puede pagar al casero*». *Los que eso dicen son burgueses, los que más hacen sufrir al infeliz trabajador*».

Como podrá juzgar el lector atento por los pensamientos transcritos, que no son los más significativos de los que redactaban los alumnos, pero son los únicos de que podemos disponer en este momento, en esos escritos se anatematiza la religión cristiana negándoles a sus defensores hasta la capacidad de inventar nada y haciéndoles objeto de viles imputaciones que rechazaría indignada toda persona medianamente culta.

Un niño de once años, disertando sobre la crisis obrera, llega, con una simplicidad que espanta, hasta justificar el asesinato y el robo como recurso supremo impuesto a los desheredados de la fortuna.

En otros trabajos se abomina de la familia y se considera al matrimonio como la más degradante prostitución. Y procediendo en la forma que lo hacen todos los ideólogos anarquistas cuando se dirigen la gran masa obrera y humana, declaran ruda batalla a todos los convencionalismos sociales.

La religión, la patria, las leyes, la propiedad, la familia, todas las instituciones que sirvieron de base a la sociedad antigua y sobre las cuales se desarrollan los infinitos progresos sociales de nuestros días, eran objeto de los mismos ataques, tendiendo a demoler todo respeto, todo temor.

Esa es la obra llevada a cabo por la Escuela Moderna de Barcelona, y ese fue desde el primer momento el pensamiento predominante de su fundador y sostenedor Francisco Ferrer Guardia. Y por esa razón, las inmoralidades más escandalosas eran la norma de vida en aquella famosa institución y en sus similares.

Nada de procedimientos pedagógicos modernos que teniendo en cuenta la naturaleza del educando, los defectos y cualidades que lleva el niño al nacer, en germen, como heredero de las generaciones que le han precedido, pudieran contribuir a encauzar sus fuerzas hacia el buen camino, desarrollando armónicamente todas sus facultades; ahogando, matando, si posible fuera, sus malas inclinaciones, y estimulando, desarrollando prodigiosamente las tendencias generosas en su espíritu.

No, muy lejos de eso. A ese pequeño ser frágil y fácilmente impresionable que la ineptitud y perversidad de muchos padres pusieron a la disposición de Ferrer y sus colaboradores, se le predisponía y preparaba para que lo odiara todo, hasta su misma familia, y procurando demoler las trabas que pudieran dificultar la realización de sus ideas disolventes y antisociales, entrara en la vida social con un odio selvático a todo lo existente, generador de la anarquía más desenfrenada y brutal.

El nombre de don Rafael Salillas es muy conocido en España, como antropólogo notable que ha escrito varios libros de gran interés científico y lleva muchos años especializando en los estudios de criminología.

Además es un hombre de ideas radicales ventajosamente conocido y que actualmente milita en el partido que acaudilla Alejandro Lerroux.

En 1907, cuando Ferrer estuvo preso en la Cárcel modelo de Madrid a consecuencia del atentado de Morral, don Rafael Salillas era director de aquel establecimiento celular.

Entonces, como a raíz del fusilamiento de Ferrer, la *Europa Consciente* se sublevó airada contra los tribunales españoles que querían «*castigar en el filántropo filósofo todo lo que hay de moderno y progresivo en la sociedad contemporánea*».

Y don Rafael Salillas, que durante su encarcelamiento había estudiado la personalidad de Ferrer bajo sus diferentes aspectos, escribió a su colega el célebre criminalista italiano César Lombroso una carta publicada en la *Revista Penitenciaria* de junio de 1907, de la que entresacamos los párrafos siguientes:

A César Lombroso.

Torino.

Insigne profesor: Ya sabes que Francisco Ferrer, *il nouvo martire del libero pensiero e della libertà umana* -como decía en la carta publicada en la página cuarta del folleto pro Ferrer, con la conferencia que el 2 de diciembre último pronunció Colajanni en el Aula Magna del Ateneo Romano-, salió absuelto y libre de la prisión celular de Madrid en la noche del 12 de este mes.

No obstante, hablando con precisión psicológica, te puedo decir que Ferrer no se ha ido del todo. Ferrer sigue en su celda y seguirá indefinidamente si la piadosa mano del olvido, mano

revocadora, no acude a despejar las paredes de ciertas añadiduras escritas y pegadas, dejándolas como el reglamento lo impone.

Como español no puede menos de tocarme en lo vivo el mal concepto que se tiene de nosotros, y de este mal concepto he de confesarle que, más que la ponderada reputación de inquisidores, me duele que se nos trate como a imbéciles.

Cuando en la conferencia *Pro Ferrer*, de Colajanni, es llamado aquél filántropo y filósofo en quien se quiere castigar todo lo que hay de moderno y progresivo en la sociedad contemporánea, me decía yo, repitiéndome muchas de las acusaciones que nosotros en examen de conciencia nos hacemos: ¡Siempre lo mismo! ¡siempre los extranjeros nos han de descubrir! ¡He ahí un filántropo filósofo que ha conmovido a Europa y que nosotros sólo hemos llegado a conocerlo cuando la policía lo detiene y la justicia lo empapela!

Pero ahora, terminado el proceso, salvada la víctima, conjurada la tormenta, en calma los ánimos, bien puedo dirigirme al ilustre Colajanni, a quien científicamente hace muchos años que conozco y admiro, invitándole a que él, sociólogo, siga otro proceso con los materiales grafológicos apuntados, y si pudiera entrar inmediatamente a seguirlo donde Ferrer ha estado recluido le diría: «*Onoravele Colajanni: Vedete la cella. Ecco il filósofo e tutto cio che c'é di progressivo nella societá? ¡Allora povera societá!*» (Honorable Colajanni: Mira su celda. ¡He ahí al filósofo! ¿Es eso todo cuanto de moderno y progresivo se halla en la sociedad contemporánea? Entonces ¡pobre sociedad!).

«Pero me parece, insigne profesor, que me miras con algún recelo. ¡Ferrer escribiendo en las paredes…! Tal vez recuerdas lo que se dice en la página 317 del primer tomo de *L'oumo delinquente:* "*Le muraglie, dicono i proverbi, sono la carta dei pazzi*". (Las paredes dicen los proverbios, son el papel de los locos). ¡Será posible!

«*Il nuovo martire de libero pensiero e della libertá umana… ¡ha enloquecido…!*»

Más adelante continúa Salillas haciendo el proceso mental de Ferrer, y dice:

«Los que conocen la sencillez y pulcritud de la moderna indumentaria pedagógica no creerán ciertamente que el fundador de la Escuela Moderna sea un mancha paredes como cualquier preso vulgar. No lo creerán por la misma significación que pedagógica y antropológicamente tienen tales tendencias. Unos las consideran infantiles; otros más que esto, casi cretinas.

«Ni Ferrer tenía notoriedad, ni la Escuela Moderna había metido mucho miedo ni mucho ruido todavía. Todo el ruido que después se ha armado es una resonancia de la mortífera bomba de Morral, y toda la notoriedad la ha producido la repercusión impresionante de la horrenda hecatombe.

«Si Morral no hubiera sido un colaborador de Ferrer en la Escuela Moderna, ésta y su obra continuarían en la relativa obscuridad y mediocridad en que vivieron».

«¿Ha buscado Ferrer en la Escuela Moderna perfección? No. Ferrer funda su escuela en un exclusivísimo intransigente.

«Toda escuela moderna, escuela científica, no puede ser ni lo uno ni lo otro, porque en la ciencia no hay pasión. La ciencia, con sencilla serenidad, cree que cuando la verdad se manifiesta, el error se anula, y no combate el error, sino que lo deshace con demostraciones».

«El filósofo filántropo en quien simboliza Colajanni la bandera para combatir la intolerancia, es una naturaleza intolerante, y tal vez con los mismos caracteres de cualquier intolerancia religiosa.

«Hay un episodio en la estancia de Ferrer en la prisión celular que así lo demuestra. Estaba, como siempre, descubierto, porque así iba incluso a los paseos. En aquel momento oyó la campana del sacristán y vio al sacerdote que llevaba el viático a la enfermería; Ferrer entró rápidamente en su celda, se puso la gorra y volvió a salir, cubierta la cabeza».

«Gran temeridad supone en la lucha social preparar los cerebros para una revolución de ideas, no preparando coadyuvante y preferentemente a los individuos para la ganancia de la vida, y éste es el desequilibrio que parece advertirse en la fundación de la Escuela Moderna, desequilibrio originado en la propia mente de Ferrer, donde se junta una simplicidad de ideas en falsa sistematización con un radicalismo efectista. Y decimos lo último pensando en aquellos hombres que sueñan en transformar la sociedad, destruyendo de súbito y surgiendo inmediatamente una nueva Arcadia…».

«Sólo con un dato, con el de los escritos rimados, un conocedor de estas materias, Lombroso, por ejemplo, variaría radicalmente de opiniones. La rima extraña de Ferrer le serviría de entretenimiento a un literato humorístico; pero al hombre de ciencia le señalará cosas hasta el presente recatadas. Con esto la mentalidad de Ferrer se ha denunciado; mejor se ha traducido. Nos bastará. Para que les sirva de orientación a todos, copiar un expresivo texto de la obra del doctor francés M. Seglas: *Les troubles de langage chez les alienées* (Las perturbaciones del habla de los dementes).

«Es de notar -dice- que la facultad de versificación se halla tan desarrollada en los alienados, que muchos de ellos tienen la manía de hablar y escribir en verso. Pero no cuidan de observar las reglas más elementales de la prosodia; la rima queda reducida a una mera consonancia y las frases están solamente separadas y escritas en forma de versos…».

Evidentemente que en Ferrer se daban algunas de estas anormalidades psicológicas, puesto que antes de abandonar la Cárcel Modelo de Madrid dejó en su celda pruebas inequívocas de la elevación de su pensamiento, con las siguientes coplas de aguinaldo suficientes para desternillar de risa al más pintado.

DOCTRINA RACIONALISTA

No esperes nada de los otros
por bellas cosas que te ofrezcan
ciertos sabios y los poderosos
porque si dan también esclavizan.

De esclavizado es tu vivir
si de los demás recibes favor,
pues te será continuo el sufrir
mientras no seas tu propio motor.

Buscar el acuerdo de los hombres
en el amor y fraternidad
sin distinción de sexos ni clases
es la gran labor de la humanidad.

A ella nos dedicamos todos

en las escuelas racionalistas
instruyendo a nuestros alumnos
sólo con verdades científicas.

UN PENSAMIENTO

Si los hombres fueran razonables
nos permitirían las injusticias
contra sí, ni a sus semejantes,
ni tampoco querrían producirlas.

UN CONSEJO

No más dioses ni explotadores
sean adorados ni servidos:
vivamos todos entre amores
de compañeros correspondidos.

EN ACCIÓN

Mi ideal es la enseñanza
pero racional y científica
cual la de la Escuela Moderna
que humaniza y dignifica.

MI CONSUELO

Amar con pasión a una mujer,
tener un ideal al que servir
y ganas de luchar hasta vencer
¿qué más puedo desear ni pedir?

F. Ferrer Guardia

Y para completar la exhibición de los primores filosóficos y literarios que producía el fundador de la Escuela Moderna de Barcelona, el Cervantes del siglo XX, como lo llamaba la Asociación Goethe, transcribimos algún otro de los civilizadores pensamientos que dejó escritos en las paredes de la cárcel:

«*Mientras exista un Cuerpo de penales y cárceles donde prestar su servicio, no podrá titularse civilizada la nación que los ampare. Si desde el recluso pasamos a los carceleros que lo guardan, a los jueces que lo condenaron, a los civiles que lo llevaron preso, a la policía que lo detuvo, a las personas que hayan podido denunciarlo, y a lo que se llama sociedad en general, y estudiamos la conciencia de cada cual, hallaremos que todas las personas que tengan realmente conciencia de sus actos, si persona hay en el mundo que la tenga, será la del recluso, será la conciencia del recluso la que tal vez esté más tranquila*».

Y después que hayan leído todas estas cosas los defensores del *mártir*, ¿será posible que, aun aquellos que por carencia de valor cívico no se atrevan a reconocer públicamente su error, no

se sonrojen por el ridículo que corrieron, y la enorme injusticia de difamar cobardemente a España, por enaltecer la execrable figura de un pobre inicuo?...

¿Qué dirá ahora la *Europa Consciente*?...

LIBRO IV

CAPÍTULO I

Ferrer político y revolucionario. – Sus aberraciones doctrinales y sus medios de lucha. – Ferrer nunca fue un idealista humanitario. – Fundación del periódico anarquista la «Huelga General» en Barcelona. – Edición del mismo periódico en París. – Proclamas revolucionarias redactadas por Ferrer para enviarlas a España. – La huelga general de 1902 en Barcelona.

Ni en sus doctrinas, ni en los procedimientos de lucha empleados por Ferrer, había otra cosa que una intransigencia sistemática y absurda contra todo.

Evidentemente que no sentiríamos extrañeza alguna si un hombre con medios de fortuna y poseído de sentimientos filantrópicos, se propusiera favorecer a las clases humildes contribuyendo a elevar el nivel intelectual y moral de los trabajadores y colaborando con ellos para aliviar su situación económica. Semejante propósito sería muy plausible y seríamos los primeros en congratularnos de ello.

Somos hombres de nuestro tiempo y comprendemos perfectamente la existencia de problemas sociales de un interés trascendente, inmenso, ineludible, que cada día se presentan a los ojos de todos con más agudos caracteres; y que a medida que se realizan mayores progresos en la maquinaria, la industria, el comercio y todas las demás esferas de la actividad humana, requieren mayores esfuerzos para buscar una solución que armonice los intereses de todos.

Aceptamos, pues, la existencia real de la causa y nos regocijamos con los que honradamente procuran neutralizar los desastrosos efectos de las desigualdades sociales.

¿Pero se vio alguna vez que Ferrer pretendiera agrupar las masas de trabajadores para que estrechando los lazos de solidaridad entre ellos mismos y por el esfuerzo común de todos, alcanzaran mejoras económicas y lucharan por asegurar a todas las individualidades las libertades compatibles con el orden público?...

No, muy lejos de eso. En las luchas revolucionarias de Ferrer, no había ninguna de esas aspiraciones nobles y elevadas del espíritu humano.

Nunca formuló un ideal concebible ni con sus propagandas pretendía, como lo han afirmado sus partidarios, aproximar el triunfo de las reivindicaciones socialistas, que tienden a uniformizar los elementos de la población y a disminuir el predominio de sus entidades superiores aboliendo entre los ciudadanos toda desproporción de rango y de fortuna.

Esa concepción filosófica la consideramos demasiado simplista y su realización nos parece absurda e irrealizable; pero, al menos, responde a una concepción histórica del programa

socialista formulado, por vez primera, en el célebre Manifiesto publicado en Londres, en 1848, por el israelita alemán Carlos Marx, y que después alcanzó bastantes prosélitos; y aun hoy, atenuado con adaptaciones más en armonía con el espíritu de nuestros tiempos, constituye la bandera de combate de millares de trabajadores de todos los países.

Ferrer rechazaba el empleo de huelgas parciales para conseguir mejoras inmediatas, y no le preocupaba grandemente el que los trabajadores se ejercitaran en la práctica de las libertades políticas y sociales preparando el camino para alcanzar progresos más trascendentales y definitivos.

Cuando surgía algún conflicto entre patronos y obreros, y a alguno de éstos se le ocurría la idea de proponer comités de arbitraje que, constituidos equitativamente, intervinieran entre unos y otros para solucionar las cuestiones evitando rupturas violentas, Ferrer siempre replicaba, enérgicamente, que la lucha de clases no admitía el empleo de tales procedimientos; y que los trabajadores no debían colaborar nunca con los organismos burgueses, porque eso equivalía a una colaboración de clases en opuesta contradicción con las aspiraciones proletarias.

Ferrer, inspirado en el carácter absoluto e intransigente de la fracción bakuninista de la Internacional, era un dogmatizante irreductible y sus concepciones revolucionarias, vagas y confusas a veces, abarcaban, sin embargo, la abolición de las clases, la igualdad de los sexos, la expropiación de todas las riquezas, la desaparición de todos los Estados y el establecimiento de asociaciones universales libres de toda coerción, de toda tutela. Y como medios de lucha, la huelga general revolucionaria, de la que esperaba mágicamente la supresión de toda autoridad y una transformación completa del régimen social.

En 1901, poco después de verificarse la apertura de la Escuela Moderna, Ferrer fundó en Barcelona la *Huelga General*, periódico anarquista.

Buscó como colaboradores para esa publicación a Ignacio Clariá, Anselmo Lorenzo, Mariano Castellote, Reyes y Barreras.

En ese periódico se publicaron violentísimos artículos revolucionarios y de propaganda antimilitarista. Todos los redactores firmaban con seudónimos, excepto Clariá, que cargaba con la responsabilidad de todos los escritos publicados, lo que le costó ir a la cárcel varias veces.

Ferrer publicó, firmados con el seudónimo *Cero*, una serie de artículos los más furiosos que hemos leído en la prensa anarquista. Esos artículos han sido recopilados, después de la muerte de aquél, por Anselmo Lorenzo, y publicados en un folleto que lamentamos no tener a mano, para reproducir algunos artículos especialmente uno intitulado «*Habrá sangre; sí, mucha sangre*».

Al mismo tiempo que se publicaba la *Huelga General* en castellano, aparecía en París una edición del mismo periódico, redactada en francés, costeada también por Ferrer, y en la que colaboraban Charles Malato, Georges Ivetot y Emile Pouget.

En las oficinas de París se publicaban unas circulares revolucionarias, redactadas por Ferrer en castellano, para enviarlas a España. Transcribimos a continuación las dos primeras:

CIRCULAR Nº. 1

Compañeros de degradación, de miseria y de ignominia: Si son hombres, escuchen. Dejemos a los burgueses calcular qué atropellos, qué usuras, qué envenenamientos les serán más lucrativos.

Dejemos a los políticos de profesión forjando programas de todos los colores, que todos van a lo mismo: a explotarnos.

Dejemos a los comerciantes de la llamada Unión, falsos egoístas redentores, que se contentan con una economía de cien millones, y prometen seguir pagando, a nuestra costa, al Clero y al Ejército, que les garantizan sus robos y sus fraudes.

Esos comerciantes, esos políticos, todos los burgueses, no son más que una despreciable miseria. Nosotros somos los más y los mejores; pero nos explotan, nos sacrifican, nos matan y nos deshonran, porque no somos hombres, o no nos conducimos como tales. Nos consideran vil rebaño de sarnosas ovejas, y casi tienen razón, puesto que lo consentimos.

Por fortuna se acerca la hora de demostrar ante el mundo que no queremos seguir siendo explotados.

Compañeros: ¡seamos hombres!

En el momento de la revolución que se avecina, pasen por encima de los infames burgueses y sus ridículos programas. Antes que edificar, nos importa arrasar todas las ruinas. Si entre los políticos hay algún hombre digno de respeto, algún ciudadano que tenga justa o injusta popularidad, ya verán como sale a contenerlos en el momento crítico, con el pretexto de la humanidad y los sentimientos generosos. Pues no les hagan caso; pasen por encima de ellos; mátenlos si es preciso.

¿Por ventura se acordaron ellos de la generosidad, ni de la humanidad, cuando Portas atormentaba en Montjuich, cuando Polavieja asesinaba en Manita, cuando Weyler se ensañaba en las indefensas víctimas de la inmolada Cuba?

Venga la revolución, porque es tan inevitable como la bancarrota; pero no la dejen en manos de una burguesía tan odiosa como reaccionaria. Y no descansen hasta que hayan sacado todas las consecuencias de una revolución, que sin ustedes sería tan vergonzosa como estéril.

PROGRAMA

Abolición de todas las leyes existentes. – Expulsión o exterminio de las Comunidades religiosas. – Disolución de la Magistratura, del Ejército y de la Marina. – Derribo de las iglesias. – Confiscación del Banco y de los bienes de cuantos hombres civiles o militares hayan gobernado en España o en sus pérdidas colonias. – Inmediata prisión de todos ellos, hasta que se justifiquen o sean ejecutados. – Prohibición absoluta de salir del territorio, ni aun en cueros, a todos los que hayan desempeñado funciones públicas. – Confiscación de los ferrocarriles y de todos los Bancos mal llamados de crédito.

Para el cumplimiento de estas primeras medidas, se constituirá una delegación de tres delegados o ministros; de Hacienda, Relaciones Exteriores y Asuntos Interiores. Serán elegidos plebiscitariamente; no podrá ser elegido ningún abogado, y serían conjuntamente responsables ante la plebe.

¡Viva la revolución!

¡Exterminadora de todos los explotadores!

¡Vida la revolución!

¡Vengadora de todas las injusticias!

Nota. – Los compañeros que quieran demostrar ser hombres, pedirán la circular número 2 a quien les haya entregado la presente.

La circular número 2, redactada también por Ferrer, decía así:

«Compañeros: Al dirigirles esta segunda hoja, les recordamos el programa contenido en la primera. Búsquenlo si no lo han leído; háganlo conocer a sus camaradas; que sus hijos lo aprendan de memoria, y divúlguenlo todo lo posible.

«El nuestro es el único programa sincero, revolucionario y salvador. No hagan caso de los que les digan que es obra del Gobierno, de la policía o de los enemigos del proletariado.

«No teman que les divida; esa virtud de dividir sólo es propia de los programas políticos o de partido, llenos de lagunas, de reservas y de malas intenciones.

«Es nuestro no puede ser más claro: nosotros queremos y necesitamos destruirlo todo, y así lo declaramos con leal franqueza. No engañamos ni a nuestros enemigos.

«Se les dirá que es un programa negativo. Cierto: porque es el programa del primer minuto; después vendrá el reparto de los víveres; la destrucción y arrasamiento de los barrios inmundos, y aun de ciudades enteras, por antihigiénicas, antiartísticas y archimalsanas, como asimismo el reparto de las tierras y la sanción popular de los actos de la Revolución.

«Esas cosas no se ejecutan por incluirlas en los programas previos, sino por la voluntad suprema, por el esfuerzo común de la inmensa masa proletaria.

«Se las dictará el instinto de conservación, pues sin ellas la Revolución perecerá, provocando ella misma una sangrienta reacción.

«Natural es que las clases conservadoras y ladronas opongan resistencia; lo incomprensible es que la opongan los parias de levita mugrienta y de sombrero abollado, como si no fueran víctimas, lo mismo que nosotros, de la iniquidad más irritante.

«Esos periodistas, esos empleados, esos infelices que pasan noches enteras velando y trabajando para enriquecer a otros, son más miserables que nosotros mismos, porque no luchan por su redención; luchemos nosotros por la suya y por la nuestra, hasta convencerlos de que el militarismo y el clericalismo son los brazos del capitalismo, verdugo de los hombres, azote de los pueblos, gran enemigo de la redención humana.

«Acabemos con los brazos, que luego será fácil decapitar al monstruo. ¡Prepárense, trabajadores: la hora llega!

«Adjunta la receta para fabricar la plancastita».

Adjunto con las circulares transcritas enviaban unas notas, escritas a máquina, que eran fórmulas para la preparación de explosivos y algunas instrucciones para su empleo.

En la fecha a la que hacemos referencia existía en Barcelona la *Federación Regional Obrera*, organización compuesta de las Secciones de los diferentes oficios.

Ferrer reclutó unos cuantos agitadores revolucionarios de los más significados y elocuentes, para la propaganda de sus ideales, con los que formó grupos anarquistas denominados *Sección Varia*, y adheridos a la Federación.

Ferrer facilitaba a esos elementos los medios para que tuvieran cierta independencia económica y dedicaran sus esfuerzos a buscar prosélitos y dar a la organización orientaciones netamente anarquistas propagando la huelga general revolucionaria.

Ignacio Clariá, Mariano Castellote, Juan Basón, J. Grau y Guardia, Usón, y otros militantes anarquistas inspirados y ayudados por Ferrer, entraron a formar parte del Consejo Directivo de la Federación, y se hicieron los oradores insustituibles en todos los mítines y conferencias que se celebraban.

El periódico de Ferrer, la *Huelga General*, se convirtió en el órgano de la Federación, y con los obreros más exaltados que encontraban en las Secciones, formaban grupos de acción revolucionaria, a los que Ferrer, Clariá y Lorenzo instruían en las enseñanzas y prácticas revolucionarias.

A principios de 1902, el Sindicato de obreros metalúrgicos de Barcelona promovió una huelga parcial en demanda del reconocimiento del Sindicato para los patronos y algunas mejoras en los salarios y disminución en la jornada de trabajo.

Los agitadores profesionales asalariados por Ferrer, aprovecharon esa primera ocasión y, acentuando la intransigencia de los huelguistas, lograron hacer extensiva la huelga a las demás Secciones y, por espíritu de solidaridad, proclamaron la huelga general revolucionaria.

Desde el primer momento el movimiento tomó caracteres de violencia anarquista, y los que más se significaron eran precisamente los emisarios de Ferrer.

Hubo serios encuentros en las calles entre la guardia civil y grupos de huelguistas armados, de los que resultaron muchos muertos y heridos de ambas partes.

Se iniciaron los atentados contra la propiedad y se registraron algunos robos y saqueos. Hubo intentos de hacer funcionar la tea incendiaria en los conventos y casas de banca.

La orientación del movimiento anarquista estaba bien definida y tenía por base el *Programa* que Ferrer había trazado en las circulares y artículos de la *Huelga General*. Era, pues, el primer aldabonazo que los anarquistas organizados daban a las puertas de las gentes de orden, de los privilegiados de la fortuna.

Entonces Barcelona contaba con una guarnición militar numerosa y en dos días pudieron sofocar el movimiento anarquista.

Fue disuelta la *Federación Regional*; quedó suspendida la publicación del periódico la *Huelga General*, y de los elementos adictos a Ferrer, algunos perecieron en la contienda, otros estuvieron encarcelados durante largo tiempo, y la mayor parte huyeron refugiándose en el extranjero.

El fracaso de esa primera tentativa revolucionaria frustrada no arredró a Ferrer, que poco tiempo después reanudaba su labor con más bríos que antes.

Fundó en Barcelona el Centro de Estudios Sociales de la calle de Talleres, de donde salió José Miguel Artal, cuyo brazo armó Ferrer para que atentara contra don Antonio Maura.

Preparó los atentados anarquistas de París y Madrid, en 1905 y 6, respectivamente. Y en 1907, después de su excarcelación por el último de esos atentados, fundó *Solidaridad Obrera* de Barcelona, y empleando idéntica táctica que en 1902, intentó nuevamente llevar a cabo la realización de su *Programa* por medio de la huelga general revolucionaria; primero, aprovechando la agitación en favor de los presos de Alcalá del Valle, en cuya tentativa fracasó por haberlos indultado Maura.

Y por último, en momentos sumamente difíciles para nuestra patria, cuando el valeroso ejército español peleaba victoriosamente en Marruecos por defender el honor nacional, promovió la semana sangrienta de julio de 1909, por cuya participación un tribunal militar lo condenó a la última pena, haciéndole pagar con su vida los crímenes que había cometido.

CAPÍTULO II

Ferrer funda nuevas publicaciones anarquistas en Barcelona. – Don Antonio Maura, Presidente del Consejo. – El viaje del Rey y Maura de Barcelona. – La prensa revolucionaria contra Maura. – Ferrer prepara su atentado contra Maura. – Ferrer entrega el arma homicida al asesino. – La puñalada de Artal a Maura. – Telegrama y carta de Maura. – Carta de Artal a su tío.

Sofocada la huelga general de 1902, y a consecuencia de la represión gubernamental que aquélla había originado, sobrevino una tregua de nos cuantos meses, en que las organizaciones obreras y agrupaciones revolucionarias no promovieron agitaciones.

Después prosiguieron activamente su interrumpida labor los elementos anarquistas, reanudando nuevamente la publicación de sus periódicos.

En lugar de la *Huelga General*, Ferrer fundó en Barcelona, con la colaboración de Anselmo Lorenzo y otros militantes revolucionarios, la revista *Acracia*, y en otras localidades de Cataluña se inició la publicación de semanarios anarquistas.

Reunidos los del grupo Acracia y algunos otros grupos de Barcelona, fundaron el Centro de Estudios Sociales de la calle del Correo Viejo; y en el local del sindicato de albañiles empezaron a agruparse otros sindicatos para formar una nueva Federación.

En los primeros días del mes de diciembre de 1903, don Raimundo Villaverde dimitió la presidencia del Consejo de Ministros, y el rey encargó la formación de Gabinete a don Antonio Maura, que por primera vez ocupaba tan alto cargo.

Después de su mayor edad, don Alfonso XIII había recorrido la mayor parte de las provincias españolas, siendo objeto en todas ellas de delirantes manifestaciones de simpatía a las que siempre se hizo acreedor por su espíritu francamente liberal y valeroso; sin embargo, todos los gobiernos que se habían sucedido en el poder habían declinado la responsabilidad de que el joven monarca visitara Barcelona, la culta y laboriosa capital catalana.

Barcelona, por su situación geográfica admirable, por ser uno de los principales puertos del Mediterráneo y contar con una de las comarcas industriales más ricas de España, es un centro eminentemente cosmopolita, a donde se refugian millares de españoles de las demás regiones, y buen número de extranjeros que contribuyen a desarrollar la actividad febril de la gran urbe. Todo eso hace de la bella ciudad levantina un emporio inagotable de riqueza. Aparte la independencia de carácter de que a justo título blasonan sus hijos, y el valioso contingente

intelectual que aportan los demás, aparte de otras causas de orden etnológico, hacen de ella un foco prodigioso de cultura donde tienen su asiento todas las libertades populares.

Pero de veinte años a la fecha, Barcelona, la grande, la heroica, así en la prosperidad como en el infortunio, la magnánima y viril ciudad que tan nobles ansias de progreso alienta, se ve condenada a ser el teatro escogido por los anarquistas de acción, miserables anónimos que han producido incalculable número de víctimas con sus cobardes atentados, para sembrar el luto y la ruina entre sus habitantes.

Todo el mundo temía que al visitar Barcelona, el rey fuera víctima de un siniestro atentado por la mano misteriosa de alguno de esos fanáticos cobardes que hacen la desventura de ese pueblo altivo y generoso. Tan temeraria como hermosa aventura sólo podía llevarla a cabo un hombre del temple de don Antonio Maura. Y en abril de 1904 se realizó el viaje del rey, acompañado de Maura, a Barcelona.

Recorrieron triunfalmente varias poblaciones catalanas en medio del entusiasmo de un pueblo viril y sano, que a pesar de las sombras que lo entristecen y devoran en ocasiones, supo enardecerse ante la arrogante y simpática figura del monarca español.

Contra lo que se temía, el rey fue aclamado por todas partes, sin correr ningún riesgo personal. Maura fue víctima de un odioso atentado y herido alevosamente de una puñalada por José Miguel Artal.

He aquí cómo describe Luis Antón del Olmet la ejecución del bárbaro atentado:

«Había dejado el presidente al rey en Capitanía, y cuando daba órdenes para que le condujeron a la Diputación provincial, Maura fue herido.

«Estaba parado el vehículo. Don Antonio se despedía con la mano derecha de algunos amigos, haciéndoles gestos afectuosos. Había en la vasta plaza de la Capitanía general una enorme muchedumbre que ovacionaba al presidente. De repente, por el lado izquierdo, subió al estribo Artal. Oculto por un pañuelo blanco llevaba un puñal asesino. No dijo una sola palabra. Aciago, monstruoso, víctima de una ceguedad inicua, intoxicada su pobre imaginación por esas lecturas embusteras que escriben los teóricos cobardes, intentó clavar su arma en ese corazón generoso, magnánimo, que late para bien de España, por el amor de España, corazón excelso.

«… Sí, fue un milagro. La puñalada, bien medida, iba derecha al corazón. Sólo un accidente inesperado, insólito, pudo evitar aquel crimen. Y ocurrió.

«En el mismo instante en que Artal esgrimía un arma contra el corazón del presidente, uno de los caballos que tiraban del coche se movió, brioso, y el vehículo avanzó bruscamente. Esto lanzó el cuerpo de Maura hacia atrás, en un movimiento involuntario, y esto hizo que el puñal entrara un poco más abajo del corazón. Además, la punta, al tropezar con el chaleco del presidente, se devolvió más todavía y hacia un sitio menos vital; sin embargo, la herida pudo ser mortal. Tenía siete centímetros de profundidad».

No es nuestro propósito ni cabría en el plan trazado en esta obra, tratar de la labor política llevada a cabo por don Antonio Maura. Sus actos han sido apasionadamente discutidos por sus enemigos políticos, llegando algunos, con su criminal ceguedad, a justificar el atentado personal y a propagar que Maura era carne de Angiolillo.

Pero no tenemos por qué ocultar la simpatía que nos inspira la entereza de carácter de ese hombre singular por muchos conceptos. Más de una vez han abundado en ese mismo criterio sus más encarnizados enemigos. Cabe, pues, perfectamente que transcribamos el telegrama y

la carta en que Maura, ya convaleciente, daba cuenta a sus ministros de las peripecias del viaje regio.

Telegrama:

Presidente al Ministro.

Dentro de breves instantes embarcaremos para Baleares, según itinerario. Supongo a V. E. y compañeros informados de la serie de ovaciones tributadas a S. M. en el día y la velada de ayer. Abarcando ahora conjunto del viaje por Cataluña, resulta imposible señalar diferencias de lugares o de clases en las demostraciones de adhesión entusiasta al rey, aunque se ha de decir en verdad que ha sido progresivo el calor de las aclamaciones sin turbarlo accidente alguno ni poderse cumplir, ni aun amparadas por la noche, las contramanifestaciones varias veces anunciadas. No debo ocultar la vivísima complacencia que el amor a mi patria saca de todo lo ocurrido, sin exceptuar el frustrado crimen, cuyo estrago material resulta insignificante.

Saludo a todos los compañeros.

A. Maura.

Decía la carta:

Barcelona, a 26 de abril 1904.

Mis queridos compañeros y amigos: reanudo, pluma en mano, las faenas ordinarias, y quiero y debo comenzar manifestándoles a ustedes mi gratitud por la efusión cariñosa de que sus telegramas y cartas de estos días vinieron impregnados, afectos bien correspondidos de parte mía. Gran provecho tendrá la nación si sus venideros Gobiernos viven en la cordialidad nuestra, jamás turbada desde que jugamos nuestros cargos.

Patente es que estuvo bien puesta la confianza en Dios, que mostré cuando nos presentamos a las Cortes sintiéndome anonadado ante el cúmulo de las desproporcionadas obligaciones que asumíamos. Noten ustedes que los instigadores ostensibles del crimen no pudieron mejorar su servidor eventual, ni éste sabría apetecer coyuntura más propicia que la que se le deparó fortuitamente, ni su mano acertaría segunda vez a dirigir la puñalada con tino más certero: la entrada del cuchillo en la carne corresponde al lleno del corazón, y parece haber penetrado el arma dos o tres veces más de lo necesario para una muerte instantánea. Pero se desvió de tal modo, que estos insignes doctores que me asisten dicen ser muy difícil causar otra tal herida alojándola inofensivamente en el músculo, sin lastimar los inmediatos órganos vitales, aunque el ensayo se hiciera tranquilamente. Consideren ustedes, pues, si no hemos de ver la mano de Dios en este lance, cuando el efectivo daño resulta tan insignificante. No he sentido verdadero dolor, ni he padecido siquiera una hora de insomnio, ni ha experimentado el pulso la menor alteración.

Sí, este evidente favor del cielo parece ratificar el mandato de mis deberes, y positivamente redobla el aliento para cumplirlos; la rapidez excepcional con que avanza la cicatrización, me recuerda las urgencias y aviva mi impaciencia por regresar a Madrid, donde hallaré sin duda muy adelantados los trabajos para los presupuestos de 1905, y donde además me aguardan los trabajos de lima en los proyectos de ley que tenemos presentados en las Cortes, y cuya aprobación hemos de procurar porfiadamente antes del verano. Es lástima ciertamente, en el viaje de Su Majestad, no renacieran para esas otras tareas; pero si hemos de resignarnos a que no sea en el comienzo, ha de ser a mediados de mayo la reapertura de las sesiones de Cortes.

En todo se cumple el plano de viaje, sin otra alteración que la tristemente sobrevenida por la muerte de S. M. la reina doña Isabel II (q. D. g. h.).

En todos los ámbitos de Cataluña, grandes y pequeñas poblaciones industriales o agrícolas, obtiene S. M. iguales calurosísimas muestras de adhesión que crecen con su presencia. Lo saben ustedes por los despachos y por el testimonio público.

Los médicos me vedan, comprendo su razón, y he de acatarla, exponerme al evidente riesgo de que se abra y encone la herida en las apretadas aglomeraciones de gentes que suelen ser inevitables; y esto limitará mi asistencia a los actos restantes, que de otro modo presenciaría. Iré donde no se comprometa la ventaja alcanzada, para asegurar el complemento de la cicatrización, el viaje a Baleares, Madrid, y la aptitud para el trabajo que ahí me aguarda.

El general Linares, que ahora mismo sale de nuestro alojamiento para acompañar a S. M. en las visitas y ceremonias de la mañana de hoy, me encarga expresa y cariñosamente que en nombre suyo salude a todos y a cada uno de ustedes. Pongan con los suyos mis afectos, y figúrense que les voy abrazando uno tras otro, como fuera mi gusto hacerlo.

Suyo:

A. Maura.

El atentado del que se salvó milagrosamente don Antonio Maura fue preparado ostensiblemente por Francisco Ferrer.

Pocos días después de la apertura del Centro de Estudios Sociales Fundado por Ferrer en la calle del Correo Viejo, en Barcelona, se notó en el salón de lectura la presencia de un joven de aspecto enfermizo y triste a quien ninguno de los allí reunidos conocía. Se pasaba veladas enteras leyendo con avidez los libros anarquistas, de los propagadores de las violencias más extremas y esquivaba las conversaciones con los demás socios del Centro.

Tan extraño individuo atrajo la curiosidad de los demás y algunos otros procuraron hacerse amigos suyos. José Oriols y Francisco Miranda fueron los que más íntimamente se relacionaron con él.

En cuanto se supo en Barcelona que el rey y Maura proyectaban hacer un viaje a aquella capital, la prensa revolucionaria empezó una violenta campaña contra Maura, acusándole de ser un reaccionario empedernido, hombre soberbio y fanático, capaz de desafiar los mayores peligros para satisfacer su vanidad personal.

Ferrer creyó llegado el momento de aprovechar aquella agitación para llevar a cabo un asesinato, y citó a casa de Anselmo Lorenzo, Casanova, 32, a Francisco Miranda, hijo político de aquél, para proponerle que buscara un hombre de acción capaz de ejecutar el atentado contra Maura.

Miranda empezó a explorar el ánimo de Artal, y bien pronto se convenció de que aquel desdichado joven, movido por instintos bárbaros, producto de una mentalidad enfermiza, era materia dispuesta para lo que Ferrer deseaba. Aleccionado por éste, Miranda sugestionó a Artal, seduciéndolo con la conquista de una gloria iluminada por los áureos resplandores de la inmortalidad, si se convertía en el vengador de todas las injusticias que aquellos miserables atribuían a Maura, asesinándolo vilmente.

Y cuando Artal, pobre cerebro enfermo, ya no tenía voluntad propia; cuando convertido en una verdadera víctima, que despreciaba la vida y obsesionado con la idea del crimen sólo ansiaba

extirpar tiranos. Ferrer le facilitó los medios para la ejecución del crimen. La noche antes de que el rey y Maura llegaran a Barcelona, reunidos en casa de Anselmo Lorenzo, Ferrer entregó a Artal el puñal homicida con que éste hirió a Maura.

Pocos días antes del atentado, Artal escribió a un tío suyo, residente en Madrid, una carta que la familia presentó después al gobierno, en la cual se ve claramente el influjo ejercido en aquel pobre espíritu por las lecturas y las inducciones de los viles propagadores de los más execrables crímenes.

Decía así:

Barcelona, 7 de abril de 1904.

Queridísimo tío: Después de saludarle con el amor, agradecimiento que por usted siente mi corazón, le manifiesto que dada la degradación de un pueblo vil y servicial, antes que presenciarla prefiero morir.

Conste, pues, que lleno de abnegación y sacrificio derramo mi sangre y mi sudor, cuyas gotas por más que estén mezcladas al dolor del más cruel martirio inquisitorial, serán para mí el consuelo del gran ideal.

Sea en bien, pues, del pueblo, más si a ello me es ingrato, tenga presente, antes que seguir su decadencia moral y material, he sido hombre para levantarme y hacer frente a ella con mi sacrificio, apartándome de las charlatanerías, propias de hombres indiferentes, sin conciencia, fe, ni educación intelectual, un una palabra, sin genio.

Salude a todos de mi parte, a José y a tía Beatriz.

Escribí al señor Nadal, calle Ancha, número 35, principal, el día 9 de abril, solicitando datos sobre la existencia y verdadero paradero de Joaquín.

Prescindimos de todo comentario seguros de que la *Europa Consciente* no olvidará cargar con el haber revolucionario del «emancipador intelectual de España», del mártir del 13 de octubre de 1909, ese bello gesto de heroísmo propio de un pedagogo notable y de un hombre excepcional.

CAPÍTULO III

La cínica leyenda de los martirios a los presos de Montjuich. – Campañas ignominiosas contra España de «L'Aurore» y «L'Intransigeant» en París. – Preparación del atentado contra Cánovas. – Los asesinos de Cánovas: Ferrer, Malato, Portet, Betanzos, Tarrida y Rochefort. – Portet y Angiolillo en Madrid. – Angiolillo a Santa Agueda.

En 1910, mientras se hacía la clamorosa e inicua campaña de agitación contra España, motivada por el fusilamiento de Ferrer, se hallaban fugitivos en París buen número de anarquistas españoles, y entre ellos, algunos de los amigos más íntimos de aquél, que no sólo fomentaban las manifestaciones antiespañolas sino que preparaban atentados contra el monarca y los gobernantes y jueces militares que juzgaron a Ferrer, para vengar su muerte.

Dos de los que más se distinguían en aquella labor eran Malato y Portet, y con ellos nos reuníamos diariamente para concertar planes revolucionarios.

Cada vez que se trataba de preparar algún atentado para vengar a Ferrer, Malato y Portet tomaban como precedente la preparación del asesinato de don Antonio Cánovas del Castillo, en la que ellos habían colaborado en unión de Ferrer, y relataban los episodios más importantes.

A consecuencia de la bomba arrojada por Salvador en el Teatro Liceo de Barcelona, que ocasionó una porción de víctimas, fueron encarcelados en el castillo de Montjuich varios anarquistas complicados en la preparación de aquel y otros atentados que en aquella época sembraban el luto y la consternación en la sociedad barcelonesa.

Cinco de los anarquistas presos, convictos y confesos, fueron fusilados en los fosos del fatídico castillo. Baldomero Oller, Fernando Tarrida de Mármol, Francisco Gana y otros, que fueron desterrados de España, se refugiaron en París.

Pesaba sobre los fugitivos el dictado de dinamiteros; se sabía ciertamente que habían colaborado en tentativas criminales en Barcelona; pero iban a París resueltos a difamar cobardemente a España y eso era más que suficiente para que no les faltara el decidido apoyo de los que continuamente arrojan sobre nuestra querida patria el baldón de todas las ignominias.

En esa fecha, Francisco Ferrer Guardia era profesor de español en el Liceo Condorcet, de París. El doctor Betanzos, cubano; Francisco Ferrer y Nicolás Estévanez, españoles; Georges Clemenceau, Arístides Briand, Alfred Naquet, Charles Malato y Henry Rochefort, franceses, y algunos otros, formaban el grupo de filibusteros que desde París luchaban contra España y en pro de la independencia de Cuba.

Emprendieron una violenta campaña periodística en el diario socialista *L'Aurore*, del que era director Jules Vallés, y redactores Charles Malato, Clemenceau, Guillaume y Pelloutier. Tarrida fue presentado Vallés por Ferrer y entró a formar parte de la redacción del citado diario.

Charles Malato y Fernando Tarrida empezaron una violentísima campaña de injurias contra, inventando la infame leyenda de los tormentos a los presos en Montjuich, y otras atrocidades imaginarias.

Henry Rochefort, el viejo periodista, decano *du journalisme du chantage* en Francia, fallecido recientemente, secundó desde *L'Intransigeant* aquella campaña ignominiosa, publicando iracundos artículos contra Cánovas del Castillo, al que presentaban como un monstruo horroroso de crueldad.

Celebraron en París infinidad de mítines públicos en los que se significaban por sus ataques a España y a los gobernantes españoles, Tarrida, Malato y Briand. Y desesperanzados de conseguir su propósito con aquellos ataques, unos cuantos de entre ellos decidieron asesinar a Cánovas.

Reunidos en casa de *Wesck*, *restaurateur, 9, bolulevard Montparnasse, Paris*, Francisco Ferrer Guardia, Chales Malato, Lorenzo Portet, el doctor Betanzos, Tarrida de Mármol y Rochefort, acordaron llevar a cabo el asesinato del gran estadista.

Wesck, el dueño de la casa donde se reunieron esa gavilla de asesinos, íntimo amigo de Malato, nos fue presentado por éste a nuestra llegada a París, y en su misma casa celebramos varias reuniones los revolucionarios españoles; pues ese individuo se vanagloriaba frecuentemente de haber recibido a todos esos individuos en su casa, y de que allí hubieran

acordado el asesinato de Cánovas. Asimismo se enorgullecía de haber estrechado la mano de Angiolillo.

En la fecha a que hacemos referencia, residía en París, como representante del periódico italiano *Il Populo*, un anarquista de la misma nacionalidad llamado Carenzo, que es el que había acompañado a Bresci para asesinar a Humberto I de Italia. Este individuo había hablado a Lorenzo Portet de un joven italiano que trabajaba en Marsella, recomendándoselo como anarquista de acción, entusiasta y resuelto.

Portet habló a sus amigos del joven tipógrafo, que no era otro que Angiolillo. Todos estuvieron contestes en buscarlo para ver si se comprometía a matar a Cánovas. El mismo Portet fue encargado de ir a Marsella a proponer a Angiolillo la reacción del asesinato. Este se mostró decidido a ello y regresó con Portet a París.

De los fondos que tenían para hacer la campaña contra España, entregaron a Angiolillo una cantidad y le aconsejaron que se fuera a Barcelona a trabajar en su oficio unos días mientras ellos arreglaban algunas cuestiones pendientes, y que el mismo Portet lo iría a ver cuando todo estuviera arreglado.

Angiolillo se marchó a Barcelona y allí esperó a que fuera Portet con el dinero y las instrucciones necesarias. Reunidos los dos fueron a Madrid. Angiolillo se presentó con el nombre de Rinaldini y la representación de *Il Populo* que le cedió Carenzo. Portet como corresponsal de un diario inglés.

En Madrid vieron a varias personas, y particularmente a Nakens, a quien indudablemente confiaron el objeto de su viaje; pues en una de las correspondencias de Nakens que Ferrer conservaba de aquella fecha, le decía: *Recibí la visita de Rinaldini y hablamos mucho de usted*.

Desde Madrid Angiolillo marchó a Santa Agueda, donde pocos días después asesinó villanamente a don Antonio Cánovas. Portet regresó inmediatamente a París, de donde fue expulsado por sospechas que tuvo la policía francesa de su intervención en aquel horrendo crimen.

Cada vez que hablaban de la preparación de un complot para asesinar a algún hombre de Estado. Portet refería su cooperación en el asesinato de Cánovas y se jactaba de haber sido el que decidiera a Angiolillo, que según aquél decía, vacilaba en los últimos días.

Ese Lorenzo Portet, heredero y continuador de la obra de Ferrer, es una hiena implacable, un asesino vulgar incapaz de ningún sentimiento de humanidad. Decide de la vida de las personas con una insensibilidad que espanta. Horrorizaba escucharle cuando aconsejaba en la forma que había que sugestionar a Jaime Call para que asesinara a Maura o Lacierva.

«*Es preciso, decía, exponerle la cuestión enérgicamente y hacer que el pensamiento de matar sea su única obsesión, para que serenamente, con la estoicidad del convencido, lo acabe como un perro*».

CAPÍTULO IV

Las relaciones políticas de Ferrer y Lerroux. – La jefatura del partido progresista. – Visita oficial del Rey de España a Francia. – El atentado anarquista de la rue Rohan en París. – Taller de fundición donde fueron fabricadas las bombas. – Individuos que facilitaron las fórmulas y prepararon las materias

explosivas. – La mano misteriosa de Ferrer. – Quién arrojó las bombas. – Sensacional proceso en París. – El atentado de la calle Mayor en Madrid. – Ferrer preparó el ánimo de Morral y le facilitó los medios. – Sensacional proceso en Madrid. – Absolución de Ferrer. – Complacencias de los gobernantes liberales españoles.

A la muerte de don Manuel Ruiz Zorrilla, el partido progresista que acaudillaba aquel hombre público quedó acéfalo.

Francisco Ferrer había sido secretario particular de Zorrilla durante la larga conspiración de éste en París, y creyéndose con autoridad política para interpretar las aspiraciones de sus correligionarios, escribió a Alejandro Lerroux una carta, que fue publicada en la prensa años después, ofreciéndole la jefatura del partido progresista.

En aquella época Lerroux no era el político mesurado y de tendencias gubernamentales en que, más tarde, le convirtieron las ambiciones y el utilitarismo del partido que dirige. Era el caudillo republicano de mayor relieve y que mayores esperanzas despertó en sus correligionarios.

Hombre joven y activo, dotado de una inteligencia poco común y de un temperamento organizador infatigable; espíritu audaz y aventurero, supo conquistar las simpatías de mucha gente.

Llegó a Barcelona después que los anarquistas, en un largo período de propaganda oral y escrita, habían despertado en los obreros el espíritu de revuelta. Las organizaciones obreras organizadas bajo los auspicios de los anarquistas, luchaban por reivindicaciones supremas, imprimiendo a sus luchas un carácter de extrema violencia desordenado y peligroso; pero desprovistos de sentido práctico y faltos de cohesión, los obreros no alcanzaban el resultado inmediato de sus esfuerzos.

Lerroux, orador popular fogoso y elocuente con orientaciones políticas bien definidas, y con la panacea de hacer la revolución para derribar el régimen monárquico y satisfacer las aspiraciones de todos, fomentó el espíritu revolucionario en las masas obreras de la ciudad condal, reclutó a muchos elementos dispersos y logró organizar un partido vigoroso y recobrar ascendiente en la política española.

A la carta de Ferrer ofreciéndole la jefatura del partido progresista, contestó Lerroux con otra carta en la que le decía que él no estaba en disposición de ser jefe, y que su única aspiración era la de ser soldado de fila disciplinado y resuelto.

Los hechos vinieron poco después a demostrar lo contrario; pero no deja de ser muy lucido, sobre todo si se cuenta con la inconsciencia popular, el seducir a los incautos presentándose como luchador resuelto y generoso, dispuesto a todos los heroísmos, aunque en el fondo esas declaraciones sean la expresión de la más refinada hipocresía.

Lo cierto es que las relaciones políticas de Ferrer y Lerroux se estrecharon cada vez más, y ambos marchaban de perfecto acuerdo para la realización de sus planes revolucionarios.

Ferrer, más intransigente y cruel, pero más cobarde, y quizá menos atento a las ambiciones personales, trabajaba en la sombra, ayudando a Lerroux con su dinero y sus anhelos destruirlo y aniquilarlo todo.

En esa obra contaban con la colaboración de Nicolás Estévanez y otros políticos españoles, conspiradores impenitentes que cuando no tienen contra quien conspirar, intrigan y conspiran entre ellos mismos.

Después de un largo período de esas propagandas permanentes de disgregación moral, intentando, por los medios más vituperables, quebrantar la disciplina de nuestro ejército, sostenía incólume su amor sagrado a las instituciones; una vez defraudadas sus esperanzas de alcanzar su objeto por esos medios, recurrieron al atentado personal para ver si acelerando la vida del monarca español podían promover serias agitaciones, comprometer la estabilidad del régimen y aprovecharse del caos político para hacer todo cuanto pudiera satisfacer el logro de sus ambiciones personales.

En 1905, el rey de España hizo una visita oficial al presidente de la República francesa M. Loubet.

Al pasar por uno de los ángulos de la rue Rohan el coche que conducía a M. Loubet y a su regio huésped, una mano criminal arrojó una bomba desde un balcón, que milagrosamente se desvió de su dirección al tocar sobre un cable de los tranvías eléctricos, resultando ilesos los dos personajes.

La policía francesa, previamente avisada por sus colegas españoles, tuvo conocimiento de que se preparaba un atentado y vigiló estrechamente a los anarquistas más significados residentes en París, deteniendo a algunos de los complicados en el complot. Sin embargo, aun quedaron libres algunos que se encargaron de realizar el atentado, burlando la vigilancia de la policía.

En la preparación de este atentado tomaron parte Francisco Ferrer, Alejandro Lerroux, Nicolás Estévanez, Alfred Naquet, Federic Stackelberg y Charles Malato. Este se encargó de reclutar a los ejecutores entre los anarquistas de acción residentes en París.

Mateo Roca, o sea Mateo Morral, el salvaje criminal que un año más tarde realizó el atentado de la calle Mayor, en Madrid, envió desde Barcelona dos paquetes depositados en la Agencia Soler, y consignados a M. Caussannel, de París, conteniendo los cascos para las bombas que habían de utilizarse en aquel atentado.

Caussannel es un zapatero italiano, el marido de la cocinera que tiene Malato en su casa. Aquél y Pedro Vallina enterraron los casos recibidos de Barcelona en unas excavaciones que hicieron en los bosques de Clamart. Después fueron desenterrados por M. Fouquet, inspector de la policía francesa, y agente a sus órdenes, sospechando los demás anarquistas complicados que Vallina había dado la confidencia a M. Fouquet.

Los cascos utilizados en las bombas arrojadas en la rue Rohan fueron fabricados en París, en el taller de fundición establecido en la rue *Pierre Larousse, número 8*. Las fórmulas explosivas para cargarlos fueron enviadas de Londres y preparadas por Vallina, anarquista español, y Harvey, químico inglés, compañero de aquél.

Pocos días antes de la llegada de Alfonso XIII a París, la policía francesa, que les seguía la pista muy de cerca de todos esos individuos de filiación peligrosa, practicó la detención de Malato, Caussannel, Harvey y Vallina, y buscaban insistentemente a otro anarquista, llamado Farrás, que se reunía con aquellos y a quien no pudieron capturar.

Ese último individuo, cuyo nombre no era Farrás, sino Jesús Navarro Botella, fue el que arrojó las bombas al paso de M. Loubet y Alfonso XIII.

Jesús Navarro es un joven nacido en Torrevieja, provincia de Alicante, que fue condiscípulo nuestro en el Instituto. Antes que terminara sus estudios fallecieron sus padres, y él tuvo que abandonar el Instituto y marcharse con su única hermana huérfana. Empezó a relacionarse con los jóvenes del pueblo en que vivían y se hizo republicano federal y redactor del *Renacimiento*, periódico órgano del partido en aquella localidad.

Después se marchó a Madrid y en unión de Julio Camba y Antonio Apolo hizo *El Rebelde*, periódico anarquista. Perseguido por las autoridades y después de haber visitado la Cárcel Modelo de Madrid y pasado buenas temporadas en ella, se fue a Barcelona como redactor de *Tierra y Libertad*, otro periódico anarquista que Federico Urales y Soledad Gustavo publicaban en Madrid.

En Barcelona, Jesús Navarro entró en relaciones amistosas con Ferrer, confiándole éste la dirección de una escuela en Sans. Una de las veces que salió de la cárcel en libertad provisional, era el preciso momento en el que Odón de Buen, Fernando Lozano y otros muchos librepensadores españoles emprendían el viaje a Roma para asistir al Congreso librepensador que se celebró en aquella capital. Ferrer formaba parte de los excursionistas y se llevó a Jesús Navarro. Este partió de allí a París eficazmente recomendado por Ferrer a sus amigos.

En París, Navarro se colocó en la librería Garnier hermanos, y empezó a relacionarse con Malato y demás anarquistas de acción.

Cuando Ferrer y sus amigos prepararon el atentado contra Alfonso XIII en París, aquél confió a Jesús Navarro la misión de ser el que arrojara desde el balcón la bomba al pasar el coche en que iban M. Loubet y su regio huésped.

En el proceso incoado con motivo de aquel atentado, depusieron testigos que, en sus declaraciones, establecieron bien claramente las responsabilidades de los anarquistas detenidos y procesados. Pero el Tribunal, influenciado por la campaña de agitación que hicieron los amigos de los presos, secundados por toda la prensa avanzada de Francia y España, los absolvió.

El gobierno francés expulsó del territorio nacional a todos los procesados extranjeros, excepto Charles Malato, que aunque hijo de padre italiano, había nacido en Francia, y consiguió hacer valer sus derechos como francés. Este continuó en París, preparando impunemente, con Ferrer y otros anarquistas, la realización de otros atentados.

Al año justo de esa primera tentativa criminal contra el rey de España, esos mismos individuos prepararon el atentado de la calle Mayor de Madrid.

Ferrer costeó todos los gastos que ocasionó el sensacional proceso de París, llevando allá a varios de sus amigos y colaboradores para que prestaran declaraciones favorables a los procesados.

Merecen consignarse, particularmente, las declaraciones de Alejandro Lerroux y Fernando Tarrida. Aquél ya era diputado por Barcelona, y habiendo tomado parte activa en la preparación del bárbaro atentado para asesinar a los Jefes de Estado, fue a París para declarar ante el tribunal de la Seine que ese complot lo habían urdido los policías españoles para perseguir a los hombres de ideas avanzadas de su país.

Fernando Tarrida hizo por centésima vez la historia de los tormentos imaginarios de Montjuich, infamemente inventados para denigrar a España en el extranjero; y ambos se esforzaban como paladines entusiastas de esa labor, mil veces maldita, que es la única meritoria de toda su vida de cínicos aventureros.

Arístides Briand, Jean Jaurés, Henry Rochefort, Sebastián Faure y Severine, declararon ante el Tribunal que conocían a Malato por sus ideas revolucionarias y sabían que era hombre de exaltaciones ideológicas; pero que estaban convencidos de sus humanitarios sentimientos y lo consideraban incapaz de cometer ni apadrinar asesinatos.

Finalmente, los ejecutores del criminal atentado fueron declarados inocentes, y todavía vociferaban contra la policía y los agentes de orden, presentándose como víctimas de maquiavélicos planes por parte de sus enemigos.

Algunos de los defensores de aquellos asesinos implacables han sido después gobernantes de Francia, hombres encargados de garantizar el orden y defender las instituciones de su país contra los ataques de esos mismos individuos; y, sin embargo, se coligaban indecorosamente con ellos para continuar debilitando el prestigio de España y derrocar las instituciones que rigen sus destinos… Responsabilidades, y muy graves, incumben a esos falsos defensores del orden social, en todas las agitaciones revolucionarias que amenazan frecuentemente la tranquilidad y el bienestar del pueblo español.

Como todo el mundo lo sabe, Francisco Ferrer, un rufián envilecido, desprovisto del más elemental sentimiento de dignidad personal, fue el miserable que preparó, dándole celos con Soledad Villafranca, que luego resultó ser una vulgar ramera, el estado psicológico de aquel monstruo que entristeció el simpático y fragante idilio de nuestros monarcas, llenando las calles de sangre del pueblo y sembrando el luto y la consternación en todo el territorio nacional.

Mateo Morral, el ejecutor de tan bárbaro atentado, era hijo de un fabricante de tejidos de Sabadell, provincia de Barcelona. Sus padres son familia muy honorable y habían dotado a Mateo de una instrucción y educación esmerada, mandándolo al extranjero para que aprendiera idiomas.

Durante su estadía en Francia se relacionó con elementos revolucionarios que lo iniciaron en el estudio de la filosofía anarquista.

Después, al regresar a su casa y dedicarse, al lado de su padre, a los negocios industriales, demostró un odio implacable a todos los privilegios y se dedicaba a propagar y a fomentar las más extrañas rebeldías entre los trabajadores, sugiriéndoles la idea de que cada día tenían que hacer mayores exigencias hasta que llegaran a poseerlo todo, puesto que ellos eran los únicos productores a quienes pertenecía exclusivamente la riqueza social.

Fomentó varias huelgas entre los trabajadores de su misma fábrica, que amparaba y protegía con el dinero de sus padres, justificando las mayores violencias contra los patronos y comprometiendo los intereses y la vida de su padre. Este, convencido de que con requerimientos y buenos consejos, inspirados por el más puro cariño paternal, no conseguiría nada de aquel rebelde irreductible, decidió separarlo del negocio dándole una cantidad para que se buscara la vida independientemente.

Con veinticinco mil pesetas que le dio su padre, Mateo Morral se asoció a Ferrer para los negocios editoriales de la Escuela Moderna, tomando el cargo de administrador de la biblioteca y casa editorial.

Desde entonces Morral fue el colaborador y auxiliar predilecto de Ferrer.

Identificado en aspiraciones con éste, secundaba sin vacilaciones la obra de crímenes, perversidad y odio a todo que realizaba aquel pobre miserable, a quien un puñado de malos españoles, secundados por una legión de extranjeros menguados y fanáticos, confundieron con un apóstol, tomándolo como a inicua bandera para difamar villanamente a la hidalga y caballaresca España.

Fracasado el complot anarquista de París, y reconocida públicamente la inocencia de los inculpados en su realización, Ferrer y sus amigos, que con él habían colaborado en la

preparación de aquel acto, prosiguieron con más ahínco su inicua labor, considerando como un honor asesinar al rey de España.

Puestos de acuerdo Ferrer, Estévanez, Lerroux y Malato, decidieron llevar a cabo el atentado de la calle Mayor de Madrid el día de las bodas de Alfonso XIII.

Don Nicolás Estévanez, en correspondencias que enviaba a Ferrer, desde París, dándole explicaciones, más o menos claras, sobre fórmulas explosivas que solicitaba Morral, decía: «*los jóvenes son los llamados a demostrar que sirven para algo y a ellos corresponde realizar gestos heroicos*».

El día antes de que Mateo Morral emprendiera el viaje a Madrid, llegó a Barcelona don Nicolás Estévanez, procedente de París, y se reunieron éste, Ferrer, Lerroux y Morral, para combinar los últimos preparativos.

Todas las agrupaciones radicales y anarquistas de Barcelona sabían que el día del casamiento del rey se llevaría a cabo un atentado en Madrid. Evidentemente Lerroux y Ferrer habían dado órdenes a sus huestes para que estuvieran preparadas en previsión de acontecimientos extraordinarios.

El citado día casi todos los revolucionarios abandonaron sus ocupaciones habituales. El Paralelo, las Ramblas y demás sitios céntricos de la capital, eran un hormiguero continuo de grupos, por todas partes, ávidos de recibir noticias de lo que pasara en Madrid, y resueltos todos ellos para promover un movimiento revolucionario si Morral asesinaba al rey.

Durante la tramitación del sumario por el atentado de la calle Mayor, se vio bien claro que Ferrer había sido el inductor de Morral, lo mismo que la complicidad de sus colaboradores.

Todo el mundo tenía el convencimiento moral de la culpabilidad de esos elementos, sin que para ello fuera necesario la prueba plena, indiscutible. Pero además, cartas, testigos, referencias, y hasta un libro de contabilidad de la Escuela Moderna, en el que figuraba una partida de dinero empleada en el viaje de Mateo Morral a Madrid, daban la prueba palpable, evidente a los jueces, de la culpabilidad de Ferrer. Y sin embargo, fue absuelto.

En los trece meses que Ferrer estuvo preso en la Cárcel Modelo de Madrid, mientras se tramitaba el sumario, sus partidarios hicieron una violenta campaña de agitación en España y el extranjero proclamando su inocencia; y llegado el juicio oral, se interpusieron las influencias de los gobernantes liberales de aquella época, quienes por debilidades y complacencias inconfesables con los enemigos del régimen, privaron a los dignos magistrados de satisfacer cumplidamente los sagrados deberes del Ministerio Público, dejando indefensa a la sociedad y absolviendo libremente a uno de sus peores enemigos para que siguiera impunemente en su fratricida obra de destrucción y aniquilamiento social.

Algunos de los defensores de Ferrer no fueron, sin embargo, tan desinteresados y generosos como ellos afirmaban. Emiliano Iglesias, como abogado defensor, cobró por sus honorarios quince mil pesetas y las caricias que le prodigó la hembra de Ferrer. Alejandro Lerroux recibió de Ferrer treinta mil pesetas para hacer *El Intransigente* en Madrid, que se fundó expresamente para aquella campaña y dejó de publicarse poco tiempo después.

LIBRO V

CAPÍTULO I

Una entrevista con Francisco Ferrer. – Declaraciones íntimas. – Sus planes revolucionarios al salir de la Cárcel Modelo de Madrid. – Proyectos para fundar una Confederación del Trabajo en España. – Opiniones de Ferrer sobre los caudillos políticos. – Las connivencias de Lerroux con los monárquicos españoles. – Juicios de Ferrer sobre Lerroux. – Confidencias de su colaboración en el atentado de la Calle Mayor. – Ferrer contra Emiliano Iglesias.

En junio de 1907 fue excarcelado Ferrer después de trece meses de prisión por el atentado de la calle Mayor de Madrid.

Regresó a Barcelona, y tan pronto como tuvo arreglados sus asuntos particulares partió, acompañado de Soledad Villafranca, a hacer una excursión por las principales capitales de Europa.

Al regreso de esa excursión a Barcelona, Ferrer me invitó a almorzar con él en el Hotel Internacional.

Esa entrevista fue larga y laboriosa. Terminado el almuerzo fuimos a dar un paseo por el Parque Zoológico, que se prolongó hasta las cuatro de la tarde.

Ferrer me habló extensamente de los trabajos revolucionarios que tenía en preparación y de sus proyectos para el porvenir. Me explicó que a pesar de haber conseguido escapar de las garras de los gobernantes españoles, gracias a la presión ejercida por la prensa avanzada, no le sería posible, por el momento, intentar la reapertura de la Escuela Moderna de Barcelona, clausurada en 1906 a raíz del atentado de Morral.

«*Los tribunales españoles -decía- se han visto obligados a reconocer mi inocencia en el atentado de calle Mayor, cediendo al clamoreo general de la opinión pública; pero todos están plenamente convencidos de lo contrario. Hasta entonces me había sido posible ocultar mis verdaderos propósitos aparentando ser un pedagogo, que se contentaba con ser un precursor de la regeneración de España, por la educación popular; pero en lo sucesivo las autoridades me vigilarán y perseguirán como un conspirador peligroso*».

Precisamente para prevenirse contra las asechanzas de la policía y los gobernantes españoles hizo, después de su liberación, el viaje a través de las principales capitales de Europa, con el objeto de solicitar el concurso de los intelectuales más o menos afines en ideas, para que, seducidos con la supuesta obra de regeneración escolar, constituyeran una salvaguardia de los militantes anarquistas españoles que se dedicaban especialmente a fomentar el movimiento revolucionario.

Como plataforma política para vencer las suspicacias de los demás, se proponía publicar en Bruselas una revista pedagógica intitulada *L'Ecole Renovée*, destinada a señalar orientaciones para la extensión escolar de la Escuela Moderna de Barcelona, y para cuya publicación contaba con el concurso de personas de relieve científico como el biólogo alemán Ernesto Haeckel, el antropólogo italiano Sergi, el matemático francés Laissant, el pedagogo belga Eslander y otros.

Después fundaría la Liga Internacional para la Educación Racional de la Infancia, a fin de reunir, en una sola agrupación internacional, a todos los militantes revolucionarios ayudados por esos hombres de ciencia que darían mayor relieve a la organización y constituirían una garantía para que los interesados en la propaganda escolar, creyeran que se trataba simplemente de una obra de educación.

Al mismo tiempo ensancharía considerablemente la esfera de acción de la biblioteca *Publicaciones de la Escuela Moderna* traduciendo y editando las obras de Elíseo Reclus, Pedro Kropotkin, Charles Malato, etc., para que los trabajadores españoles leyeran la literatura revolucionaria que se publicaba en Francia.

Todo lo apuntado era, a grandes rasgos, para el gran público, la obra a que Ferrer pensaba consagrar sus esfuerzos.

Pero simultáneamente con ese trabajo de preparación pedagógica y revolucionaria, encaminado a formar los futuros luchadores, a hacer la revolución en los cerebros y cuyos resultados se harían esperar algunos años, y Ferrer trabajaba activamente en la realización de planes revolucionarios de efecto más rápido, destinados a provocar sublevaciones populares y a derrocar el régimen vigente en España por medio de una huelga general revolucionaria.

De tal manera Ferrer estaba entusiasmado y resuelto con esas ideas que, en el curso de la primera entrevista para tratar de esos asuntos, me propuso colaborar con él en la organización revolucionaria en España. Y con la decisión apasionada que ponía en todos sus actos, me dijo: «*Mis proyectos consisten en preparar el terreno, en el más breve plazo posible, para llevar a cabo una revolución triunfante por medio de la huelga general revolucionaria*».

Y a continuación me explicó la forma en que pensaba realizar esos proyectos. Empezaríamos por agrupar a los trabajadores de Barcelona y de toda Cataluña en una confederación de organización idéntica a la *Confederation Generale du Travail*, de Francia, procurando que los anarquistas y todos los elementos de acción se agruparan alrededor de ella, para que en un momento dado se encontraran en disposición de poder orientar y dirigir la acción revolucionaria.

Para sentar sobre bases firmes su obra revolucionaria, Ferrer creía necesario disponer de elementos jóvenes y activos, ajenos a las discusiones entre las diferentes agrupaciones políticas y revolucionarias, que contaran con la simpatía de todos los trabajadores organizados. Además se comprometía a facilitar a los individuos resueltos y capaces de llevar a cabo ese trabajo, los medios necesarios para que pudieran luchar con entusiasmo, sin tenerse que preocupar de las necesidades materiales de la existencia.

Y concretando su pensamiento, Ferrer nos propuso que a partir de aquel momento lucháramos en el sentido indicado en unión de él y sus amigos, seguros de que él facilitaría el dinero necesario para desarrollar el plan propuesto. Aceptamos con calor y entusiasmo ofreciéndole hacer cuanto fuera necesario.

Después Ferrer nos habló extensamente de sus luchas políticas anteriores, de los actos revolucionarios en que había intervenido personalmente en estos últimos tiempos, de los elementos que habían colaborado con él y de las desilusiones experimentadas con algunos de ellos, y la firme convicción que tenía de que solamente los trabajadores organizados revolucionariamente serían capaces de hacer algo serio.

Al referirse Ferrer a las campañas políticas en que había colaborado en unión de don Manuel Ruiz Zorrilla y otros elementos republicanos españoles, manifestaba un gran descontento contra los jefes de los partidos, que enarbolan continuamente, a los cuatro vientos, la bandera roja, como si ellos tuvieran el monopolio de las reivindicaciones populares, lo que no les impide

aceptar dádivas y enriquecerse a costa del régimen imperante. Y esa desconfianza hacía a Ferrer dudar de la eficacia de la revolución política en razón de los negativos resultados producidos por las disensiones y el utilitarismo de los jefes de partidos republicanos.

Ferrer conocía minuciosamente la labor revolucionaria que realizaba la *Confederation Generale du Travail*, en la cual debían inspirarse los militantes españoles, para determinar la orientación de la Confederación Catalana, y la violenta campaña insurreccional y antimilitarista que hacía la *Guerre Sociale*, periódico fundado por Gustavo Hervé, y a cuya fundación había contribuido Ferrer con una importante cantidad. Y decía que estaba seguro de la colaboración de todos esos elementos para un movimiento revolucionario en España. Y por último, nos ocupamos del estado de los partidos de ideas avanzadas en España, y particularmente en Barcelona.

En la época a que nos referimos, existía una grande agitación en los partidos políticos de Cataluña, debido a la escisión producida entre los republicanos por la formación de la Solidaridad Catalana, y la formidable campaña que contra ella realizaban los radicales dirigidos por Alejandro Lerroux. El principal resultado que produjeron esas luchas entre elementos afines, fue hacer resaltar a los ojos de todos las taras, las imperfecciones y la insuficiencia de ambas organizaciones políticas.

Por otra parte, los anarquistas y sindicalistas se rebelaban furiosamente contra Alejandro Lerroux, acusándolo de connivencias con los gobernantes del partido liberal y, especialmente, con Segismundo Moret y el conde de Romanones, con los cuales Lerroux colaboraba como jede de un partido político, para desviar de su orientación netamente anarquista a las organizaciones obreras de Barcelona.

En esa cuestión, Ferrer se manifestaba en completo desacuerdo con los militantes anarquistas, de quienes decía que intentando combatir al jefe, acababan por lesionar profundamente los intereses del partido y el amor propio de gran número de sus elementos, alejándose de todo contacto con ellos y haciendo así más difícil la posibilidad de ejercer una acción revolucionaria, combinada con elementos cuyo concurso era indispensable para hacer la revolución.

Ferrer se mostraba tan decepcionado de los jefes del partido radical como de los demás partidos republicanos españoles; pero continuaba frecuentando su amistad para no alejarse de un foco de acción revolucionaria importante.

A este propósito decía que Lerroux había reclutado sus adictos entre los revolucionarios y hombres de acción, en época reciente todavía, cuando él personalmente se presentaba al frente de las multitudes para combatir todas las injusticias.

Y que a su lado tenía numerosos elementos procedentes del campo anarquista, rebeldes a toda disciplina, los que si seguían a Lerroux era por su temperamento luchador y su gran actividad, cualidades que hacían de él un caudillo de indiscutible valer.

Ferrer reconocía que Lerroux había luchado con abnegación y entusiasmo, en sus primeros tiempos, cuando no disponía de riquezas y veía en lontananza, como consecuencia de sus luchas, un porvenir brillante y seguro. Y no ocultaba que había sentido por Lerroux la más viva simpatía, y reunidos habían colaborado en varios actos de gran trascendencia revolucionaria.

«Lerroux tiene -decía Ferrer- cualidades de inteligencia, de iniciativa y actividad, que no le permiten someterse a la dirección de ninguna otra persona, por prestigiosa que sea. Es cierto que convencido de su valer personal y seducido por la posibilidad de ocupar un lugar preeminente en la política española, Lerroux ha ido, insensiblemente, abandonando sus primitivas luchas revolucionarias; y hoy es un jefe más con las desenfrenadas ambiciones de los otros jefes políticos. Pero a pesar de que haya caído en los defectos comunes a la mayor parte

de los caudillos políticos, su labor revolucionaria ha sido buena y útil en ocasiones. Y recientemente todavía, en el atentado de Morral, que me ha valido trece meses de prisión, y *del cual yo esperaba algo más grave que la prisión*».

Ferrer nos explicó, a continuación, algunos detalles de la preparación del atentado de la calle Mayor, de los cuales hicimos uso al tratar de ese asunto. Refiriéndose a la colaboración de Lerroux en aquel horrendo crimen, decía Ferrer que había ejercido poderosísima influencia, principalmente, trabajando para obtener la cooperación de algunos oficiales del ejército, en las guarniciones de Barcelona y Gerona, los que se le habían comprometido para sublevarse y proclamar la República si asesinaban a Alfonso XIII.

Fracasada la criminal tentativa, Mateo Morral se suicidó. Y Lerroux y Emiliano Iglesias tomaron la defensa de Ferrer, el primero emprendiendo una clamorosa campaña de agitación que fue secundada por toda la prensa republicana y revolucionaria de Europa; y el segundo encargándose de defenderlo ante los Tribunales.

Ferrer se mostraba descontento de los dos porque habían hecho aquella campaña con fines lucrativos y sirviéndose de ella para sus combinaciones políticas. Evidentemente Ferrer se sentía profundamente decepcionado respecto de Lerroux, y con visible aversión contra Emiliano Iglesias, cuya defensa había aceptado por compromisos ineludibles, pero sin confiar en su competencia profesional ni en sus afinidades políticas.

Finalmente, y a pesar de todas esas quejas personales que tenía con el jefe del partido radical y su lugarteniente, aconsejaba que se usara con ellos de una gran discreción para no ahuyentar elementos útiles a la revolución, y llegado el momento de la acción decisiva poder sacrificar a los jefes que dificultaran el triunfo.

CAPÍTULO II

Principales causas del carácter intransigente y violento de las organizaciones obreras de Barcelona. – La fundación de «Solidaridad Obrera» Confederación Regional Catalana. – La conducta de Ferrer en el proceso de Madrid siembra el descontento en los militantes anarquistas. – Medios empleados por Ferrer para influir en las decisiones de la Confederación. – Formación del Consejo de redacción del periódico «Solidaridad Obrera» fundado y sostenido por Ferrer. – Cómo Ferrer dirigía, valiéndose de Anselmo Lorenzo y otros militantes prestigiosos, todo el movimiento sindicalista y revolucionario de Cataluña. – Individuos pagados por Ferrer para que hicieran propaganda revolucionaria. – El grupo «4 de mayo» editor de «Tierra y Libertad». – Donativos de Ferrer a los periódicos anarquistas.

Las organizaciones obreras de Barcelona se han distinguido siempre de las del resto de España por su carácter netamente anarquista. Sus luchas, tanto las parciales como las de carácter general, asumen en seguida proporciones revolucionarias, llegando, en la mayor parte de los casos, al empleo de la violencia y haciendo necesaria la intervención de la fuerza armada.

Ese carácter de irreductible intransigencia no es peculiar en los obreros de aquella región; ni nace tampoco, como han pretendido hacer creer muchos vocingleros de un patrioterismo ridículo, de ambiciones separatistas que predisponen el ambiente a las agitaciones revolucionarias. Se debe a que hace muchos años que una balumba de desalmados políticos vienen propagando desenfrenadamente ideas contrarias al orden social, y han convertido a la bella capital levantina en un foco de intensísimo de la más brutal y salvaje anarquía.

Y uno de los que más vivamente contribuyeron, en los últimos años, a fomentar el desbordamiento de las pasiones populares, la fermentación del odio más injustificado y soez, era el fundador de la Escuela Moderna, que con la propaganda de sus doctrinas disolventes y antisociales, resquebrajaba profundamente todos los principios morales de la sociedad.

Después de la huelga general de 1902, que ostensiblemente habían preparado y fomentado Ferrer y sus amigos, y a causa de los desórdenes que durante aquélla habían llevado a cado los obreros, sobrevino, como consecuencia natural, la represión gubernamental y fueron clausuradas y disueltas la Federación Regional obrera y la mayor parte de las secciones adheridas.

Transcurrido algún tiempo, se reconstruyeron algunos Sindicatos, pero sin fusionarse en un organismo común. Y Ferrer, desde su excarcelación, manifestó vivos deseos e inició los trabajos para constituir la Confederación Regional obrera.

En octubre de 1907, a su regreso a Barcelona de la excursión emprendida, después de su excarcelación, por las principales capitales de Europa, Ferrer convocó a los militantes revolucionarios más significados a una reunión que tuvo lugar en el local del Centro de Dependientes, calle de Mendizábal, número 19.

En esa reunión se formularon las bases para la constitución de la Confederación Regional Catalana, denominada *Solidaridad Obrera*, en oposición a la Solidaridad catalana que tantas disensiones había suscitado entre los partidos políticos.

Lo mismo en esta primera reunión que en las demás que se celebraron con el indicado objeto, predominó siempre el criterio sustentado por Ferrer, de acuerdo con los militantes sindicalistas franceses.

Evidentemente que en aquella fecha había muchos anarquistas que se manifestaban descontentos del proceder de Ferrer. Habiendo llegado al conocimiento de la forma en que fue llevado a cabo el atentado de Morral, y la participación activa que en la preparación del mismo había tomado Ferrer, le reprochaban el haber sacrificado la memoria de aquél para defenderse ante los tribunales. Y le miraban con prevención como a un hombre cínico, dispuesto a utilizar a los elementos desinteresados y entusiastas para preparar en la sombra atentados anarquistas.

No le era, pues, muy fácil entonces preparar personalmente ciertos actos; pero contaba, incondicionalmente, con el concurso de Anselmo Lorenzo, José Casasola, Jaime Bisbe, Colomé y otros individuos, que ejercían preponderante influencia en las decisiones de los obreros.

El resultado de la primera reunión celebrada en el Centro de Dependientes fue nombrar, de los allí reunidos, una comisión que la integraban Antonio Colomé, A. Badía Matamala, Enrique Ferrer, Juan Esteve y Jaime Bisbe, encargados de hacer los trabajos preliminares de organización y la adquisición de local social.

Ferrer entregó a Badía Matamala quinientas pesetas para cubrir los primeros gastos. El mismo Ferrer, Jaime Bisbe y Anselmo Lorenzo se encargaron de redactar unos Estatutos y un Manifiesto a los trabajadores, excitándoles a organizarse en Sociedades de resistencia adheridas a la Confederación Regional Catalana.

Transcurridos algunos días, se celebró la segunda reunión preparatoria, en el mismo local que la anterior, asistiendo a ella delegados de todos los sindicatos obreros de la capital. Los comisionados de la primera reunión dieron cuenta de los trabajos de organización que habían hecho y del local disponible.

La Asociación de Dependientes, que había cedido galantemente uno de los salones para las reuniones preparatorias, disponía de un amplio local en la calle de Mendizábal, y ofreció un departamento para la Secretaría del Consejo directivo de la Confederación, mediante el pago de una cantidad mensual.

Después que Anselmo Lorenzo dio lectura al proyecto de Estatutos y Manifiesto, que Ferrer y él habían redactado, reglamentando y definiendo las bases de la Confederación, y nombrar una comisión de tres delegados para que redactaran una circular convocando a una reunión definitiva para el sábado en la noche de la semana siguiente, se dio por terminada la segunda reunión preparatoria.

En los días que precedieron al sábado en que había de verificarse la reunión definitiva para la constitución de la Confederación, Ferrer celebró varias entrevistas con los delegados de mayor significación para orientarlos con arreglo a sus deseos.

Merecen especial mención, por su importancia para las decisiones futuras de la organización obrera, las reuniones celebradas en casa de Anselmo Lorenzo y en la Ronda de la Universidad. A la primera asistieron solamente Anselmo Lorenzo, Francisco Ferrer, José Casasola y el que suscribe. Se trató ampliamente de la manera de fijar una orientación revolucionaria, bien definida, a la Confederación; y de llevar a que formaran parte de ella a todos los militantes anarquistas dispersos en diversos grupos, para que ocuparan los cargos directivos y ejercieran decisiva influencia.

Los propósitos de Ferrer, que luego los demás fuimos llevando a la práctica, obedeciendo sus instrucciones, eran agrupar en Solidaridad Obrera a todos los elementos aprovechables para preparar la revolución.

Anselmo Lorenzo se encargó de hablar con los individuos del grupo «4 de Mayo», editor del semanario *Tierra y Libertad*, y con los demás anarquistas de alguna significación, que se dedicaban a hacer propaganda de sus ideales de la tribuna y en la prensa. José Casasola y el que suscribe se encargaron de buscar la colaboración de elementos pertenecientes a sindicatos obreros. Y luego todos ellos fueron citados a una reunión que se celebró en un departamento reservado del café de la Ronda de la Universidad.

A esa reunión asistieron: A. Lorenzo, Francisco Ferrer, J. Casasola, J. Robles y M. V. Moreno, de los profesores ferreristas de Barcelona; Enrique Ferrer, J. Ferrer, José Rodríguez Romero, J. Grau y Guardia, Jaime Bisbe y Antonio Colomé, de los sindicatos de carreteros, panaderos, Arte de Imprimir, Ramo de Agua y Arte Fabril, pintores y carpinteros, respectivamente; y Mariano Castellote, del sindicato de albañiles y grupo «*4 de Mayo*».

Anselmo Lorenzo fue el primero que habló para explicar el objeto de la reunión, haciendo resaltar que en el estado actual de la política española, los trabajadores no podían mostrarse indiferentes en las luchas de los partidos; y era imprescindible agruparlos en organizaciones revolucionarias para que estuvieran dispuestos a cualquier eventualidad. Que en ese trabajo debían interesarse principalmente los militantes anarquistas, ingresando todos ellos en la Confederación para ocupar los puestos de confianza y orientar a los demás.

Todos los asistentes a la reunión dieron su aprobación a las manifestaciones de Lorenzo, y ofrecieron colaborar resueltamente a la realización del plan propuesto. Esa reunión fue el punto de partida para que los militantes anarquistas ingresaran en sus respectivos sindicatos y se esforzaran en que los delegados al Consejo directivo de la Confederación fueran designados entre los anarquistas.

Llegado el día indicado para la celebración de la reunión definitiva, se reunieron los delegados de cuarenta y tres sindicatos de diferentes localidades de Cataluña. Se acordó constituir definitivamente la Confederación Regional Catalana, y acto seguido nombraron un Consejo directivo compuesto de diez y siete delegados de los residentes en Barcelona.

Ocuparon los cargos más importantes los elementos anarquistas adictos a Ferrer. Secretario general, Antonio Colomé; pro-secretario, Jaime Bisbe; tesorero, A. Badía Matamala. En la Comisión de fomento y propaganda, José Casasola, Juan Robles, Luis Beltrán y Miguel V. Moreno, profesores de las escuelas ferreristas.

A instancias de Ferrer y con su dinero, se acordó la publicación de un periódico intitulado *Solidaridad Obrera*, órgano de la Confederación Regional. El Consejo de redacción lo formaron: Jaime Bisbe, director responsable ante la ley; Miguel V. Moreno, secretario de redacción; A. Badía Matamala, administrador; José Casasola, Colomé, Grau, Enrique Ferrer y Tomás Herreros, redactores. Anselmo Lorenzo asumió la dirección literaria del periódico, y escribía los trabajos editoriales de orientación revolucionaria.

Lorenzo dirigía también *Tierra y Libertad*, y bajo su inspiración y la de Ferrer, este periódico abandonó el sectarismo irreductible que lo alejaba de las sociedades obreras, y empezó una campaña conciliadora encaminada a determinar su influencia en los sindicatos obreros para inducirles a luchar en pos de reivindicaciones supremas.

Ambos periódicos se imprimían en los talleres tipográficos de José Ortega, calle San Pablo, 98, a expensas de Ferrer.

Algunos de los militantes más activos eran ayudados particularmente por Ferrer para que pudieran consagrar todos sus esfuerzos a la propaganda. A Anselmo Lorenzo le pagaba un sueldo mensual por traducir libros para su biblioteca; a Miguel V. Moreno le daba cantidades para atender a gastos de propaganda y a sus gastos personales.

El Consejo de la Confederación acordó hacer una campaña de propaganda sindicalista por Cataluña, designando al efecto tres delegados, José Rodríguez Romero, Mariano Castellote y Miguel V. Moreno. Esta excursión, para la cual la Confederación no disponía de fondos, fue también costeada por Ferrer. Y satisfecho de la labor realizada por los excursionistas, a su regreso encargó a Rodríguez Romero y Moreno que continuaran la labor de propaganda, costeándoles todos los gastos de viaje y pagándoles un sueldo mensual.

Durante esa excursión se fundaron otros tres periódicos dirigidos por anarquistas: *El Trabajo*, órgano de la Federación obrera de Sabadell; *El Obrero Moderno*, de Igualada, y *La Voz del Pueblo*, de Tarrasa. La primera de estas publicaciones se imprimía también en casa de Ortega, costeada por Ferrer, y ayudaba con dinero para el sostenimiento de las otras.

Valiéndose de esos medios es como llegó Ferrer a adquirir preponderancia en los organismos obreros y a ser realmente el inspirador del movimiento revolucionario de Barcelona y de toda Cataluña.

Había muchos militantes, de los que intervenían directamente en la organización de la propaganda, que conocían la procedencia de los fondos de que se disponía para trabajos revolucionarios; pero la masa general de los obreros organizados luchaban pletóricos de entusiasmo creyendo que los progresos obtenidos eran el resultado de su propio esfuerzo. Y para afirmarles en la idea de que las organizaciones de resistencia contra el capital, se sostenían con el esfuerzo común de los trabajadores, se fijó una cuota de dos céntimos por cada federado a la Confederación.

Al principio había unos doce mil asociados que, cotizando todos, recaudaban doscientas cuarenta pesetas; y solamente de alquiler se pagaban trescientas. Además había otros gastos que elevaban esa cantidad a más de quinientas pesetas.

Pero como desgraciadamente el espíritu crítico no es lo que más abunda entre los trabajadores, no se les ocurría el que hubiera un personaje misterioso que facilitara dinero y ayudara a la Confederación, con el laudable propósito de utilizar las fuerzas obreras par sus combinaciones políticas y revolucionarias.

Y en efecto; aparte de Lorenzo, Moreno y otros de los que Ferrer tenía directamente a sus órdenes, pagaba a varios individuos para que fueran los propagadores de sus inspiraciones en las organizaciones revolucionarias.

Rodríguez Romero, tipógrafo, presidente de la sociedad el «Arte de Imprimir» de Barcelona, abandonaba frecuentemente el taller donde trabajaba para salir a hacer propaganda, hasta que lo dejaron cesante. Entonces Ferrer le asignó 150 pesetas mensuales.

Antonio Colomé, secretario general de «Solidaridad Obrera», tuvo que dimitir para marcharse a Valencia, y por indicación de Ferrer fue nombrado para sustituirle Jaime Bisbe, que conocía bien el francés y podría entenderse directamente con los de las C. G. T. de París y agrupaciones revolucionarias de Francia. Ferrer le asignó 200 pesetas mensuales.

Francisco Miranda, que colaboraba con el grupo «4 de Mayo», individuo muy conocido entre los anarquistas, en atención a que era hijo de la mujer que vive con Anselmo Lorenzo, fue designado por Ferrer para constituir grupos de acción revolucionaria en todas las localidades de Cataluña.

Y para evitar que sus trabajos despertaran la atención de la policía y pudieran hacerle objeto de persecuciones, Miranda se presentaba en todas partes como corresponsal de *El Hombre y la Tierra*, obra de Elíseo Reclus, que editaba la biblioteca Publicaciones de la Escuela Moderna, por cuadernos semanales. Ferrer le daba a Miranda 100 pesetas mensuales y el 30 por 100 sobre las suscripciones que hacía.

Y por este orden, en forma solapada y encubierta, la mano misteriosa de Ferrer era la única que hacía funcionar los resortes del movimiento revolucionario en Cataluña.

CAPÍTULO III

Cómo Ferrer se atrajo a los jóvenes radicales de Barcelona. – Fundación de la biblioteca Publicaciones de la Escuela Moderna. – Biblioteca sindicalista y revolucionaria. – Viaje de Ferrer a París. – Reanudación de la campaña de Alcalá del Valle. – Regreso de Ferrer a Barcelona. – Reuniones en la biblioteca y en Solidaridad Obrera. – Declaraciones de Ferrer. – El primer Congreso de la Confederación Regional. – Nuevo local para la Confederación. – Las novecientas pesetas de Ferrer. – Las labores del Congreso. – Los manejos de Ferrer.

El mismo modo que Ferrer había conseguido reclutar para la propaganda de sus ideas a los militantes anarquistas y sindicalistas más inteligentes y activos, procuró atraerse a los directores de las juventudes radicales para influir indirectamente en la orientación de esas agrupaciones. Y se los atrajo empleando su táctica de siempre.

Al mismo tiempo que se hacían los trabajos para la fundación de la Confederación Regional, Ferrer fundó la biblioteca *Publicaciones de la Escuela Moderna* en la calle de Cortes, y nombró administrador de ella a Colominas Maseras, que se había casado hacía poco tiempo con Angeles Villafranca, la hermana de Soledad. Colominas era presidente de la juventud radical lerrouxista de la Casa del Pueblo, y colaboró muy eficazmente a los planes de Ferrer. Este nombró director de las escuelas de la Casa del Pueblo a Manuel Jiménez Moya, que era, a su vez, redactor del *Descamisado*, periódico órgano de la juventud radical. Pierre, uno de los oradores más activos de esa agrupación, recibía de Ferrer frecuentemente cantidades en metálico. Y por ese orden logró obtener la colaboración de casi todos los más salientes.

Al fundar la nueva biblioteca, Ferrer no continuó la labor suspendida al clausurarle la que tenía en la calle de Bailén, que estaba destinada a la publicación de libros de texto para uso de los alumnos de las escuelas ferreristas. La mayor parte de éstas habían sido clausuradas, y en las existentes no empleaban los libros de la Escuela Moderna, por irracionales y sectarios.

Fundaba esta nueva biblioteca con un carácter netamente revolucionario y sin pretender ocultar sus intenciones.

Empezó sus publicaciones editando una obra de Alfredo Naquet, *Hacia el Amor Libre*, cuyo título basta, por sí solo, para juzgar del texto. Después la *Gran Revolución*, de Pedro Kropotkin; y por último, la publicación de una biblioteca sindicalista, dedicada a los obreros, para la que hizo traducir y publicar *La Huelga General*, de Arístides Briand; *La Acción Directa*, de Emile Pouget; *A. B. C*. sindicalista, de Ivetot, y otros folletos por el estilo, de los militantes de la C. G. T. de Francia.

En el mes de marzo de 1908, después de constituida legalmente la Confederación Regional Catalana, y fundada la biblioteca de la calle de Cortes, Ferrer se marchó a París.

El viaje obedecía al deseo de buscar la cooperación de los sindicalistas y anarquistas franceses para el movimiento revolucionario español; pero, al mismo tiempo, no descuidaba su afán de aparecer a los ojos de los librepensadores y hombres de ciencia extranjeros, que secundaban su labor pedagógica, como un pedagogo notable, interesado en renovar los sistemas de enseñanza escolar puestos en práctica en España. Se relacionó, pues, con C. A. Laissant, Charles Albert, Meyer y otros elementos, y empezó los trabajos para fundar la *Ligue Internationale pour l'Education Rationelle de l'Enfance*.

Pero su labor principal fue la de reunir al Comité Confederal de la C. G. T., y concertar con ellos un plan de campaña revolucionaria simultáneo en Francia y España, para asegurar una colaboración más estrecha entre las fuerzas revolucionarias de ambos países. Favoreció grandemente la realización de ese plan el resurgimiento de una campaña sensacional que, años ha, hicieron los agitadores profesionales contra los gobernantes españoles.

En el año 1903, los trabajadores de Alcalá del Valle, pequeño pueblo de la provincia de Cádiz, promovieron una huelga que tomó caracteres de violencia, desarrollándose escenas sangrientas de una crueldad inaudita.

Un grupo de individuos exaltados y sanguinarios cometieron infinidad de crímenes y depredaciones, incendiando y asaltando las propiedades particulares de algunos vecinos enriquecidos, y asesinando cruelmente al juez y al sargento de la Guardia civil del pueblo.

Seis de los autores de aquellos hechos vandálicos, convictos y confesos, fueron condenados a diferentes penas; dos de ellos, los que habían asesinado al juez y al sargento, a la pena de muerte; y de los otros cuatro, dos a veinte, y dos a doce años de reclusión temporal. A los dos

reos de muerte les fue conmutada la pena por la inmediata de reclusión perpetua. Y los seis presos fueron confinados en el penal de San Miguel de los Reyes, de Valencia.

Los enemigos del régimen emprendieron en España una violentísima campaña de agitación en defensa de aquellos seis asesinos vulgares.

Cínicamente inventaron la infame leyenda de los tormentos aplicados por la Guardia civil a los presos, en la cárcel de Ronda, para arrancarles declaraciones de culpabilidad.

Julio Burell, político liberal monárquico, que por una ironía del destino fue recientemente ministro de la Corona, fundó en Madrid el *Gráfico*, diario ilustrado, libelo ignominioso, que con una serie de grabados horripilantes contribuyó a que aquella inicua campaña traspasara las fronteras y perpetuara en el extranjero la odiosa canallada de la España negra, con que nos insultan y difaman un puñado de menguados y protervos.

Pero a pesar de las muchas injurias que sobre el pueblo español lanzaron, y de los anónimos y constantes amenazas que dirigían al rey y al presidente del Consejo, no consiguieron que la injusticia fuera hollada y la sociedad quedara indefensa. No lograron amedrentar a don Antonio Maura, hombre de voluntad firme y rectilínea, que llega hasta el heroísmo cuando de sostener incólumes los sacrosantos principios del orden y la paz social se trata.

Los presos continuaron en la cárcel extinguiendo su justa condena, y los agitadores callejeros, cansados de vociferar inútilmente, tuvieron que deponer su belicosa actitud.

En las reuniones que celebró Ferrer con los elementos de la C. G. T. de Francia, consiguió de ellos que se comprometieran a secundar la campaña en favor de los presos de Alcalá del Valle, que sería reanudada por *Solidaridad Obrera* tan pronto como él regresara a Barcelona.

Asimismo se comprometió Ferrer, con los de la C. G. T., a enviar al Congreso de Marsella, que debía celebrarse en octubre de 1908, un delegado de la Confederación Regional Catalana; y a que ésta celebrara, un mes antes, su primer Congreso regional en Barcelona para que el delegado llevara los acuerdos que en él se tomaran al de Marsella, y estrechar la solidaridad entre ambos organismos revolucionarios.

Ferrer regresó de París a mediados de junio de 1908.

Pocos días después de su llegada, citó a la biblioteca de la calle de Cortes a Anselmo Lorenzo, José Casasola, José Rodríguez Romero, Jaime Bisbe y Miguel Moreno, para hablarles de los trabajos que había realizado durante su permanencia en París, y de la campaña de agitación concertada con los revolucionarios franceses.

A los pocos días, Jaime Bisbe, secretario general de la Confederación Regional, convocó, por encargo de Ferrer, a una reunión, que se celebró en el local social de la calle de Mendizábal, a todos los miembros del Consejo Directivo de la Confederación y a un representante de cada una de las publicaciones y agrupaciones anarquistas de Barcelona. Anselmo Lorenzo, Francisco Ferrer y José Casasola, asistieron también.

Jaime Bisbe expuso a los concurrentes el objeto de la reunión, estableciendo la conveniencia de reanudar la campaña en favor de los presos de Alcalá del Valle. Dio a conocer los trabajos que Ferrer había hecho en París para recabar la solidaridad de los revolucionarios extranjeros, y expresó su firme convencimiento de que trabajando activamente se conseguiría la excarcelación de los presos.

Mariano Castellote replicó a lo propuesto por Bisbe, opinando que la campaña debía hacerse extensiva a favor de todos los presos, solicitando de los Poderes públicos una amnistía general.

A continuación habló Ferrer para explicar detalladamente los móviles de la campaña dirigida exclusivamente en favor de los de Alcalá del Valle. Y dijo lo que transcribimos a continuación, tomado textualmente de las notas y documentos que obran en nuestro poder.

Dice así:

«Francisco Ferrer replica a la observación de Mariano Castellote pidiendo que la campaña de agitación se haga extensiva a todos los presos por cuestiones sociales, lo siguiente:

«*Si realizamos una campaña general en favor de todos los presos por cuestiones sociales, es posible que alcanzáramos su indulto parcial, con excepción de los de Alcalá, como ha ocurrido en varias ocasiones. Además, los agitadores extranjeros no secundarían con los mismos bríos, porque presos por cuestiones sociales los hay en todos los países y no podríamos recabar la solidaridad internacional exclusivamente en favor de los nuestros. Mientras que reanudando la campaña de Alcalá del Valle, de la que todavía hacen memoria en el extranjero, señalando a los gobernantes españoles como inquisidores implacables que condenaron a severísimas penas a seis hombres inocentes, a los cuales mortificaron horriblemente para arrancarles declaraciones de culpabilidad; solicitando la solidaridad internacional para acabar con los tormentos inquisitoriales de la España negra, todos los hombres libres verán justificando nuestra actitud y colaborarán decididamente con los revolucionarios españoles. Nosotros entonces podremos aprovechar esa agitación intensa para intentar una huelga general revolucionaria que acabe con el régimen imperante y facilite el triunfo de las reivindicaciones sociales. Lo que menos nos debe preocupar es la excarcelación de los seis desgraciados de Alcalá del Valle, que ni siquiera tienen el mérito de ser luchadores conscientes; pero ya que todo el mundo los considera como víctimas de la iniquidad gubernamental española, aprovechemos debidamente ese ambiente para hacer la revolución, que es nuestro objetivo principal*».

Vencidas con las explicaciones de Ferrer, que dejamos apuntadas, las reticencias de los que, inspirados en sentimiento humanitarios, querían luchar por la liberación de todos los presos, se procedió a combinar la forma de llevar a cabo la campaña proyectada.

Se nombró un Comité *Pro presos de Alcalá del Valle*, encargado de dirigir los trabajos y compuesto de cuatro individuos: Rodríguez Romero, Antonio Gandía, Mariano Castellote y Miguel V. Moreno.

A propuesta de Ferrer, se acordó dar la dirección de los periódicos *Tierra y Libertad* y *Solidaridad Obrera* a Tomás Herreros y Moreno, respectivamente, para que encauzaran y orientaran la campaña.

Redactar un manifiesto dirigido a todos los hombres de sentimientos humanitarios, sin distinción de bandería política ni categoría social.

Enviar circulares a todos los centros obreros y agrupaciones revolucionarias de España y del extranjero.

Solicitar, por medio de comisiones en Barcelona, y por correspondencias en provincias, el apoyo de la prensa y de los partidos políticos avanzados.

Abrir suscripciones populares en todos los periódicos obreros, para recaudar fondos con que atender a los gastos de la campaña.

Preparar la celebración de actos públicos en donde fuera posible, y trabajar por la celebración de mítines, simultáneamente en un mismo día, en las principales poblaciones de España y del extranjero.

Acto seguido Ferrer entregó quinientas pesetas para atender a los primeros gastos.

Desde la publicación del primer manifiesto iniciando la campaña, la prensa radical y avanzada secundaron con gran entusiasmo, y de todas partes llegaban adhesiones al Comité organizador.

Se celebraron varios mítines en Barcelona y en otras muchas localidades de Cataluña y del resto de España, en los que tomaban parte republicanos y anarquistas.

Se abrieron suscripciones en varios periódicos, adquiriendo la campaña en favor de los de Alcalá una extensión e importancia inesperada.

Ferrer, por su parte, escribió a sus amigos del extranjero, consiguiendo organizaran Comités de Solidaridad internacional en París y Bruselas.

La prensa revolucionaria de esas dos capitales, particularmente *La Voix du Peuple*, *Le Peuple* y *Le Soir*, publicaron iracundos artículos cuyos recortes enviaban a Ferrer para que los hiciera reproducir en la prensa española. Y en los actos públicos que organizaron en el extranjero aprobaban conclusiones para enviarlas al señor Maura, presidente del Consejo de Ministros, pidiendo la pronta excarcelación de los presos.

Una vez que la campaña en favor de los de Alcalá había adquirido grandes proporciones, y la campaña sindicalista que hacían los delegados costeados por Ferrer se extendió por toda Cataluña, organizándose en la mayor parte de las localidades federaciones adheridas a la Confederación, se inició la labor preparatoria del primer Congreso Regional.

Cuando Ferrer estaba en Barcelona, se reunían los domingos por la mañana, en la biblioteca de la calle de Cortes, aquél, Anselmo Lorenzo, Casasola, Rodríguez Romero, Bisbe, Miranda, Castellote, Moreno y algún otro de los militantes significados.

En esas reuniones se cambiaban impresiones sobre la marcha de *Solidaridad Obrera* y demás agrupaciones revolucionarias. Se discutían largamente todas las cuestiones de táctica y orientación revolucionaria, y aquellos elementos eran los que determinaban la dirección y orientación que seguían los organismos obreros y agrupaciones anexas.

Poco después de mediodía terminaban aquellas reuniones marchándose los asistentes a ellas, excepto Anselmo Lorenzo y Moreno, que almorzaban ese día con Ferrer en el Hotel Internacional de París. Por la tarde, como a las tres, se reunían en el café de la Ronda de la Universidad Lorenzo, Casasola, Barreras, Reyes, Moreno y algunas veces Batllori y Ferrer, continuando las discusiones y estudiando la manera de llevar a la práctica los acuerdos tomados en las reuniones celebradas en la biblioteca.

En esas tertulias íntimas explicaba Ferrer a los demás sus proyectos, discutiéndose ampliamente la conveniencia de celebrar el Congreso obrero regional en Barcelona, para establecer sobre bases sólidas la Confederación Regional Catalana, y que sirviera de punto de partida para la formación de la Confederación General del Trabajo en España.

Ferrer, Lorenzo, Casasola, Moreno, Rodríguez Romero y Bisbe, de común acuerdo, decidieron que la celebración del Congreso obrero fuera los días 8, 9 y 10 de septiembre de 1908. Ellos mismos redactaban los proyectos de manifiestos y circulares que luego sometían a la

consideración del Consejo directivo, llevando siempre la voz cantante alguno de los emisores de Ferrer.

La campaña de propaganda sindicalista que precedió a la reunión del Congreso obrero costó *trece mil quinientas pesetas*, que Ferrer fue entregando en cantidades parciales de quinientas.

La orden del día presentaba al Congreso por el Consejo Directivo de la Confederación fue redactada entre Ferrer, Bisbe, Moreno y Lorenzo, reunidos en casa de éste. Y después Bisbe, secretario general de la Confederación, la presentó al Consejo, aprobándola con ligeras modificaciones que en nada alteraban el fondo de la misma.

El Consejo directivo de *Solidaridad Obrera* acordó solicitar del Ayuntamiento el Palacio de Bellas Artes para celebrar las sesiones del Congreso; pero tuvieron que desistir de ello ante la intransigencia de Ferrer, que se negó terminantemente a que los obreros solicitaran ningún favor del Ayuntamiento.

Como el local que ocupaba *Solidaridad Obrera* no tenía salones bastante amplios para reunirse los delegados al Congreso, acordaron buscar un local más espacioso que tuviera salones a propósito para celebrar actos públicos, y a la vez, pudiera utilizarse para formar en él un Centro obrero donde tuvieran su local social otros sindicatos de la capital. Se encontró el local deseado en la calle Nueva de San Francisco; pero para alquilarlo exigían un depósito de novecientas pesetas.

Se nombró un Consejo de Administración, encargado de recaudar esa cantidad, que lo componían Rodríguez Romero, Badía Matamala, Esteve y Moreno. Estos fueron a Mas Germinal a pedirle a Ferrer el dinero necesario para alquilar el nuevo local.

Ferrer los invitó a que almorzarán con él y su familia, y les dio un cheque de novecientas pesetas, extendido a nombre de Rodríguez Romero, como tesorero del Consejo.

Reunidos en la habitación dormitorio de Ferrer mientras que su cuñada preparaba el almuerzo, hablamos de las labores del próximo Congreso.

Ferrer insistió en las manifestaciones que había hecho en reuniones particulares con Lorenzo y otros de sus amigos íntimos, de que el Congreso debía servir de base para fundar, con la adhesión de todas las organizaciones obreras, la C. G. T. en España, y formular declaraciones de principios revolucionarios categóricas y definitivas, exentas de las atenuaciones y eufemismos que emplean republicanos y socialistas. Y aconsejó a los delegados que le visitaron los medios de que debían valerse para dejar bien sentadas las orientaciones del sindicalismo revolucionario, derrotando a los socialistas, que, con su sindicalismo a base múltiple, pretendían convertir los sindicatos obreros en sociedades de socorros mutuos; y a los lerrouxistas, que con sus propagandas de exaltación revolucionaria se proponían atraerse a los sindicalistas y anarquistas.

Ferrer combatía por igual las tendencias estatistas de socialistas y republicanos, aferrado al espíritu intransigente y dogmático de la primitiva Internacional anarquista, quería que el Congreso obrero hiciera declaraciones francamente revolucionarias.

En este sentido hizo que Anselmo Lorenzo, miembro de la primera Sección española de la Internacional, escribiera una carta que fue leída por Miguel V. Moreno en la primera sección del Congreso.

En dicha carta, Lorenzo recordaba las luchas pasadas, determinando claramente la orientación de los anteriores Congresos obreros anarquistas celebrados en Barcelona, y afirmando que los

delegados reunidos bajo los auspicios de *Solidaridad Obrera*, eran los continuadores de la Internacional; y, por consiguiente, estaban obligados a realizar una labor eminentemente revolucionaria, formulando claramente sus propósitos y ensanchando el campo de acción de sus predecesores, con los progresos sociales modernos, para acelerar la transformación económica de la sociedad por el triunfo de la revolución social.

El día 8 de septiembre de 1908 tuvo lugar la sesión de apertura del Congreso obrero en el local de la calle Nueva de San Francisco. Actuaron en la mesa que presentó la orden del día, José Román, presidente; José Rodríguez Romero y Miguel V. Moreno, secretarios.

Tres días consecutivos duraron las labores del Congreso, hallándose representados 112 sindicatos, con un total de 25.000 adherentes.

Para facilitar las discusiones, se nombraron comisiones de delegados que dictaminaban por escrito sobre las cuestiones inscritas en la orden del día.

En las labores destinadas a las comidas y descanso, Anselmo Lorenzo, Ferrer y algunos otros adiestrados por ellos, se reunían con las comisiones dictaminadoras y juntos discutían y redactaban los dictámenes inspirándoles las respuestas a los temas propuestos.

Hubo discusiones muy acaloradas motivadas por la intransigencia sistemática de sindicalistas y anarquistas, la que intentaron contrarrestar socialistas y lerrouxistas; pero al fin aquéllos imponían en todas las cuestiones su criterio, por la fuerza numérica avasalladora con que contaban.

El último día, por la tarde, se reunieron en la biblioteca de la calle de Cortes, Ferrer, Lorenzo, Tomás Herreros, Moreno, Rodríguez Romero, Grau, Jaime Bisbe y José Prats, para redactar la declaración de principios que debía leerse en la sección de clausura.

Después de discutir ampliamente las labores del Congreso, se acordó que José Prats redactara unas conclusiones determinando la orientación de la organización sindicalista.

Ferrer aconsejó la publicación de un número extraordinario del periódico *Solidaridad Obrera* para dar cuenta detallada de las labores del Congreso. Y que debía proponerse a la asamblea que diera un voto de confianza a Moreno, para que él buscara colaboradores y confeccionara el número indicado.

En la sesión de clausura del Congreso fueron aprobadas las conclusiones redactadas Prats, y cumplido en todas sus partes el plan señalado en la reunión convocada por Ferrer.

Por último, a propuesta de Tomás Herreros, hablaron Jaime Anglés, Fabra Ribas y Rodríguez Romero, representando las tres diferentes tendencias, republicanos, socialistas y anarquistas, que se habían manifestado en el Congreso. Y Moreno, que presidía la sesión y representaba a los sindicalistas, hizo el discurso de clausura.

Ferrer influyó poderosamente en toda la labor revolucionaria del Congreso obrero. Oculto en la sombra, empleando la habilidad que ponía en práctica para llevar a cabo sus crímenes, aconsejando a unos, dando órdenes a otros de sus auxiliares, su influencia llegaba a todas las Comisiones y en las deliberaciones predominaba siempre su criterio.

Estaba presente en la sesión de clausura, y momentos antes de que terminara el último orador, envió a la mesa el texto de un telegrama para que fuera enviado a L. Niel, secretario de la C. G. T. de Francia, protestando contra las autoridades francesas por los sucesos sangrientos de Draveil y Villenueve Saint Georges.

Decía así:

«*Los sindicalistas revolucionarios reunidos en su primer Congreso en Barcelona, execran enérgicamente los sangrientos sucesos de Villenueve Saint Georges, y expresan su más estrecha solidaridad con las víctimas*».

CAPÍTULO IV

El Congreso de Marsella. – Delegado Español acompañado y costeado por Ferrer. – La alianza libertaria. – Grupos de acción. – Ferrer envía un delegado a Valencia para boicotear la Exposición. – Viaje de Ferrer desde París. – Fundación del periódico «La Revolución». – Ferrer en Londres. – Carta de L. Niel, secretario de la C. G. T. de Francia. – Bombas y aparatos de Malato. – Telegrama de la C. G. T. a Maura. – Indulto a los presos. – Ferrer en Barcelona. – Resumen.

En los primeros días del mes de octubre de 1908, se celebró en Marsella el Congreso anual de la C. G. T. de Francia. *Solidaridad Obrera* de Barcelona estuvo representada en dicho Congreso por José Miguel, delegado nombrado, costeado y acompañado por Ferrer.

José Miguel leyó ante los delegados reunidos en el Congreso de Marsella un Memorándum redactado por él, Ferrer y Anselmo Lorenzo, en el cual explicaban las labores del Congreso de Barcelona y el espíritu que animaba al proletariado español.

Se estudiaba el origen y tendencias del lerrouxismo y el numeroso contingente que los obreros prestaban a esa fuerza política, a la falta de espíritu organizador de los agitadores sindicalistas y anarquistas. Expresaban además su íntimo convencimiento de que Lerroux había reclutado sus huestes políticas bajo promesas de hacer la revolución en breve plazo; y aun suponiendo que los jefes y directores del partido se negaran a secundar un movimiento anarquista, a base de huelga general, los elementos de acción del partido lerrouxista secundarían resueltamente desoyendo las voces interesadas de sus jefes.

Estudiaban el movimiento obrero en España, a partir de la fundación de la Internacional, evocando el espíritu revolucionario de aquella secta, que arraigó profundamente entre los trabajadores catalanes, convirtiendo a Barcelona en un intenso foco de las más odiosas propagandas anárquicas.

Y después de hacer mención de las huelgas desarrolladas en España en los últimos años, execrando a los gobernantes españoles por la represión de los sangrientos sucesos de Infiesto, Jumilla y Alcalá del Valle, terminaba su famosa filípica difamándonos cobardemente, y recabando el concurso de los revolucionarios franceses para intentar el derrocamiento de las instituciones que rigen los destinos de España.

L. Niel, Secretario general de la C. G. T., contestó las sandeces de José Miguel con otras dignas de ambos personajes.

Pomposamente habló de que los sindicalistas franceses están siempre prontos a cumplir sus deberes de solidaridad internacional con todos los desheredados del mundo, y mayormente con los españoles, país clásico de la inquisición, asiento del despotismo más inicuo.

Esos y otros lugares comunes del viejo repertorio anarquista pusieron fin a las extrañas aspiraciones fraternales de los que se solidarizan en el odio hacia todo lo existente, y pretenden extirpar las injusticias sociales cometiendo las mayores iniquidades.

Terminadas las labores del Congreso de Marsella, Ferrer y José Miguel, satisfechos de haber realizado una gran obra, regresaron a Barcelona.

A los pocos días de su regreso, Ferrer reunió a los individuos del Comité Pro-presos de Alcalá del Valle, y otros anarquistas, con los cuales se había empezado la formación de Comités Secretos, y les leyó un proyecto de Circular excitando a todos los grupos anarquistas de España para que, en sus respectivas localidades, formaran Comités Secretos adheridos al de Barcelona.

Se constituyó una agrupación denominada *Alianza Libertaria*, y se fundó el periódico *Tierra y Libertad*, órgano de esa agrupación.

El propósito de Ferrer al fundar esos Comités y el periódico órgano de los mismos, era reunir en una sola organización revolucionaria a todos los grupos anarquistas para concertar una acción inmediata aprovechando la campaña de agitación en favor de los de Alcalá.

A esos grupos se les enviaban frecuentemente circulares explicándoles la manera de reclutar adeptos y dándoles instrucciones para preparar medios de violencia.

En todas las comunicaciones se agitaba la idea de que muy pronto se proclamaría la huelga general, y que contaban con elementos para derrocar el régimen.

Desde el principio de la campaña, Samuel Torner, director de la Escuela Moderna de Valencia, había formado en esa capital, por encargo expreso de Ferrer, un Comité Pro-presos Alcalá del Valle.

En noviembre de 1908, mientras en Valencia hacían preparativos para inaugurar la exposición Regional de 1909, Ferrer nos comisionó para que fuéramos allá y sugiriéramos a los organismos políticos y obreros la idea de boicotear la Exposición.

Llevamos dos cartas de Ferrer, una para Félix Azzati y otra para Julio Cervera, directos de *El Pueblo* y *El Radical*, respectivamente, y ambos diputados a Cortes.

Con el concurso de esos elementos se organizaron varios actos públicos, abogando en todos ellos por el boicoteo a la Exposición Regional.

Era vergonzoso observar el entusiasmo con que aquellos dos indignos representantes del pueblo de Valencia colaboraban en una campaña inicua dirigida a empequeñecer la grandeza u magnificencia de la Exposición, posponiendo la libertad de seis desalmados criminales vulgares al florecimiento industrial y comercial de una de las comarcas más sonrientes y prósperas de España.

Ya han pasado afortunadamente para nosotros aquellos días aciagos y tormentosos, ya ha caído de nuestros ojos la tupida venda que nos ocultaba la injusticia de una labor tan cínica y cobarde; y sin embargo, todavía están lejos de borrarse de nuestra memoria las impresiones que recibimos de la vileza con que procedieron ciertos malvados, ocultos tras la máscara hipócrita de defensores del pueblo y escudados cobardemente en la inmunidad parlamentaria.

En los últimos días del mes de diciembre de 1908, Ferrer marchó a París y Bruselas, so pretexto de que iba a organizar la Liga Internacional de educación y a fundar *L'Ecole Renovée*,

revista pedagógica de extensión escolar de la Escuela Moderna de Barcelona; pero en realidad de verdad, lo que hizo fue reunirse con los militantes anarquistas y sindicalistas de ambos países, para concertar con ellos planes revolucionarios.

Pocos días después de encontrarse en París, nos envió la carta siguiente:

«*Mi distinguido amigo*:

«*Estos días nos hemos reunido con los militantes revolucionarios de la C. G. T. y agrupaciones antimilitaristas, para conocer exactamente los trabajos que llevan hechos y lo que piensan hacer en pro de los desdichados de Alcalá del Valle. Les he puesto al corriente de lo que hemos hecho nosotros en España y de nuestros propósitos de aprovechar la agitación actual para fines más elevados que la excarcelación de los presos, y se hallan dispuestos a secundar y apoyarnos con todas sus fuerzas. No cesen ustedes, cada día con mayores bríos. Todo va por buen camino y llegaremos con éxito seguro al final de la jornada. Un fuerte apretón de manos de su amigo. – F. Ferrer*».

Y unos días después recibimos una segunda en la que nos decía lo siguiente:

«*Mi muy estimado amigo: En contestación a su atenta tengo el gusto de manifestarle que la campaña en favor de los presos de Alcalá sigue cada día con mayor actividad. Anoche nos reunimos en la redacción del* Guerre Sociale*, con representación de la Jeneusse Syndicaliste de la Seine, de la C. G. T.,* L'Humanité*, la Ligue des Droits de l'Homme y otras agrupaciones, y se acordó preparar para dentro de breves días, un gran mitin de solidaridad internacional en uno de los locales más amplios de París para exigir de los gobernantes españoles la pronta excarcelación de los presos de Alcalá del Valle. En esta reunión expuse yo la idea de que la C. G. T. acordara agitar a los obreros de los puertos franceses para declarar el boicot a los productos procedentes de puertos españoles. El representante de la Confederación acogió bien la idea y prometió ocuparse de eso en la próxima reunión del Consejo Federal*.

«*Por otra parte, nosotros preparamos con Malato, Pouget y otros compañeros la publicación de un diario sindicalista en París, que contribuirá mucho a la campaña emprendida, y se ocupará con preferencia del movimiento sindicalista y revolucionario español. Es muy conveniente que escriban ustedes con frecuencia a los de la C. G. T. para tenerlos al corriente de los trabajos de ustedes y darles datos para que ellos secunden con entusiasmo*.

«*Salude usted de parte mía a los buenos amigos de esa y reciba un fuerte apretón de manos de su amigo*. – F. Ferrer».

Desde entonces la C. G. T. empezó en la prensa, y enviando delegados a los principales puertos de Francia, una activa campaña encaminada a boicotear los productos procedentes de puertos españoles.

Contribuyó grandemente a la realización de esta campaña el diario *La Révolution*, que apareció pocos días después de haber recibido nosotros la carta anterior. Para la publicación de ese diario Ferrer dio *quince mil francos y seis mil* cada uno de sus tres compañeros Strackelberg, Pouget y Malato, siendo director este último.

Ferrer se marchó de París a Londres, y después de su llegada, nos envió la carta siguiente:

«*Mi querido amigo: No escriba más a las señas arriba indicadas. Ayer se constituyó en ésta un Comité para trabajos por los desgraciados de Alcalá del Valle. Fue nombrado presidente William Henford, y secretario Ward. Envíe usted a la mayor brevedad una carta a Heaford explicándole la fecha en que se declarará la huelga, sus causas, los martirios a los presos, y*

cuantos datos crea usted convenientes para fomentar aquí esta campaña. Yo no tengo aquí la carta que me remitió usted a París. Ward ha publicado ya algo en un periódico obrero por instigación de Tarrida.

«*Mientras yo esté ausente de París, escriba usted, para todo lo concerniente a la campaña de Alcalá del Valle, a los individuos siguientes*: a Mr. André Morizet, redacteur a l'Humanité, rue Croissant, 16, París; a Mr. Gustave Hervé, directeur de la Guerre Sociale, rue Montmartre, 116, París; y a Mr. L. Niel, secretaire générale de la C. G. T., 33, rue Grange-aux-Belles, París.

«*Al primero puede usted escribirle en castellano, a los otros dos sería mejor en francés para ganar tiempo*.

«*Tenga usted la bondad de enviar a los presos la postal adjunta, que firmamos ayer todos reunidos, y dígales que es contestación a la carta que tuvieron a bien dirigirme*.

«*Aprieten ustedes cuanto puedan y procure tenerme al corriente de todo*.

«*Un fuerte abrazo de su amigo*».

F. Ferrer

A instancias de Ferrer, L. Niel nos envió una carta que traducida literalmente dice lo siguiente:

«Mi muy querido camarada: Como ya sabes por comunicaciones anteriores, la Confederación ha secundado con todo empeño la valiente campaña que hacen los revolucionarios españoles en pro de la excarcelación de los presos de Alcalá del Valle. Se han celebrado varios mítines en París y provincias, y hemos enviado circulares a todos los sindicatos adheridos a la C. G. T. para que abran suscripciones y contribuyan por todos los medios a esa humanitaria campaña. Sin embargo, ante la tenaz resistencia de los verdugos gobernantes españoles, nuestro concurso no ha sido lo eficaz que todos deseábamos, y las víctimas inocentes siguen sufriendo los rigores de la prisión. Nosotros, por nuestra parte, no cesaremos hasta que los empedernidos tiranos que padecen no den satisfacción a la justicia excarcelando a los presos.

«Conforme con los deseos manifestados por su delegado al Congreso de Marsella, y en reuniones celebradas después por el Consejo Federal, a las que asistió Ferrer, hemos enviado circulares a las Bolsas de Trabajo de los principales puertos franceses para que hagan propaganda entre los obreros y se preparen a declarar el boicot a los barcos y productos procedentes de puertos españoles, en cuanto les sea comunicado el acuerdo del Consejo.

«Ferrer nos habló últimamente de que se proponían aprovechar la agitación promovida con esta campaña para declarar la huelga general con fines revolucionarios. La C. G. T., a cuyo Consejo pertenezco, no podría, colectivamente, como organismo sindicalista, colaborar, sin faltar abiertamente a su carácter económico y revolucionario, a una revolución política cuyo principal objeto fuera cambiar el régimen monárquico por un régimen *republicano* como el que sufrimos nosotros.

«La C. G. T. lucha desligada de todo compromiso con los partidos políticos, por avanzados que parezcan, y sólo admite la colaboración de los obreros practicando la lucha de clases con todas sus consecuencias. No obstante, dadas las condiciones por qué atraviesa el proletariado español, y el numeroso contingente que prestan los obreros a los partidos políticos avanzados, los militantes revolucionarios de la C. G. T. comprenden perfectamente que están obligados a hacer extensiva su labor revolucionaria en el seno mismo de esas agrupaciones políticas, para orientarlos hacia su buen camino. Y estamos dispuestos a ayudarles en cuanto nos sea posible.

«Además hay otras muchas agrupaciones sindicalistas y anarquistas, a las cuales pertenecemos muchos de nosotros, que colaboran resueltamente a los fines de la agitación que han emprendido.

«Pueden estar seguros de que los obreros franceses cumplirán sus deberes de solidaridad internacional con los revolucionarios españoles aun a costa de los mayores sacrificios. Muy cordialmente a todos».

L. Niel
Secretaire générale de la C. G. T.

Los primeros días del mes de mayo de 1909, recibimos de Londres otra carta de Ferrer, en la que decía:

«*Mi querido amigo*:

«*Por los datos que usted me comunica veo que la campaña en favor de los presos de Alcalá del Valle se desarrolla rápidamente. Ayer mismo recibí una carta de Samuel Torner (de Valencia), en la que me da cuenta de la celebración de un mitin organizado por el Centro obrero de Grao, al que concurrieron más de dos mil personas. Y agrega que gana mucho terreno la idea de boicotear la Exposición regional que debe ser inaugurada muy en breve. Eso me ha sugerido la idea de lo conveniente que sería el que usted fuera a Valencia y organizaran, de acuerdo con S. Torner y demás amigos, unas cuantas conferencias para disponer bien el ambiente entre los trabajadores con la idea de boicotear la Exposición. Y al mismo tiempo atendería usted a la formación de grupos de hombres resueltos para cualquier eventualidad. Si está usted en disposición de poder hacer el viaje avíseme inmediatamente y le remitiré fondos. En la escuela podría usted dejar en su lugar a Marín, y en cuanto a lo demás, Gandía y Herrero pueden muy bien encargarse de preparar dos o tres números de Solidaridad*.

«*Adjunto le remito dos recortes para que los publiquen ustedes en Tierra y Libertad, y otro recorte de un artículo de Ward para que lo publiquen en S. O. Nos veremos en julio si no hay novedad. Salude a los buenos amigos y cuénteme siempre suyo*».

F. Ferrer

Aceptamos la proposición de Ferrer para hacer el viaje a Valencia, y a nuestra comunicación contestó desde Londres lo que sigue:

«*Mi muy querido amigo: He recibido su atenta de fecha 6 del corriente, y me produce gran satisfacción el que se halle usted dispuesto a ir a Valencia para impulsar la propaganda en favor de los presos de Alcalá del Valle. Creo que ha llegado el momento de hacer algo más eficaz que la publicación de artículos y la celebración de actos públicos. Los gobernantes españoles no parecen dispuestos a dar satisfacción a los vehementes deseos de la opinión pública, y nosotros estamos en el deber de demostrarles que no cedemos fácilmente a la criminal intransigencia de unos cuantos magnates. Es preciso que ustedes preparen las agrupaciones revolucionarias de manera que no vacilen en secundar el acuerdo de huelga general al primer momento. En ese sentido puede usted hacer mucho entre los compañeros de Valencia, que son entusiastas y decididos*.

«*Dentro de breves días pienso hacer un viaje a París, y hablaré con los camaradas de la Confederación para que envíen un telegrama a Maura, y ejerzan presión por todos los medios, a ver si así conseguimos la excarcelación de los presos. Pero si aun así fracasáramos es indispensable que nuestras constantes amenazas sean cumplidas resueltamente. Los actos*

revolucionarios de los hombres de acción harán mucho más por la causa que todos los discursos y artículos producidos durante la campaña.

«*Adjunto lleva usted un cheque por quinientas pesetas, que creo bastarán para sus gastos en esos días. Pero si por cualquier causa tuviera usted que prolongar su estancia allá, avíseme y le enviaré cuanto sea necesario. Conviene que no abandone usted aquella región sin dejarlo todo dispuesto para que se dispongan a la lucha al primer aviso*.

«*Por conducto seguro recibirá usted unas notas con instrucciones, que preparó nuestro amigo M. Escríbame usted a su llegada y durante el curso de sus trabajos para tenerme al corriente de todo. Salude a los amigos*.

«*Muy afectuosamente suyo*».

F. Ferrer

Las notas de Malato a que Ferrer se refiere en su última carta, nos fueron entregadas por Anselmo Lorenzo. Eran instrucciones para el manejo de bombas de mano y un croquis ideado por Malato sobre la manera de montar en automóviles una especie de cañón portátil, de fácil manejo, para arrojar esas bombas a largas distancias.

Podríamos explicar minuciosamente la composición y manipulación del aparato en cuestión, así como el resultado de las pruebas que se hicieron en París; pero eso no entra en el objeto de este libro.

El telegrama a que Ferrer se refiere en esta misma carta, fue enviado por L. Niel al señor Maura, y publicado en la prensa española.

Decía así:

«La Confederación General del trabajo, de Francia, en nombre de sus trescientos mil adherentes, pide al presidente del Consejo de Ministros, en España, la pronta excarcelación de los presos por los sucesos de Alcalá del Valle. Y si dentro de breves días no obtiene completa satisfacción en su demanda, pondrá en práctica el acuerdo de declarar el boicot a todos los barcos y productos que arriben a nuestros puertos procedentes de puertos españoles».

L. Niel
Secretaire générale de la C. G. T.

Durante nuestra permanencia en Valencia se celebraron muchos actos públicos, se organizaron grupos de acción y se hicieron preparativos para secundar la declaración de huelga general en toda España, que debía hacerla el Comité de Barcelona, a fines de junio o primeros de julio.

Por aquellos días murió en el hospital del penal de San Miguel de los Reyes, Salvador Mulero, uno de los seis presos de Alcalá.

Don Antonio Maura, hombre piadoso y bueno a quien no habían logrado intimidar los revolucionarios con sus brutales amenazas, se sintió conmovido por las circunstancias que precedieron a la muerte del desdichado Mulero, y a los pocos días sometió a la firma del monarca el indulto de los cinco restantes.

Inmediatamente que tuvimos conocimiento del indulto a los presos enviamos un telegrama a Ferrer a Londres, y nos contestó con la carta siguiente:

«*Mi querido amigo: Acabo de recibir el telegrama en que me comunica usted el indulto otorgado a favor de los cinco desdichados de Alcalá del Valle. Mi más calurosa felicitación para usted, tanto como para ellos, pues al vivo entusiasmo con que usted ha luchado, desde el primer día, se debe una gran parte del éxito obtenido*.

«*Me apresuro a escribir para rogarle que espere usted en Valencia el momento de su excarcelación y los acompañe a Barcelona, donde celebraremos un acto público para solemnizar el triunfo obtenido por los revolucionarios frente a los elementos reaccionarios. Hoy mismo empezamos nosotros a arreglar nuestros asuntos para emprender, dentro de dos o tres días, nuestro viaje de regreso a Barcelona, y, antes que ustedes salgan de ahí, todo estará preparado para la recepción que se ha de hacer a los presos. Adjunto un giro por 20 libras esterlinas para que pueda usted desde el primer momento obsequiar cumplidamente a los presos y atender a los gastos de viaje*.

«*Abrácelos fraternalmente en mi nombre y usted reciba un fraternal apretón de manos de su buen amigo*».

F. Ferrer

Cumpliendo órdenes de Ferrer esperamos en Valencia la excarcelación de los presos y los acompañamos a Barcelona, donde Ferrer y sus amigos les prepararon una gran recepción y les agasajaron con extraordinaria animación.

Como anuncia Ferrer en su última carta, una vez que supo la excarcelación de los presos regresó a Barcelona, habiendo permanecido un día en París para reunirse con sus amigos y celebrar la excarcelación de los presos, aunque contrariados porque la campaña no había satisfecho los criminales fines a que ellos aspiraban.

Ferrer alardeó ostensiblemente de su intervención en la campaña de Alcalá durante los días que los presos estuvieron en Barcelona, organizando en el Teatro de la Gran Vía una función teatral a beneficio de ellos, llevándolos a comer con él y Soledad al Hotel Internacional, acompañándolos al Tibidabo y otros lugares, y desafiando con su presencia en todas partes a las gentes de orden que conocían perfectamente los criminales manejos de Ferrer, y los espeluznantes asesinatos de sus acompañantes.

Habían fracasado las tentativas de huelga general revolucionaria con el indulto de los de Alcalá. Era necesario buscar otro pretexto cualquiera para agitar a las masas revolucionarias y promover desórdenes que pudieran satisfacer los deseos de los profesionales de la revuelta y destruir cuanto fuera posible, pues no convenía darse reposo: *la sociedad tiene que ser destruida desde sus fundamentos*.

Y Ferrer, el «pedagogo eminente», el «emancipador intelectual de España», autor de pensamientos tan sublimes como el subrayado en el párrafo anterior, buscó el medio de llevar a cabo su grandiosa obra de regeneración social promoviendo la Semana Sangrienta de julio de 1909 en Barcelona, de cuyos orígenes, causas y desarrollo nos ocuparemos extensamente en el próximo volumen.